

Robert Alley



∞

**EL
ULTIMO TANGO
EN PARIS**

Lectulandia

Cuando Bernardo Bertolucci concibió la idea de hacer *El último tango en París*, se enfrentó con el problema de redactar un guión que fuera, simultáneamente, el material de base para hacer “la película más erótica que jamás se hubiera hecho” (*Playboy*) y una estructura de diálogo y situaciones abierta para su posterior remodelación expresiva de los actores. Tal fue el caso de Marlon Brando quien por primera vez muestra, sin cortapisas, su personalidad.

De esta realización fílmica se hizo la novelización que usted tiene en sus manos. La narración escrita es tan explosiva como las imágenes fílmicas. El ingenio de Robert Alley recrea, una a una, todas las escenas del original: el encuentro accidental e intrascendente de Jeanne y Paul al cruzar el puente del Sena una mañana deslumbrante de invierno; la presencia sexual de Jeanne; la actitud sádica de Paul, un norteamericano de 45 años por quien siente instintivamente una repentina y violenta atracción física; las posteriores visitas de Jeanne a Paul en aquel apartamento de la *rue Jules Verne*, en donde se inicia una brutal relación sexual que representa la disolución de un romanticismo hipócrita, para que emerja la desvelada visión del sexo en toda su desnudez. Y por último el desencanto de Jeanne, la aparición del verdadero drama de Paul y sus intentos desesperados por sobrevivir.

Esta edición contiene también un agudo epílogo debido a la corrosiva pluma de Norman Mailer.

Lectulandia

Robert Alley

El último tango en París

ePub r1.0

Titivillus 07.08.17

Título original: *Last tango in Paris (the novelization by Robert Alley)*

Robert Alley, 1973

Traducción: Marcelo Covián

Ilustraciones: caricatura de Brando por David Levine

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL ÚLTIMO TANGO EN PARÍS (1973)

Robert Alley

I

La luz deslumbrante del invierno jugaba entre los arcos acanalados de la baranda ornamentada del puente, proyectando una sombra de enrejados en las oscuras aguas del Sena. Bajo el elevado metro, a lo largo de un paseo que parecía el interior de algún vasto y suntuoso salón, los transeúntes avanzaban y se paseaban en silencio, envueltos en un rito extraño y compulsivo. Columnas de hierro floreadas azul y gris, completaban la ilusión de una isla de *art nouveau*, suspendida en el tiempo. El distante sol de enero no podía dar calor a la espléndida decadencia de la escena, violada por el olor terrenal del río, el vaho de las almendras asadas que se levantaba en las orillas y el chillido del metal castigado que se producía cuando el tren pasaba trepidante en las alturas. El lamento prolongado de su silbato marcaba el preludio de un concierto exquisito e irreprimible. El baile había comenzado.

Dos personas que cruzaban el puente en la misma dirección, se vieron envueltas en esta mutua cadencia; aunque no lo sospechaban, ni conocían, ni podrían haber explicado esta curiosa conjunción de tiempo y circunstancia que los había unido. Para cada una de ellas, el puente, el día, el horizonte de París y las condiciones de su existencia, significaban cosas totalmente diferentes y la mera posibilidad de un encuentro les habría parecido infinitesimal.

El hombre, quien tenía un perfil de halcón, arrogante e intransigente hasta el dolor, sollozaba mientras caminaba sin rumbo aparente de columna a columna. Su cuerpo era grueso y musculoso y se movía con el descuido físico de un atleta envejecido, pasándose los dedos por el pelo y metiendo sus manos de obrero en los bolsillos de su abrigo de piel de camello un poco gastado, pero bien cortado al estilo de los que habían hecho famosos a ciertos gánsteres norteamericanos. Por la abierta camisa lucía un cuello poderoso.

—¡A la puta que parió a Dios! —exclamó, y su grito de angustia se confundió con el clamor de un tren que pasaba. En ese momento, su rostro, a pesar de que no estaba afeitado y parecía atormentado, reflejó una precisión angular y una delicadeza alrededor de los ojos y la boca que eran casi femeninas, aun cuando al mismo tiempo su aspecto era duro y brutal. Tenía unos cuarenta y cinco años y era buen mozo de un modo disoluto. Los otros hombres que venían en dirección contraria se apartaban a un lado al cruzarse con él.

La muchacha tenía la mitad de su edad. Llevaba un sombrero marrón de fieltro suave ligeramente ladeado y ofrecía la expresión impetuosa de la gente joven y hermosa. Caminaba con una provocación rayana en la impertinencia; movía el bolso con una larga correa de cuero y su abrigo maxifalda era blanco y de gamuza. El rostro estaba enmarcado sobre un cuello de zorro gris. Tenía las pestañas con un poco de maquillaje, la boca carnosa y saliente había sido cuidadosamente retocada con un color que parecía húmedo y fresco. El abrigo no podía oscurecer totalmente el cuerpo vigoroso y bien formado que daba la impresión de poseer voluntad propia.

Se llamaban Paul y Jeanne. Para ella, el olor del Sena y el reflejo de los rayos del sol en las ventanas de las casas de las orillas, el flash eléctrico bajo la panza del metro y las miradas apreciativas de los hombres que pasaban eran una afirmación de su propia existencia. Para él, estas cosas no significaban nada aunque las viera; sólo eran manifestaciones al azar del mundo físico que detestaba.

Ella lo vio primero y no apartó la mirada cuando él fijó sus ojos distraídos, pero decididos, en los de ella: algo sucedió en ese primer intercambio. Un hombre que ella supuso era un vagabundo, de pronto, se convirtió en una figura notable debido tal vez a las lágrimas y a la contradictoria sensación de violencia que emanaba de él. El únicamente vio un objeto, sensualmente más agradable que la mayoría, pero de todas maneras un objeto tirado en el camino de su propio absurdo paseo.

Jeanne sintió el impulso ciego de tocar sus mejillas húmedas y sin afeitar; a Paul le sorprendió un golpe de deseo y se preguntó si esa sensación podía representar la realidad. Durante varios segundos caminaron juntos y al mismo ritmo, y sus expresiones no revelaron más que un vago interés; luego, ella se adelantó como si él fuera un ancla unida a ella por una cuerda invisible e irresistible. Llegó al final del puente y salió de la atmósfera lujuriosa y de *fin de siècle* y entró en el duro mundo contemporáneo donde las bocinas de los automóviles no podían confundirse con la música. El azul del cielo era demasiado puro y demasiado abrupto. La cuerda irresistible se rompió o se debilitó quedando momentáneamente olvidada.

Jeanne pasó el Café Viaduc en la Rue Jules Verne. La calle estaba desierta aunque era la primera hora de la mañana y París vibraba al compás del tráfico. Remontó la calle hasta que llegó a una gran puerta de hierro con un vidrio amarillo opaco. Un letrero escrito a mano sobre el timbre decía: SE ALQUILA UN DEPARTAMENTO. QUINTO PISO. Jeanne dio un paso atrás y observó los balcones ornamentados que se perfilaban en fila vertical contra el cielo. Había descubierto el edificio de apartamentos de casualidad y se preguntó qué clase de piso estaría disponible detrás de esos pilares redondos, gruesos y sensuales o de esas celosías entrecerradas que daban a las ventanas el aspecto de ojos somnolientos y lascivos. Jeanne tenía un *fiancé* y ambos habían hablado a menudo de poner una casa juntos, aunque estas conversaciones siempre eran convencionales y casi académicas. A ella se le ocurrió que éste podía ser el apartamento que transformara la especulación en realidad.

Oyó pasos y giró la cabeza, pero la calle permaneció desierta. Caminó hasta el café. En el mostrador de aluminio pulido había obreros con ropa de trabajo, tomando café cargado y coñac barato, antes de empezar la jornada. Cuando Jeanne entró, la miraron como siempre lo hacían los hombres, pero ella los ignoró y bajó las escalinatas hacia el teléfono.

Al fondo del pasillo brillaba la luz de la cabina. Antes de que la muchacha llegara, se abrió la puerta del servicio y salió Paul. Ella se sorprendió de verlo y extrañamente atemorizada, se puso de espaldas a la pared para dejarle paso. Él la miró y se sintió secretamente gratificado por la proximidad y la coincidencia del

encuentro. Sintió el mismo impulso lascivo y elemental y no se preocupó en examinar los aspectos más sutiles de su rostro y de sus ropas como tampoco lo había hecho durante el paseo por el puente. Le pareció extraordinariamente irónico que algo tan trivial como una chica linda lo distrajera en su dolor.

Pasó sin ni siquiera esbozar una sonrisa de reconocimiento, y abandonó el café.

Jeanne se sintió vagamente molesta por el encuentro: volvió a sentir la atracción inexplicable ya experimentada en el puente pero ahora le pareció extraña y humillante. Entró en la cabina, depositó la ficha y marcó el número sin preocuparse de cerrar la puerta.

—Mamá —dijo—, soy Jeanne... Voy a ver un apartamento que hay en Passy. Luego iré a encontrarme con Tom en la estación. Te veré después. Besos. Hasta luego.

Colgó y subió las escalinatas. Afuera, la calle parecía demasiado brillante para el invierno, escondida en una aureola atemporal. Pasó un Citroën negro, solitario y veloz. Un andamiaje parecía servir de apoyo a uno de los viejos edificios elegantes situados en medio de la manzana. Se detuvo un momento sobre el asfalto y sintió la presencia de las flores frescas que adornaban su sombrero; cuando se dio cuenta de que los hombres del bar la observaban, se sintió satisfecha. Dio media vuelta y se encaminó al edificio de apartamentos.

Tocó el timbre y empujó la pesada puerta de hierro. Detrás del vidrio opaco y amarillo había un vestíbulo mal iluminado, impregnado del fuerte olor a cigarrillos Gauloise y de algo vagamente desagradable que hervía sobre una cocina, en algún lugar de arriba. La luz se filtraba por las altas ventanas sucias e iluminaba la caja de hierro forjado del ascensor: unos paneles también de vidrio amarillo opaco separaban la entrada del *hall* de la portería. Jeanne se acercó a la diminuta ventanilla abierta.

Una negra obesa estaba sentada leyendo un periódico. Jeanne aclaró la garganta para obtener la atención de la mujer, pero ésta permaneció inmóvil y sin demostrar interés alguno.

—He venido para ver el apartamento —dijo por último Jeanne—. Vi el letrero.

La portera giró la cabeza y Jeanne se percató de que tenía cataratas en los dos ojos.

—¿El letrero? —dijo la mujer, mirando con hostilidad hacia un rincón de su cubículo—. Bueno, a mí nadie me dice nada.

Empezó a murmurar, a decir algo que sonaba más como una oración y se volvió de espaldas.

—Me gustaría verlo —dijo Jeanne.

—¿Quiere alquilarlo?

—Todavía no lo sé.

La mujer se puso de pie con un esfuerzo enorme. Empezó una letanía de lamentos.

Alquilan, subalquilan. Hacen lo que quieren. Y soy la última en enterarme. ¿Tiene

un cigarrillo?

Jeanne buscó en su bolso, sacó un paquete de Gitanes y los pasó por la ventanilla. La portera extrajo un cigarrillo y Jeanne retiró su mano rápidamente, temerosa del contacto con la mujer. La portera encendió el cigarrillo acercando su abultada cabeza en un esfuerzo por ver la punta y aspiró el humo profundamente. En vez de devolver el paquete, lo guardó en el bolsillo de su gastado suéter.

—Antes no era así —dijo—. Suba, si quiere. Pero tendrá que ir sola. Tengo miedo a las ratas.

Tenía una voz inmensamente vieja. Era como si Jeanne estuviera intentando entrar en un submundo oscuro y amenazador y la portera estuviera decidida a impedirselo. Esta anciana, como Caronte a las puertas del infierno, pedía un pago antes de admitir a los solicitantes; Jeanne se preguntó si desaparecería en las profundidades del edificio.

La portera manoseó las enormes llaves que cubrían el tablero colocado en la pared encima de su silla.

—La llave ha desaparecido —refunfuñó—. Están ocurriendo cosas raras por aquí.

Con un crujido se abrió la puerta próxima al ascensor. Jeanne vio una mano flaca que depositaba una botella vacía sobre las baldosas. La mano desapareció y la puerta volvió a cerrarse.

—Se tragan seis botellas por día —dijo la mujer con indiferencia, como si los inquilinos fuesen animales en vez de gente.

Jeanne dio media vuelta dispuesta a irse. La decrepitud del edificio la molestaba, pero no tanto como la sensación de aislamiento, la sensación de estar aprisionada en un lugar fuera del tiempo donde no había gente real que hiciera las cosas que hacían los demás, sino tan sólo los deformes y los moribundos.

—Espere, no se vaya —dijo la portera—, tiene que haber un duplicado.

Revisó el tablero y encontró una vieja llave de latón.

—Aquí está dijo, y se la pasó a Jeanne quien trató de nuevo de evitar el contacto físico. Pero antes de que pudiera retirar la mano, la mujer se la estrechó y apretó. Una sonrisa imbécil reveló los dientes oscuros y deteriorados.

—Es joven —dijo y pasó sus dedos sobre la mano y la muñeca de Jeanne.

Esta retiró la mano y se dirigió al ascensor. La mujer todavía refunfuñaba cuando Jeanne cerró de un portazo el ascensor y escuchó el rumor del viejo motor mientras empezaba a subir. El edificio le recordaba un mausoleo, grandioso en su concepción y construcción, cuyos ocupantes jamás podían igualar su majestuosidad y por lo tanto lo dejaban decaer. No hubo otros sonidos, salvo el del desvencijado ascensor y el de la puerta cuando salió en el quinto piso.

La puerta del apartamento era ancha y pesada y su madera barnizada era casi negra a la sombra del pozo del ascensor. El picaporte de bronce estaba brillante por el uso. Jeanne abrió la puerta y de inmediato le sorprendió la disposición y la vastedad del apartamento. El suelo del vestíbulo estaba cubierto de baldosas blancas y negras;

las paredes tenían la misma madera oscura y suntuosa de la puerta. Entró con respeto, casi con miedo, en el corredor. Pudo ver el detalle hermoso del piso de *parquet* en la sala de estar y las paredes de un amarillo suave con la textura de un viejo pergamino. Los cristales altos y curvos de las ventanas en forma de arco, hacía mucho tiempo sin lavar, difundían la luz del sol que llenaba la habitación con un brillo de oro quemado. El recinto era un círculo perfecto. La continuidad de los óvalos y dardos de la moldura estaba rota sobre las ventanas, un espacio limpio de menos de un metro donde el yeso se había caído hacía muchos años. Había manchas de humedad en las suaves paredes doradas, y pinturas ovaladas y rectangulares retiradas hacía años habían dejado manchas oscuras como las sombras de los inquilinos del pasado. La atmósfera era de una elegante decadencia. La extravagancia sensual del lugar atrajo a Jeanne, pero la sensación de deterioro y el aroma casi imperceptible de encierro que ella asociaba con la muerte, le produjo un sentimiento de rechazo.

Entró en la sala circular y se quitó el sombrero. Dejó en libertad su pelo exuberante y castaño, se desabrochó el abrigo e hizo una pirueta en medio de la habitación, pero de pronto se atemorizó. Los rayos de luz que pasaban por las ventanas con las celosías entrecerradas la deslumbraron y las sombras parecieron arrastrarse en su dirección.

De pronto lo vio. Estaba sentado en el radiador con la cabeza sobre las rodillas. Ella pegó un grito y se mordió un puño. Él no se movió.

—¿Quién es usted? —preguntó como asustada.

Trató de mantener su compostura y se alejó lentamente hacia la puerta.

—Me asustó —dijo ella con toda la calma que le fue posible. Luego lo reconoció; era el hombre del puente—. ¿Cómo entró?

—Por la puerta.

Su voz era vibrante y profunda. Hablaba francés con acento extranjero, con dureza y un aparente desprecio por el idioma.

Jeanne permaneció en la puerta de entrada al corredor. Paul no se había movido. Todo lo que ella tenía que hacer era dar media vuelta e irse, pero por alguna razón inexplicable, vaciló.

—Soy una tonta —dijo—. Dejé la puerta abierta y no le oí cuando entró.

—Ya estaba aquí —había algo siniestro en su voz.

Jeanne giró la cabeza y volvió a observar su perfil. Sintió curiosidad.

—Perdón, ¿cómo dijo? —preguntó ella—. Su pregunta no tenía sentido y no recibió respuesta.

La silueta de Paul se extendió y agrandó. Sus hombros macizos parecían apropiados para las vastas proporciones del cuarto. Lo cruzó pesadamente. Tenía ojos inteligentes, muy intensos. La miró burlonamente mostrándole una llave que tenía entre los dedos.

—Ah, la llave —dijo ella—, entonces usted es quien se la llevó...

—Ella me la entregó —corrigió él todavía con tono burlón. La evidente ansiedad

que sentía la muchacha le pareció estupidez, algo risible. No le importaba si creía sus palabras o no, si se iba o se quedaba, pero su confusión le pareció divertida.

—Tuve que sobornar a la portera —dijo Jeanne y se sorprendió de verse tan dispuesta a entablar conversación. ¿Por qué no se alejaba de este extraño que sollozaba en los puentes y luego aparecía en las sombras de un apartamento vacío? Jeanne se preguntó si no estaría loco.

—Tiene un acento norteamericano —le dijo como si tal vez él no fuera consciente de ella; luego se sintió hecha una tonta.

Paul decidió ignorarla. Dio media vuelta y caminó por la habitación examinando el piso (de donde hacía mucho tiempo había desaparecido el encerado) y las desgastadas paredes, con un aire de autoridad. Parecía tan vanidoso como fuerte.

—Estos edificios antiguos me fascinan —dijo Jeanne.

—No son muy caros para alquilar —dijo él con aire condescendiente y pasó un dedo por la repisa de la chimenea. Se detuvo y observó el polvo que allí se acumulaba y recordó el *shock* que le había causado ver a su mujer muerta, el modo en que había huido del hotel después de la llegada de la policía, la expresión de miedo en los rostros de los huéspedes. No podía acordarse de lo que había sucedido desde entonces. La cara de esta muchacha en el puente, tan llena de vida, pareció devolverlo a su dolor.

—Un sillón quedaría estupendo cerca de la chimenea —dijo Jeanne.

—No —replicó él, contradiciéndola—, el sofá tiene que estar frente a la ventana —. Era una orden.

Ella se mantuvo a cierta distancia de él aunque le habría gustado observarlo desde más cerca, revisar sus ropas y los pálidos ojos grises casi ocultos bajo una frente altanera y ancha. Ella no pudo comprender por qué aceptaba sus rechazos y sintió un inmenso deseo de ablandarlo.

Continuaron revisando la habitación y luego pasaron a un cuarto adyacente, cada uno simulando que solamente estaba interesado en el apartamento, más bien que en su encuentro inesperado y en la promesa (o la amenaza) de su conclusión. Entraron ceremoniosamente en el comedor, él, unos pasos detrás de ella. Junto a una pared había un atado de periódicos amarillentos, un viejo *bureau* descansaba sobre tres patas y un revoltijo de cajones rotos, sillas y otros muebles, se vislumbraba bajo una sábana inmundada.

Paul intentó equilibrar el *bureau* y se preocupó de hacerle mantener su estabilidad mientras esperaba la reacción de la chica. Sintió que ella se sentía atraída y atemorizada a la vez y decidió no hacer nada en absoluto por ayudarla. No le importaba lo que sucediera porque se vio a sí mismo y a ella, como dos cuerpos ridículos sin motivaciones ni consecuencias.

Cerró los ojos y revivió el recuerdo de la noche anterior. Cuando los volvió a abrir, vio que Jeanne se había desabrochado el abrigo poniendo al descubierto una corta falda amarilla y unas piernas que parecían anormalmente largas, perdidas en el

abrazo de sus botas suaves de piel de ternero. Debajo del borde de la minifalda, sus muslos eran potentes e incitantes. Tenía una piel firme que parecía brillar en el reflejo de la luz. Paul pudo ver que sus pechos eran grandes y que no necesitaban de la ayuda del sujetador. Jeanne echó sus hombros para atrás.

—¿Va a alquilarlo? —preguntó.

—¿Y usted? —Su voz ahora era ronca.

—No lo sé.

Paul se acercó a las ventanas. Los techos de estaño y pizarra del Passy se extendían hacia el río, un océano de planos angulosos delirantes pintado de un suave azul grisáceo; la torre Eiffel se levantaba a la distancia, espinosa y erguida, como una antena gigantesca que sacaba la energía del cielo. Los dos contemplaron la torre; ella, impresionada por su magnitud y él, por su pretensión. Luego Paul vio el reflejo de Jeanne en el cristal y estudió su cuerpo nuevamente. Se le endureció el estómago y se le secó la boca.

Ella era absolutamente consciente de que tenía sus ojos sobre ella y al mismo tiempo sintió vergüenza y una especie de regocijo, como si disfrutase de la humillación de que la hacía objeto.

—Me pregunto quién vivió aquí —dijo ella—. Hace mucho que está desocupada.

Jeanne regresó al corredor y se encaminó al cuarto de baño. Pensó que él la seguiría, pero oyó sus pasos en dirección a la cocina. Con indiferencia, inspeccionó el cuarto de baño, muy atenta a los movimientos de Paul en el otro extremo del apartamento. El tragaluz sobre la bañera inundaba de claridad el cuarto. Los antiguos lavabos encajaban justo con el marco del espejo ovalado. Jeanne se detuvo a arreglarse el pelo y a examinar su maquillaje. Luego, en un súbito arranque, se bajó las bragas, se levantó el abrigo y la falda y se sentó en el water. Sabía que era inconveniente no haber cerrado la puerta, que él podía entrar en cualquier momento y sin embargo, esa posibilidad la excitaba. Se aterrorizó de que la pudiera encontrar allí y al mismo tiempo, esperaba que así fuera.

Paul se apoyó contra la pared de la cocina y miró la cañería. El sonido de la cadena del water lo distrajo y excitó. Jeanne entró en la cocina y ambos evitaron las miradas, pasaron a examinar diferentes habitaciones. Los dos se dieron cuenta de que al prolongar la inspección, aumentaban la posibilidad de una confrontación. Ninguno de los dos la buscó activamente o quería esta confrontación; empero, ninguno estaba dispuesto a romper el encanto. Era como si estuvieran sujetos a una coreografía y les repugnara destrozar el tono de la obra o el fatalismo que contenían esas paredes.

El sonido del teléfono fue una intrusión mal recibida. Jeanne levantó el teléfono en el dormitorio mientras Paul lo contestaba desde el comedor. La voz del ser extraño que llamó se esfumó, pero Paul y Jeanne continuaron escuchando, ambos atentos a la respiración del otro. Ella deseó que le hablara, que le hiciera alguna concesión, alguna muestra de debilidad. Entonces ella habría podido ponerse firme e irse. Pero Jeanne ni siquiera podía colgar el teléfono aunque quiso arrojarlo contra la mesita

antigua y tallada. La arrogancia invencible de Paul era el elemento que la detenía e inmovilizaba. Quizás Paul lo sospechaba porque se sintió orgulloso de su poderío.

Dejó el teléfono sobre el piso y sin hacer ruido cruzó rápidamente el *living-room* circular entrando en el corredor. La pudo ver de rodillas, de espaldas a él, todavía escuchando. En la claridad, su pelo tenía un brillo naranja como si estuviera incendiándose; en la otra mano tenía el abrigo y por un instante, Paul estudió los músculos rígidos de sus muslos.

En silencio, avanzó y vislumbró la expresión de un chico que está a la espera cuando Jeanne, sin darse cuenta, pasó la punta de la lengua por los labios. Entonces ella lo vio. Colgó rápidamente, confusa y atemorizada. No se atrevió a mirarle. En ese momento, tuvo miedo y lo detestó.

—Pues bien, ¿se ha decidido? —preguntó ella y no pudo ocultar el resentimiento en su voz—. ¿Lo va a alquilar?

—Sí, ya está decidido.

Paul sintió haber afirmado aún más su fuerza y se dejó ablandar.

—Ahora no lo sé. ¿Te gusta?

La tomó de la mano y la ayudó a ponerse de pie. Ella tenía los dedos fríos, suaves y entregados; Jeanne se percató de la fuerza potencial de la ancha palma y de los dedos alguna vez callosos debido a un trabajo manual. Era la primera vez que se tocaban y sus manos tardaron en separarse. Ella nunca se había sentido tan vulnerable.

—¿Te gusta? —repitió él mientras dejaban caer las manos—. ¿El apartamento?

—Tengo que pensarlo —dijo ella con expresión ansiosa. Era difícil pensar en otra cosa.

—Piénsalo rápido —dijo él usando unas palabras que en su boca sonaron como una amenaza.

Él la dejó. Jeanne oyó el sonido de sus pasos en el corredor, el portazo en la entrada; luego nada más, salvo su propia respiración. Una bocina sonó en la lejanía seguida de un completo silencio. Se ha ido, pensó para sí misma, y de pronto se sintió consumida. Levantó el sombrero del piso, pasó el *living-room* rumbo a la salida, concentrada. Sorprendida, levantó la mirada.

Paul la estaba esperando apoyado contra la pared. Pareció aún más corpulento a la luz directa del sol, el mentón erguido y los ojos entrecerrados. Tenía los brazos cruzados contra el pecho; el abrigo estaba abierto y mostraba el torso y las piernas fuertes y musculosas. Jeanne dijo:

—Pensé que se había ido.

—Cerré la puerta con llave —caminó lentamente hacia ella mirando fijamente los ojos anchos y azules que reflejaban más resignación que miedo—. ¿Estuve mal?

—No, no —dijo ella tratando de recuperar el aliento—. Sólo pensé que se había ido —sus palabras quedaron pendientes, como una invitación.

Paul estuvo a su lado en un segundo. Le tomó el rostro con las manos y la besó en

los labios. En la confusión, ella dejó caer el bolso y el sombrero, y colocó las manos sobre los anchos hombros. Por un instante, permanecieron absolutamente inmóviles. Nada se movía en la habitación circular salvo las pelusas que caían por el aire; ningún sonido les llegó salvo el de sus propias respiraciones agitadas. Parecían suspendidos en el tiempo, como la belleza marchita de la habitación, aislados del mundo y de sus vidas respectivas. El cuarto adquirió calidez acogiéndolos durante este breve y silencioso noviazgo.

De pronto, Paul la alzó en sus brazos y la llevó hasta la pared de la ventana sin esfuerzo aparente, como si se tratara de una criatura. Ella le pasó los brazos por el cuello que le pareció tan duro como un tronco y le acarició los músculos de su espalda bajo la suave tela del abrigo. Él tenía un olor amargo en parte sudor y en parte algo que ella no pudo identificar; algo más masculino que el de cualquier joven que hubiera conocido y que la excitó poderosamente. Él la bajó, pero sus manos no la dejaron, la apretó contra sí y tocó sus pechos oscilantes a través de la tela de su ropa. Le desabrochó el vestido con rapidez y maña, y metió las dos manos en el interior, acariciándolos; con los dedos dibujó la forma de sus pezones. A ella la excitó la dureza de su piel y se apretó aún más contra él.

Como si lo hubieran convenido de antemano, comenzaron a desnudarse el uno al otro. Ella lo agarró a través de los pantalones; él pasó una mano por debajo de la falda y de un tirón le arrancó las bragas. Jeanne se sofocó ante su audacia y se colgó de él con miedo y anticipación. Paul puso una mano entre sus piernas y la levantó del suelo; con la otra se desabrochó los pantalones. Luego la tomó por las nalgas, la subió un poco más y la penetró.

Se agarraron como animales. Jeanne subió por el tronco de su cuerpo apretando sus caderas con las rodillas y colgando de su cuello como una niña perdida. Él la apretó contra la pared y entró más profundamente dentro de ella; por un instante lucharon torpemente, como en un combate, pero pronto se pusieron de acuerdo y comenzaron a moverse con un mismo ritmo. Sus cuerpos avanzaban y retrocedían como participantes en la más íntima de las danzas. El ritmo se hizo más frenético; la música y el mundo, olvidados, gimieron, suspiraron y se golpearon contra la pared protegiendo esa pasión; cayeron más allá de los orígenes de su propio empeño y se apagaron poco a poco y sin remordimientos, sobre la estropeada alfombra naranja.

Permanecieron inmóviles en el suelo, sin tocarse, mientras la agitación de sus respiraciones se normalizaba gradualmente. Luego, Jeanne se alejó de él, puso la cabeza sobre el brazo y levantó la vista. Pasaron varios minutos en los que ninguno de los dos pronunció palabra.

Se pusieron de pie y arreglaron sus ropas, dándose la espalda. Jeanne se puso el sombrero igual que antes, lo siguió por el corredor y salieron a la escalera. Paul cerró la puerta con llave; Jeanne llamó el ascensor y con vergüenza se apartó de Paul. Minutos antes, habían compartido el abrazo más sensual y ahora, fuera de los confines del apartamento, eran tan distantes como desconocidos.

Ella se sintió agradecida cuando Paul le volvió la espalda y bajó por las escaleras en vez de hacerlo con ella en el ascensor. Pero no pudieron evitar encontrarse en el vestíbulo. Ella se preguntó cuál sería su próximo movimiento cuando la siguió, mientras pasaban delante de la ventanilla de la portera y se encaminaban a la puerta.

Él salió a la calle detrás de ella. La luz del sol los deslumbró y los ruidos de París sonaron discordantes. Paul arrancó el letrero escrito a mano SE ALQUILA de la puerta. Lo rompió y lo arrojó a la alcantarilla. Por un momento ambos vacilaron, luego tomaron direcciones opuestas y ninguno de los dos volvió la cabeza.

II

Había sucedido todo tan abruptamente; podría haberse tratado de una violación pero Jeanne sabía que no había sido. Todavía podía oler y sentir la solidez de su cuerpo, pero sólo experimentó una excitación y una sorprendida incredulidad. Parecía incongruente que ella se hubiera podido abrir completamente a un total desconocido, recibiendo con placer su semen y su violencia y luego ir a encontrarse con otro hombre a quien decía amar y no confiarle nada. La contradicción la dejó perpleja.

La Gare St. Lazare estaba llena de gente. El enorme techo resonaba con las explosiones del vapor a presión y el eco desigual de miles de pies arrastrándose por las plataformas. Todo a su alrededor era sonido y movimiento, una dura realidad, mientras que hacía poco tiempo había vivido una especie de suspenso en el tiempo y la plenitud de una fantasía romántica.

Jeanne sacó un billete de andén en la taquilla y avanzó por la plataforma. Se movía contra la fuerza de la multitud esperando ver el rostro de Tom. Se preguntó si él no la notaría cambiada de algún modo. Los amigos hablaban a menudo de su gran capacidad de percepción. Eso la preocupó un poco aunque en la enormidad del gentío se sintió segura con su secreto.

Se puso de puntillas tratando de localizarlo y no se percató de que un joven con una chaqueta de dril de algodón, se había puesto detrás suyo y empezaba a filmarla con una negra cámara portátil Arriflex. Al lado del operador, una figura desvaída se arrodilló. Tenía puestos unos audífonos y llevaba una grabadora negra colgada de su hombro con un tirante. En una mano tenía un micrófono que primero lo dirigió en una dirección, luego en otra, recogiendo el sonido de fondo. Una chica "SCRIPT" se interpuso entre los dos con un manojito de papeles en la mano. Los otros pasajeros y los que esperaban hicieron una pausa para observar al equipo cinematográfico, pero Jeanne, al buscar a Tom, no se dio cuenta de lo que ocurría. Por último, lo vio. Iba vestido con una chaqueta corta de cuero y cuello de piel, un Ascot verde y amarillo brillantes y pantalones anchos. Parecía tener menos que sus veinticinco años, tenía la cabeza bien peinada, un andar movedizo y sin complejos y una sonrisa tan abierta e inocente como la de un niño.

Jeanne se abrió paso entre la gente y se arrojó en sus brazos. Por un momento, el abrazo de Tom le pareció tentativo, de hermano, comparado con la férrea trampa de los brazos y hombros de Paul. Justo entonces el tren detrás de ellos comenzó a retroceder lanzando un silbido de vapor. Al darse vuelta para evitar el vapor, vio el grupo con la cámara.

Sorprendida, se alejó de Tom.

—¿Nos toman por otros o qué? —preguntó evidentemente molesta.

Tom se enfrentó a la cámara con sonrisa satisfecha. Era un director de cine por encima de todo, un excelente estudiante de Truffaut y de Godard y estaba metido de

lleno en su método documental, el “*cinema verité*”, como lo llamaban los franceses; se dedicaba devotamente a la espontaneidad y al trabajo desde escondites, hasta el punto de autoengañarse. La verdad, para Tom, sólo existía dentro de los confines de una película de celuloide de 16 milímetros proyectada a veinticuatro imágenes por segundo. Era un *voyeur* sofisticado que prefería abrazar la vida por medio de los lentes de una cámara. A ese respecto, era la antítesis viva de Paul.

—Esto es cine —dijo y ése es mi equipo. Estamos haciendo una película.

Apenas acarició los labios de Jeanne con los suyos: había algo malicioso en el gesto.

—Si te beso, eso será cine.

Él le acarició el pelo.

—Si te acaricio, eso puede ser cine.

Inspirado, empezó a ascender en la tenue estructura de su propia visión. Jeanne lo hizo regresar a la Tierra.

—¡Basta! —le exigió moviendo los brazos y esperando que desapareciera el equipo de cine.

—Los conozco —dijo él—. Ya te lo dije.

Como si esa respuesta fuera suficiente, Tom levantó su maleta y escoltó a Jeanne hasta el fondo de la plataforma. El equipo los siguió. —Mira —dijo él—, estoy haciendo una película para la televisión. Se llama “*Retrato de una muchacha*” y esa muchacha eres tú.

—Me tendrías que haber pedido permiso.

El operador de sonido se acercó con el micrófono.

—Sí —dijo Tom, pese a que se sintió desilusionado porque ella no había podido darse cuenta del valor de su idea—, supongo que me divierte comenzar con el retrato de la chica que acude a la estación a dar la bienvenida a su novio.

—Entonces, me besaste sabiendo que se trataba de una película. ¡Cobarde!

En su preocupación por la dirección cinematográfica, Tom interpretó el enojo como una prueba de su ingenuidad. Suavemente, le acarició una mejilla.

—Sobre todo, es una historia de amor —dijo—. Ya verás. La cámara continuó funcionando.

—Ahora dime, Jeanne —prosiguió Tom—, ¿qué hiciste durante mi ausencia?

Sin pensarlo dos veces, ella dijo:

—Pensé en ti día y noche y grité: “¡Querido, no puedo vivir sin ti!”.

El instante fue eléctrico. Así como el sarcasmo se pierde ante los tontos y los niños, Tom no lo captó. Para él, Jeanne había asumido el papel que él había previsto y estaba radiante. Su actuación lo entusiasmó

—¡*Magnifique!* —gritó haciendo un gesto al operador. Eso estuvo perfecto. ¡Corta!

III

No lejos de la Gare St. Lazare, en una angosta callejuela todavía pavimentada con adoquines, donde dos autos se pasaban con dificultad y donde un visitante podía oír hablar tanto el italiano o el inglés como el francés, había varias pensiones que servían a los residentes temporales. Estos pequeños hoteles tenían su complemento de residentes estables: intelectuales y pintores decadentes, actores fracasados, la ocasional prostituta y los miembros del decaído *demi-monde* de París, incluyendo desertores del ejército, drogadictos, rufianes y pequeños delincuentes. Un lazo tenue existía entre todos estos tipos dispares ya que todos compartían casi el mismo nivel de fracaso y un local común. El olor de la basura y del vino avinagrado, y el ruido del *metro* en la cercana estación elevada de Bir Kakeim y el alboroto del bar de la esquina, la proximidad de los comportamientos furtivos e ilegales, todos éstos eran elementos comunes a la mayoría de los residentes de la calle, así como lo eran una cama angosta y dura, apenas una comida diaria respetable y el deseo de un tiempo mejor.

Paul había vivido en esa calle durante cinco años, justo en una pensión parecida, propiedad de la mujer con quien se casó. Su suicidio significaba que ahora el pequeño hotel era de su propiedad, pese a que esa perspectiva lo alegraba muy poco, ya que odiaba al hotel y a todo lo que representaba.

Después de regreso de la Rue Jules Verne, aplazó durante varias horas visitar el cuarto donde se había suicidado su mujer. Pero a la hora del almuerzo, la criada aún no había bajado y Paul, curioso, subió las escaleras recubiertas por la gastada alfombra. El sonido de un saxofón retumbaba por toda la casa procedente de un cuarto del fondo del patio, donde un argelino negro y su mujer vivían en relativa felicidad. El argelino, un músico autodidacto, tocaba el saxo a todas horas, pero Paul jamás le pidió que no lo hiciera, y no porque disfrutara de la música, sino porque le parecía tan objetable como los ruidos de la calle y las quejas de los vecinos. El sonido era sensual e inmensamente triste. A Paul también le parecía bastante inútil.

En el tercer piso, Paul abrió una de las tantas puertas anónimas y de inmediato se enfrentó con lo que parecía ser la escena de una matanza. Había sangre por todos lados; se había derramado por las baldosas del cuarto de baño, manchado la cortina de la ducha y el borde de la bañera y ensuciado el espejo sobre el lavabo. Daba la impresión de que varias personas hubieran sido desangradas hasta la muerte en ese lugar, tal era la sangrienta violencia que denotaba la habitación.

Paul se sintió asqueado y furioso. Sin decir palabra, cruzó el cuarto y se detuvo frente a la ventana esperando que la criada terminara de limpiar la bañera. Quiso llorar, pero no pudo: estaba insensible. No tenía la menor idea de por qué su mujer lo había hecho y esa circunstancia hacía absurdos su dolor y su soledad. Tal vez no había razón, salvo para dejarlo perplejo.

El agua corría. La criada echó un cubo de agua y sangre por el desagüe; luego se

incorporó y miró a Paul.

Paul tenía la mirada fija en el patio y en el cuarto donde el argelino seguía tocando el saxo tenor. Aquel hombre tenía las mejillas distendidas y los antebrazos musculosos se le hinchaban cuando pulsaba las claves y levantaba el instrumento por encima de su cabeza. Su mujer estaba arrodillada a su lado, cosiendo pacientemente un botón a sus pantalones. Cuando terminó, cortó el hilo con los dientes e inconscientemente acercó la cabeza a él. La intimidad simple del acto se le escapó a Paul.

—Quise limpiar —dijo la criada—, pero la policía no me lo permitió. No creían en un suicidio, demasiada sangre.

Tiró el trapo ensangrentado a un rincón y tomó otro. Luego se puso de cuclillas y empezó a limpiar las baldosas.

—Se divertieron conmigo cuando me hicieron repetir la escena —dijo ella, e imitó las voces de los detectives—. Ella fue allí... Vino aquí... abrió esas cortinas. Hice todo como ella —hizo una pausa para sacar un poco de sangre seca con la uña—. Los huéspedes estuvieron despiertos toda la noche; el hotel estaba lleno de policías que jugaban con la sangre. ¡Son todos unos espías!

Paul miró en derredor. La cabecera de la cama de metal manchado, el ropero lleno de cicatrices, la deteriorada pantalla con versiones orientales de pájaros en vuelo, todo era típico de un hotel de tercera categoría en Francia y sin embargo, Rosa había elegido ese escenario para su final. El cuarto despedía olor a muerte aun antes de su suicidio.

La criada puso el paño en un balde semilleno de sangre disuelta en el agua. Empezó a lavar la cortina de la ducha.

—Querían saber si estaba triste. Si estaba contenta. Si se peleaban, si se pegaban. Y después cuándo se habían casado. ¡Cerdos! Me trataron como si fuese una basura.

Su voz no denotaba la menor emoción. Paul sabía que ni ella ni los otros empleados tenían simpatía a Rosa, porque ella tenía un interés genuino en sus vidas miserables y ellos esperaban recibir más de lo que se merecían.

La criada continuó hablando:

Luego me dijeron: «¿Un tipo nervioso, su jefe? ¿Sabía que había sido boxeador?». ¿Y qué? «Luego fue un actor, luego un bongocero. Un revolucionario en México, un periodista en Japón. Un día desembarca en Tahiti, anda por el lugar, aprende francés»...

Era una lista de los logros de los que un día se había sentido orgulloso, pero que en los últimos años había empezado a no encontrarles sentido. Rosa podría haber cambiado todo eso.

—Luego llega a París —continuó la criada el informe— y aquí conoce una mujer de dinero. «Ahora, ¿sabes qué hace tu jefe? Es un mantenido». Y yo les dije: «¿Puedo limpiar ahora?». Y ellos me dijeron: «No toques nada. Realmente, ¿crees que ella se mató?».

Se puso de pie y se secó las manos en el delantal.

—Y luego me empujaron a ese rincón y trataron de...

—¿Por qué no cierra ese grifo? —interrumpió Paul.

La criada se sacó unos mechones de pelo grasiento de la frente y cerró el grifo bruscamente.

—Ahora está todo bien —dijo supervisando el cuarto como si no hubiera hecho otra cosa que limpiar lo que había dejado un cliente sucio.

—No se puede ver nada.

Paul dio media vuelta y miró la gran maleta vacía que estaba sobre la cama. Había contenido los recuerdos de Rosa, una extraña colección de cartas y fotos y cosillas insignificantes, hasta el cuello de un pastor, algo que él no podía explicar. Todo eso él se lo había escondido a la policía, no porque temiera que examinaran las cosas, sino porque quería negarles ese placer. Los recuerdos no le habían proporcionado ninguna pista de por qué se había suicidado Rosa. Ni siquiera parecían haber estado relacionados con ella. Había pensado que conocía a su mujer, que finalmente había establecido una comunicación duradera con otro ser humano, pero había estado equivocado. La vida de Paul había sido una sucesión de aventuras desenfundadas, románticas y sin porvenir; todos sus compromisos con los demás, arriesgados como fueron, no habían llegado a nada. Cuando joven, no le importó, pero recientemente había llegado a darse cuenta de que no viviría eternamente y de que su muerte sería un hecho solitario.

—¿Qué dijeron de la maleta?

No creyeron que estuviese vacía. Pero no tuvieron suerte. Como de casualidad, la criada sacó una navaja de afeitar antigua del bolsillo de su delantal y se la entregó a Paul.

—Aquí tiene su navaja.

—No es mía.

—Ya no la necesitan. La investigación ha terminado.

Paul pasó el dedo por el filo frío y mellado y sintió el mango suave de hueso. Era el instrumento con que Rosa había puesto fin a su vida y Paul no pensaba perderlo.

—Me dijeron que se lo devolviera —dijo ella y esperó su reacción. Paul metió la navaja en el bolsillo de su chaqueta.

—Saque la maleta de aquí —dijo.

Ella se puso en movimiento.

—Tenía tantos cortes en el cuello.

Paul la interrumpió:

—Harán una autopsia —dijo y se fue de la habitación.

El tono del saxo había cambiado. La melodía profunda y sonora era más sensual que melancólica y Paul pensó en la muchacha y en los acontecimientos de la mañana. La idea del sexo sin amor, vacío de emoción, apeló al estado mórbido de su mente. Era una manera de defenderse, aunque fuera por unos instantes, contra la pobreza de

los deseos humanos y la certidumbre de la muerte. En el sótano había algunos muebles y ya había dispuesto su traslado. La idea de hacer ciertas concesiones convencionales lo atrajo. Con llevar unos pocos muebles miserables al apartamento de la Rue Jules Verne, su presencia quedaría establecida.

Paul bajó las escaleras del hotel y salió a la calle casi sin detenerse a recoger el abrigo. Siempre existía la posibilidad de que la muchacha no regresara al apartamento, pero jamás la consideró.

IV

Jeanne subió en el ascensor sin saber realmente por qué. El viejo aparato gemía y suspiraba y amenazaba con no llegar jamás al quinto piso. Una parte de Jeanne deseaba que regresara al vestíbulo sofocante que estaba vacío y sólo ofrecía una vista de la portera loca, sentada de espaldas a la ventanilla, canturreando una melodía desafinada. Jeanne se había tratado de convencer de que en realidad pensaba alquilar el apartamento si es que el hombre que había conocido no lo había hecho. Pero no era el apartamento lo que ella quería ahora.

Tocó el timbre y lo volvió a hacer de inmediato. No hubo ningún movimiento dentro de ese arco sin tiempo que ella imaginó con tintes otoñales rojos y rodados. Apretó tanto la llave que su mano transpiró.

Una puerta se abrió en el piso de arriba y luego se oyeron pasos. Jeanne sintió un terror súbito e irracional. No sabía lo que más la atemorizaba: que la vieran allí o que la sacaran del umbral de su aventura. En un instante, único e impetuoso, insertó la llave en la cerradura, la hizo girar y empujó la puerta. El apartamento la abrazó; se sintió en su casa. Rápidamente cerró la puerta sin mirar detrás suyo.

Jeanne dio media vuelta, enfrentó el corredor angosto que se abría a varias habitaciones y avanzó lentamente. Todo estaba como ella lo recordaba. El sol había cambiado de posición e iluminaba la otra pared del cuarto circular. En la suave claridad, las marcas de humedad y las grietas en el grueso empapelado parecían las líneas finas de un cardiograma. La excitación y la incredulidad que había experimentado esa mañana regresaron a ella. Esa visita la había obsesionado: no podía dejar de pensar en ella, ni siquiera cuando Tom la filmaba. No supo qué le deparaba el futuro inmediato.

Algo se movió. Jeanne giró sobre sus talones y vio en el rincón, junto al radiador, un gran gato amarillo recostado en la sombra que la observaba. Taconeó el piso y avanzó hacia el gato como si fuera realmente su rival. Le molestó la intromisión del animal y la inspección impertinente de que la hacía objeto. El gato saltó al marco de la ventana y desapareció. Lo persiguió hasta allí, pero se encontró mirando los techos y confrontando la altura distante y espinosa de la torre Eiffel, burlona en su maciza permanencia. La sirena de un coche de policía llegó a ella desde el otro lado del Sena y luego el sonido fue desapareciendo. Una vez más, el apartamento asumió el aire de un refugio.

—¿Hay alguien? —llamó una voz desde el corredor.

Por un momento, Jeanne volvió a sentir el pánico anterior. Levantó la llave y la puso delante suyo como si se tratara de un escudo.

Esperaba ver un hombre corpulento con un abrigo de piel de camello. En cambio, vio que aparecían por el corredor las patas de un sillón apoyadas en un par de piernas humanas envueltas en un moño azul desteñido y un par de zapatos viejos y gastados. El sillón bajó y ella vio un obrero con una boina sucia. Tenía un Gauloise en los

labios.

—Muy bien, señora —dijo con un fuerte acento marsellés—, ¿dónde lo pongo?

Jeanne estaba demasiado sorprendida para hablar. El hombre caminó hasta el centro de la habitación sin esperar respuesta y dejó el sillón en el suelo.

—Podría haber llamado —dijo ella sintiéndose muy tonta.

—La puerta estaba abierta.

El hombre se sacó el cigarrillo de los labios y expulsó humo por la nariz. La punta del Gauloise estaba manchada de un marrón oscuro debido a su saliva.

—¿Lo puedo poner aquí? —preguntó al tiempo que señalaba el sillón.

—No, frente a la chimenea —dijo Jeanne con firmeza.

Él puso mala cara, levantó el sillón y lo sacó del cuarto. Jeanne decidió irse. Pero al dirigirse a la puerta, se encontró con un segundo mozo que traía otra silla.

—¿Las sillas dónde? —preguntó y sin esperar respuesta, comenzó a colocarlas en semicírculo en medio de la habitación.

El primer hombre de mudanzas volvió con una mesa que era redonda, hecha de madera manchada de ciruelo con una base pesada y negra. No iba con las sillas, unas Windsor falsas de madera más clara, posiblemente de fresno, y Jeanne se preguntó si los muebles pertenecían al norteamericano. A Jeanne, que vendía antigüedades, le pareció que se trataba de algo extraño que un hombre reuniera ese lote de muebles aunque nunca podría haberse imaginado que eran muebles sacados de un viejo hotel.

—¿Y la mesa? —preguntó el hombre.

—No sé —respondió Jeanne simulando que era la dueña de la casa—. Él decidirá.

La intrusión de los mudadores arruinó el humor de Jeanne. Ahora estaba segura de que alguien había alquilado el apartamento. Nuevamente fue al corredor dispuesta a irse y nuevamente le bloquearon el camino; esta vez los hombres luchaban con el peso de un colchón doble. Dejaron la carga en un cuarto pequeño al fondo del corredor aunque el colchón sobresalía de la puerta.

Les dio un billete de cinco francos a cada uno y se fueron.

Ahora estaba en libertad para irse. Pero era demasiado tarde. La vuelta a la cerradura fue súbita y fuerte. Espió por el corredor y vio la ancha espalda de Paul envuelta en el abrigo.

Por primera vez en su vida, Jeanne experimentó un terror verdadero. Su mente se agitó como un pájaro atrapado. ¿Por qué no se había ido antes, cuando aún le era posible hacerlo? Retrocediendo, se echó en el mullido sillón y se abrazó las largas piernas en una actitud de sumisión. Oyó el sonido de los pasos que se aproximaban y miró en otra dirección para no tener que darle la cara cuando apareciese. Estaba preparada para mostrar sorpresa, pero él entró en la habitación casi sin mirarla. Con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, caminó observando los muebles con una expresión de leve desaprobación.

Se acercó al sillón de Jeanne. Ella quiso hablarle de la llave, pero no quiso ser la primera en hablar. Siempre existía la posibilidad de que él hiciera alguna indicación

de que le gustaba su presencia.

Pero sus primeras palabras fueron una orden:

—El sillón tiene que ir frente a la ventana.

Antes de que ella pudiera hablar, él agarró los brazos del sillón y con un alarde de fuerza lo levantó a medias con ella todavía sentada y lo llevó a la ventana. Dio un paso atrás y se sacó el abrigo con naturalidad, dejándolo caer sobre el respaldo de una silla. Tenía puesta una chaqueta gris suave y un suéter de cuello alto que le daba un aspecto juvenil. Ya se había afeitado y peinado con cuidado. A Jeanne le pareció casi distinguido. Esperó que el aseo fuese un tributo para ella. Su miedo disminuyó.

A la defensiva, dijo:

—Vine a devolverle la llave.

Él ignoró sus palabras.

—Ven a ayudarme —le ordenó.

Su tono evitó la posibilidad de una negativa. Jeanne se puso de pie y se sacó el abrigo muy consciente de que no tenía nada puesto bajo la falda. Movi6 la cabeza y una masa de rizos de pelo negro cay6 sobre sus hombros. Sus grandes pechos se apretaron contra la fina tela sint6tica de su vestido. Paul estaba concentrado en otras cosas.

—No le ha llevado mucho tiempo traer sus cosas —Jeanne se6al6 la llave que hab6a dejado sobre la mesa. Vine a devolv6rsela a *usted*.

—¿Qu6 me importa?

Levant6 una silla y se la pas6 mir6ndola por vez primera.

—Coloca las sillas alrededor de la mesa.

Jeanne se encogió de hombros y obedeci6. Si bien le producía un placer perverso que le diera 6rdenes este desconocido que no respetaba ninguna de las formalidades sociales, al mismo tiempo se sentía molesta y perturbada.

—Estaba por tirar las llaves dijo ella sin darse vuelta y pas6 los dedos por el marco suave y duro del respaldo de la silla. Era acanalado y redondo en el borde. Con el índice hizo un círculo en la madera y estudi6 su uña larga y bien formada.

—Pero no lo pude hacer —continu6 diciendo—, soy una idiota.

Fue una peque6a confesi6n y estaba segura de que 6l contestar6 algo. Le indicaba su propio desamparo aparente y 6l le tendr6a simpat6a. Despu6s de todo, 6l tambi6n era un ser humano aun cuando lo cubriera un halo de violencia potencial.

Jeanne dio media vuelta para enfrentarse con 6l y encontr6 que estaba sola.

—Escuche —dijo enojada, su desilusi6n s6lo equiparada por la incredulidad: a 6l realmente no le importaba y eso le resultaba dif6cil de comprender despu6s de lo que hab6a sucedido anteriormente—. ¿D6nde est6? Tengo que marcharme.

No obtuvo respuesta. Por un momento pens6 que se hab6a ido, pero el abrigo todav6a estaba all6. El miedo que hab6a experimentado esa ma6ana volvi6 a ella.

Camin6 por el *living-room* busc6ndolo, pas6 los muebles ocultos bajo la sabana y sali6 al corredor.

Estaba de pie ante la entrada del cuarto pequeño mirando al colchón que no cabía, con una mano sobre la cintura, y la otra, apoyada contra la pared.

—La cama es demasiado grande para el cuarto —dijo como si no fuese obvio.

—No sé cómo dirigirme a usted —dijo Jeanne.

—Carezco de nombre.

Es extraño que alguien diga eso, pensó Jeanne.

—¿Quiere saber el mío? —preguntó.

—No.

Ella ni siquiera vio el golpe que se aproximaba. Él pareció que hacía un mero movimiento de muñeca, pero la fuerza del revés de la mano hizo que le doblara la cara. Jeanne abrió la boca y sus ojos expresaron sorpresa, rabia y terror.

—No quiero saber tu nombre —dijo él, amenazador, mirándola fijamente—. No tienes nombre y yo tampoco lo tengo. Nada de nombres en este lugar. ¡Ni un solo nombre!

—Está loco —susurró Jeanne y se llevó su mano a la mejilla. Empezó a sollozar.

—Tal vez sí. Pero no quiero saber nada de ti. No quiero saber dónde vives o de dónde vienes. No quiero saber nada. ¡Nada! ¿Comprendido?

Estaba prácticamente gritando.

—Me asustó —dijo ella secándose las lágrimas que tenía en las mejillas.

—Nada —repitió él. Ahora habló con calma y fijó la vista en ella. Tú y yo nos encontraremos aquí sin saber nada de lo que nos ocurre afuera.

Su voz tenía efectos hipnóticos.

—Pero ¿por qué? —preguntó ella, débilmente.

Paul no le tuvo lástima. Se acercó y le puso la mano en la garganta. Su piel era suave y en el interior, los músculos estaban tensos.

—Porque aquí no necesitamos nombres. Vamos a olvidarnos de todo lo que sabíamos: toda la gente, todo lo que hacemos, dónde vivimos. Vamos a olvidarnos de todo.

Ella intentó imaginárselo.

—Pero yo no puedo. ¿Y usted?

—No lo sé —admitió él—. ¿Tienes miedo?

Jeanne no contestó. Lentamente, Paul empezó a desabrocharle el vestido. Se acercó para besarle, pero ella retrocedió.

—Ahora basta —dijo ella con la mirada gacha—. Déjeme ir.

Paul la agarró del brazo que estaba sin fuerza.

—Mañana —murmuró ella. Levantó la cabeza y le besó la mano—. Por favor, mañana lo desearé más.

Permanecieron de pie mirándose a los ojos, el cazador y la presa delicada, ambos inseguros de lo que ocurriría.

—Muy bien —dijo él finalmente—. Está bien. De esa manera no se transformará en un hábito.

Paul acercó el rostro, le tomó el pelo con las manos y aspiró su aroma.

—No me bese —dijo ella—. Si me besa, no podré irme.

—Te acompaño hasta la puerta.

Caminaron calmadamente por el corredor como si no quisieran separarse. No se tocaban, pero ambos eran conscientes de la proximidad del cuerpo del otro, de la proximidad y de la intriga de la posibilidad. Ese era el lazo que los unía. Paul abrió la puerta y Jeanne salió del apartamento.

Volvió la cabeza para despedirse, pero la pesada puerta ya se había cerrado.

V

Después de la ida de Jeanne, Paul no sintió ningún regocijo: sólo un helado poderío. No esperaba nada más y se olvidó hasta de eso cuando regresó al hotel, oliendo la realidad de pescado podrido que se había caído de un cubo a la alcantarilla de la calle, y oyó gritos que al principio pensó que se debían al dolor, hasta que se dio cuenta que provenían de un bebé desamparado. Se preguntó si Rosa había emitido algún grito en su acto final y decidió que ella lo debía haber abandonado en silencio, casi de la misma manera en que había vivido con él. Eso, sumado al hecho de que no le había dado ninguna explicación, representaba la retorcida del dedo en la llaga que sufría Paul. En general, la vida era sórdida; era un calvario: todos los sonidos desgarradores y las menores irritaciones rechinaban sobre él y a veces apenas podía controlar sus impulsos salvajes.

El vestíbulo del hotel estaba desierto. Sólo el pequeño escritorio donde únicamente había un desvencijado libro de registro que Paul dejaba porque su presencia era requerida por la ley y no porque le importara conocer los nombres de los huéspedes. La puerta de su cuarto estaba abierta. Alguien se movía; él se sacó el abrigo sin hacer ruido, lo dejó sobre el escritorio y entró en el cuarto. Habría recibido con alegría una pelea, pero vio que se trataba de su suegra, una mujer robusta, de mediana edad, vestida con un simple abrigo negro y un sombrero con velo. Tenía los ojos enrojecidos y rodeados por una carnosidad que parecía llagada. Ni todo el polvo cosmético que llevaba encima podía ocultar el color insalubre de su piel. Estaba frente a un cajón abierto de la cómoda de Paul, buscando algo con manos frenéticas entre las ropas de Rosa.

Él no la molestó. Paul tenía sentimientos encontrados respecto a «Mère», que era como ella le pedía que la llamara. Era algo fácil y no le tenía antipatía. Ella y su chismoso marido pertenecían a la pequeña burguesía que él detestaba, pero sabía que ella amaba a su hija y que, sin éxito, había intentado comprenderla, Paul había pensado que él comprendía a Rosa, y la falsedad de esa suposición le había sido revelada de modo tan brutal la noche anterior, que ahora era más tolerante con la madre de Rosa. Después de todo, Mère había tomado la decisión de dejar el hotel en sus manos, pero después posiblemente se había visto que eso no tenía nada de bendición. Quizás hubieran tenido una oportunidad si se hubiesen ido de París.

Ella dio media vuelta y lo vio. Vacilaron unos instantes, luego avanzaron rápidamente y se abrazaron. A Paul, ella le parecía una persona muy estable. Recordaba los viajes en tren que él y Rosa solían hacer los domingos a su casa de campo de las cercanías de Versalles. Mère siempre servía *ragout* y un vino blanco seco de la comarca un poco efervescente pero sin efectos posteriores.

—Vine en el tren de las cinco —dijo ella. Miró los ojos cansados y dolidos de Paul—. Oh, Dios, Paul —exclamó.

Él no pudo pensar en nada que decirle y temió sus preguntas. Tal vez ella se diese

cuenta de la inutilidad de hacer preguntas. Mère se dio vuelta y comenzó a buscar afanosamente entre los pedazos de papel, los botones y los alfileres y los otros efectos personales diseminados sobre la mesa al lado de la cama de Paul.

—Papá está en cama con asma —dijo ella. Ni ella ni Paul lamentaban que no hubiese venido ya que él nunca había aprobado la vida de Rosa o de Paul, pero no tenía el coraje de quejarse—. El médico no lo dejó venir. Mejor que sea así. Yo soy más fuerte.

Se dirigió al armario ropero y lo abrió sin pedir permiso. Buscó entre los vestidos y pasó la mano por el estante superior. Uno por uno, sacó los bolsos de Rosa y los apiló sobre la cama. Los dio vuelta y sólo encontró un viejo lápiz labial.

—¿Qué está buscando? —preguntó Paul, cada vez más molesto. Sospechó que su amistad podía tener una breve existencia.

—Algo que lo pueda explicar —respondió Mère—. Una carta, una señal. No es posible que mi Rosa no dejara nada a su madre. Ni siquiera una palabra.

Empezó a llorar con sollozos prolongados y ahogados. Paul juntó los bolsos y los volvió a poner en su sitio y cerró la puerta del ropero. En el estante de arriba estaba la maleta que había contenido los recuerdos de Rosa y él la miro. No había razón para que Mère viera esas cosas porque nada podían revelar.

—Se lo dije por teléfono —dijo él—. No dejó nada. Es inútil buscar una pista.

Recogió la maleta de Mère, una gran valija de lona que parecía demasiado pesada para una breve estancia. Él no quería que se quedase mucho tiempo en el hotel porque su presencia le recordaba a Rosa y todas los problemas que habían quedado sin resolver.

—Necesita descansar —le dijo en un tono imposible de contradecir—. Hay algunas habitaciones libres en el piso de arriba.

Paul la llevó hacia la escalera. Mère se percató de lo gastada que estaba la alfombra y cómo se estaba rompiendo en el borde de cada escalón, que estaba rota la pantalla de la lámpara de metal al lado del escritorio y que hacía mucho tiempo que no se limpiaban los cristales de la puerta. Asimismo, el hotel tenía un olor que ella no recordaba, como el olor del Camembert viejo, y se alegró doblemente de que su marido no la hubiese acompañado.

Pasó una pareja de negros en las escaleras. Era el argelino que tocaba el saxofón y su mujer, ambos con abrigos que les quedaban un poco grandes y ambos sonrientes y mostrando unos dientes blancos y saludables. Paul los saludó con un movimiento de cabeza, pero Mère se detuvo y los miró bajar las escaleras. Cuando ella dirigía el hotel, los negros tenían prohibida la entrada y le echó una mirada de sorpresa a Paul. Él la consideró con frialdad, y sin expresión alguna. No le quería dar la oportunidad de empezar a quejarse y siguió adelante antes de que pudiera hablar.

Todas las puertas necesitaban pintura y esto las hacía más anónimas. De un cuarto salió el ruido de la criada con la aspiradora. Paul abrió una puerta y Mère entró. Sobre una pequeña mesa de despacho había un jarrón sin flores. Él colocó la valija en

medio de la cama que crujió con el sonido de sus viejos resortes.

—¿Con una navaja? —preguntó Mère y Paul entrecerró los ojos. Sabía que la pregunta llegaría pero sin embargo no estaba preparado. Contestarla era casi el equivalente a dar rienda suelta a la enfermedad.

—Sí —dijo sin pasión.

—¿A qué hora sucedió?

Paul decidió que se explicaría una vez y que luego nunca más volvería a hablar del tema, pasase lo que pasase.

—No lo sé —comenzó—. Yo tenía el turno de la noche. El último huésped llegó alrededor de la una. Cerré y...

Cerró los ojos y volvió a contemplar la escena: un cuarto pequeño empapado de sangre, más sangre de lo que él creía posible. Rosa echada en la bañera, distante y austera hasta en esa muerte truculenta. Podría haber preparado para él de antemano un gesto, una palabra, algo que aliviara las cosas o que las hiciera comprensibles. Podría haber arreglado que el recepcionista, Raymond o la criada descubrieran ese horror. ¿Quiso que él sufriera más o no le importó? De una manera u otra, el efecto fue devastador.

—Se mató por la tarde —dijo poniendo punto final.

—¿Y luego?

La voz de Mère era como un eco: dijera lo que dijera, Paul sabía que habría otra pregunta.

—Ya se lo dije —replicó, de pronto, muy cansado—. Cuando la encontré, llamé la ambulancia.

Salió al pasillo antes de que ella pudiera hablar de nuevo. El cuarto del que estaban hablando quedaba directamente al otro lado del pasillo y Paul creyó oír que corría el agua en la bañera. Puso la oreja contra la áspera madera. Mère había empezado a deshacer las maletas y no se dio cuenta de que él se había retirado.

—Después de tu llamada —dijo— nos quedamos despiertos toda la noche hablando de Rosa y de ti.

Paul se preguntó si la criada había dejado los grifos abiertos.

Lo podía haber hecho por fastidio o porque temía que la sangre quedara en las cañerías. Era muy supersticiosa y Paul se preguntó si aún estaría en el cuarto.

Volvió a la habitación de Mère. Ella estaba arreglando con cuidado sus pertenencias: artículos de tocador, un pijama abrigado y un vestido negro para el funeral. Miró sus cosas con un gesto de aprobación.

—Papá no dejó de susurrar como si todo hubiera pasado en nuestra casa.

Ella lo observó con una expresión curiosa que a él le pareció grotesca.

—¿Dónde ocurrió? —preguntó ella.

—En uno de los cuartos —Paul habló con cierto tono de desprecio como si el cuarto se tratase de un gran salón—. ¿Qué importancia tiene?

—¿Alguien sabe si sufrió?

¿Cómo podría haber dejado de sufrir?, pensó Paul. Y ¿por qué lo hizo?

—Tendrá que preguntárselo a los médicos —y agregó con placer malicioso—: Están haciendo la autopsia.

Mère abrió la boca, sorprendida. Las autopsias estaban asociadas con el crimen y el deshonor y ella no lo podía permitir.

—Nada de autopsias —dijo como si fuera la autoridad.

Paul no podía soportar más preguntas. Dio media vuelta y cruzó el pasillo hacia la otra puerta. Tomó el picaporte y abrió bruscamente la puerta. La habitación seguía vacía y tan arreglada como antes. El grifo de la bañera estaba abierto, cruzó el cuarto y lo cerró. Miró el esmalte limpio. Tal vez podría traer a Mère y mostrarle el escenario del suicidio de su hija. Quizás eso la satisfacía. Paul dio otra vuelta al grifo pero se detuvo antes de romperlo. El cuarto era tan común que tal vez por eso Rosa lo había elegido.

Al otro lado del pasillo, Mère empezó a sacar tarjetas y sobres de un paquete. Todo tenía un borde negro sólo apropiado para el anuncio de la muerte. Eran sobrantes de los funerales de otros parientes y ella se enorgullecía del conocimiento y la experiencia que tenía de ese tipo de cosas. Conduciría los últimos ritos de su hija con eficacia: a Rosa no le faltaría nada. Paul la preocupaba un poco. Siempre le había tenido miedo, pero al mismo tiempo reconocía su intensa hombría. Era tan diferente de su marido. Una vez llegó a pensar que era el único tipo de hombre que podía manejar a Rosa. Por esa razón, dio su bendición al casamiento de Rosa «con un soldado de fortuna». Estas eran las palabras de su marido.

Paul permaneció en el umbral mirando la colección de tarjetas y sobres. Mère levantó un par y los examinó de modo casi amoroso.

—Los tenía en casa —dijo evitando su mirada—. Yo ya he pasado por estas cosas. Pero ahora pienso en todo. Voy a arreglar mucho la habitación, con flores en todos lados.

Paul apretó los puños. No podía soportarlo más.

—Tarjetas y parientes —dijo con amargura—, flores y ropa de luto, todo en esa maleta. No se ha olvidado de nada, salvo de una cosa. No quiero curas.

Eso no se le había ocurrido a ella y un funeral sin sacerdotes era algo inimaginable.

—Religioso —tartamudeó—, va a ser un funeral religioso.

—¡Rosa no era creyente!

Sus palabras resonaron por el pasillo. Unas puertas se abrieron cuando los huéspedes empezaron a escuchar. El suicidio de Rosa había echado un paño mortuorio en el hotel entero y muchos de los huéspedes se movían furtivamente por los corredores, temerosos de la muerte o molestos por los inconvenientes. Paul no estaba seguro de qué se trataba y no le importaba.

—Ninguna persona de este lugar es creyente —dijo para que lo escucharan los demás.

—No grites, Paul —dijo Mère retrocediendo con miedo hasta que la cama se interpuso entre los dos.

Paul gritó aún más fuerte:

—¡La Iglesia no quiere suicidas!

Era absurdo y sin embargo, sintió dolor y frustración. Por un momento pensó que podía estrangularla, pero en cambio se puso frente a la puerta y la golpeó primero con un puño y luego con el otro.

—La absolverán —dijo Mère sollozando y desesperada—. Yo me ocuparé de ello. Tendremos una misa hermosa...

Luego se sentó en la cama y se cubrió la cara con las manos.

—¿Sabes lo que dijo papá? —dijo ella entre sollozos, incapaz de no expresar lo que ella creía que era la verdad—. Dijo, «Mi hijita siempre fue feliz. ¿Qué le hicieron? ¿Por qué se mató?».

Paul deseó poder llorar él también, hacer algo por aliviar el dolor. Pero no había nada que pudiera hacer.

—No lo sé —dijo—, nunca lo sabré.

Controlando su furia, giró y salió al corredor. La mayoría de las puertas se cerraron rápidamente mientras los huéspedes intentaban esconder el hecho de que habían estado escuchando y unas pocas puertas permanecieron un poco abiertas. Paul pensó en la gente detrás de ellas en términos de gusanos y quiso provocarlos aunque sabía que ninguno de ellos tenía la valentía de aceptar su desafío. Sus vidas tenían tan poco significado y eran tan despreciables como la de él.

Con falsa compostura, recorrió el corredor y tomando el picaporte de cada una de las puertas abiertas, les dio un portazo.

VI

En París hay días invernales en que la brisa parece llegar de la Costa Azul, los *Platanus* parecen menos descubijados en la intemperie inmaculada y un sol falto de fuerzas se las arregla para sonsacar el aroma de la vida de una tierra fría. Todavía es demasiado temprano hasta para una falsa primavera; sin embargo, hay una promesa en el aire. El color que hace famosa a la ciudad se extiende en la altura (un París azul) aumentado por los rojos y los amarillos de los toldos de los cafés, la textura gris de las piedras y la extensión de las brumas del Sena.

A pesar de que Paul no había dormido bien, sentado en un sillón casi toda la noche, el aire extrañamente balsámico lo revivió. Antes de caer en un sueño oscuro, Jeanne había resuelto no volver a verlo jamás, pero esa resolución se debilitó apenas se enfrentó con el nuevo día brillante y murió aun antes de haber bebido el primer café de la mañana. Los dos llegaron de modo casi simultáneo al apartamento de la Rue Jules Verne. Se desvistieron en el cuarto pequeño y cayeron abrazados sobre el colchón. La promesa del día anterior había sido cumplida. Ella se aferró a él con brazos y piernas como buscando protección de su fuerte pasión. Su abstinencia aumentó su excitación.

Permanecieron uno al lado del otro durante mucho tiempo, sin tocarse, esperando que algún sonido penetrase las paredes bañadas de un rojo dorado por la luz de la mañana. Esperaron en vano. El apartamento los contuvo como un útero.

El pelo abundante y salvaje de Jeanne se desparramó como un rayo de sol por el colchón. Sus pechos, hasta en el reposo, eran firmes y combinaban la plenitud de una mujer madura y sensual con la vivacidad de una adolescente. Tenía una piel límpida y casi radiante. Las caderas eran tan angostas como las de un muchacho y complementaban su amplia sensualidad femenina.

El cuerpo de Paul sólo parecía grande en comparación con el de ella y era un tanto indefinido. Estaba echado a su lado como un dios indulgente. Los brazos y el tórax todavía eran poderosos y cubiertos de un pelo que aún no era gris, pero estaba empezando a perder la tonalidad musculosa; su cuerpo no correspondía a la austeridad de su rostro con sus planos aguileños y su vitalidad fiera y demorada. Parecía estar atrapado en una transición abrupta entre la juventud y la vejez.

Paul era consciente del cuerpo de Jeanne únicamente del modo más superficial ya que pensaba en ella sólo en términos de un cuerpo que albergaba su pasión caprichosa, halagaba su vanidad y su orgullo sexual y por el momento lo arrancaba de la desesperación. Sólo se habría percatado de la voluptuosidad de Jeanne si este elemento no hubiese existido. Por su parte, Jeanne daba por conocido el cuerpo de Paul, pero de una manera enteramente diferente. El primer asalto a que había estado sometida se había basado en un poder masculino general y abrumador y en términos de esa fuerza, ella todavía lo sentía y veía. En realidad, no veía su cuerpo aunque su presencia era voluminosa. El amor que empezó a sentir por él se basaba en este poder

y se reforzaba en la insistencia que Paul ponía en el aspecto secreto de la relación y por lo tanto, en su misterio.

Jeanne se arrodilló y se puso las bragas.

—Me gusta el sexo —dijo— porque es un ejercicio saludable. Te mantiene el cuerpo en forma y te da un gran apetito.

Salió de la habitación sin mirarlo y entró en el cuarto de baño. En el espejo vio una muchacha con el pelo enmarañado, el rostro huesudo, labios que formaban un puchero perpetuo y unos pechos que a veces casi resultaban molestos. Su rostro reflejaba una mezcla incongruente de superficialidad y sabiduría. De pronto Jeanne sintió un escalofrío. Pese a que el tragaluz encima de la bañera inundaba el cuarto de luz, las baldosas blancas y turquesas sólo reflejaban la realidad crispada del invierno. El día ahora estaba frío. Su cuerpo falto de calor parecía expuesto a todo. Cerró la puerta de un golpe como si en ello hubiera alguna protección.

Paul juntó sus ropas. Caminó por el corredor rumbo al cuarto de baño. La idea de lavarse y vestirse juntos lo atrajo ya que estaba decidido a no respetar ninguna convención. La puerta cerrada lo hizo vacilar. Consideró entrar directamente. En ese momento Jeanne estaba haciendo un equilibrio precario entre el water y el lavabo, lavándose: tenía los muslos apretados contra la piedra fría porque no había bidet. Paul prefirió que le invitara a entrar.

Movió el picaporte.

—Déjame sola —dijo ella.

—Déjame ver.

—No es muy interesante.

—Eso depende —sus inhibiciones burguesas lo divirtieron dijo—: Te estás lavando. Quiero ver.

—¡No! —dijo ella con énfasis. Era tan extraño que venciera todas sus pretensiones de pudor durante el acto sexual y luego las asumiera nuevamente.

Salió del borde del lavabo y cerró el agua.

—Terminé —dijo como si él no la pudiera oír—. Ahora puedes entrar.

Paul entró; llevaba sus ropas envueltas ceremoniosamente en un brazo. Las depositó sobre el borde de la bañera y entró en ella desnudo poniéndose junto a Jeanne. Ella tenía los artículos de tocador delante suyo, el lápiz labial, una botellita de crema para limpiar el cutis; y comenzó a maquillarse mirando de costado sus pestañas y ajena a la presencia de Paul.

Paul emitió una risa ahogada —un sonido nuevo para ella— y puso sus manos sobre el borde del lavabo.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó ella.

—Nada, realmente —dijo él pero continuó riéndose—, sólo te imaginé colgada de este lavabo. Hay que tener práctica para mantener el equilibrio y lavarse al mismo tiempo. Si te caes, te puedes romper una pierna.

Jeanne estaba furiosa, no porque él se divirtiera, sino porque lo expresaba. Había

cosas sobre las que no se debía hablar. Se ruborizó y se volvió con rabia al espejo.

Paul decidió calmarla. La besó suavemente en los hombros y dijo:

—Bueno, no seas así.

—Nosotros somos distintos —dijo ella.

Ella lo miró por el espejo y vio que todavía estaba burlando. A él, sus reservas le parecían tan pequeñas. Después de todo, sólo se trataba de dos cuerpos que chocaban en el abismo del mundo contemporáneo donde un acto no era más condenable que otro. Únicamente el calor palpable de la carne le parecía real a Paul.

Sin embargo, aun así, trató de contemporizar, por el momento.

—Perdóname —dijo y la volvió a besar—. ¿Me perdonas?

Jeanne rectificó:

—Sí —dijo y le sonrió con la espontánea naturalidad de una niña.

Paul se dio cuenta de que era el momento apropiado para avanzar y empujarla aún más.

—Entonces, ven aquí y lávame —dijo.

La sonrisa de Jeanne desapareció.

—¿Estás bromeando? —dijo en un inglés irregular—. ¡Ni se te ocurra! ¿Qué te hace pensar que me puedes dar órdenes?

Tenía un tono en la voz, una mezcla de enojo y miedo, pero Paul la ignoró. Hizo correr el agua y comenzó a enjabonarse las manos y luego el pene. Y se sentó a horcajadas en la bañera.

—No sabes lo que te pierdes —dijo.

Jeanne movió la cabeza con aire de incredulidad.

—¿Sabes lo que eres? —preguntó. Eres un cerdo.

—¿Un cerdo? —Paul consideró la posibilidad. La idea era divertida.

—Un water es un water —explicó ella con burla condescendiente—; y el amor es el amor. Mezclas lo sagrado con lo profano.

Para Paul no existía ninguna diferencia entre esos dos términos y decidió hacérselo saber. Pero por el momento se quedó en silencio. Jeanne prosiguió su maquillaje.

Paul se secó, consciente de que lo invadía un creciente malestar. La escena tenía un dejo de cotidianidad: pasaron para el mundo exterior, como dos esposos excesivamente familiarizados con las costumbres mutuas. La escena resultó demasiado agradable. Paul decidió cambiar la tónica.

—Una vez vi una película sueca muy triste que mezclaba lo sagrado y lo profano —comenzó a decir, sentado en el borde de la bañera poniéndose las medias.

—Todas las películas pornográficas son tristes —dijo ella—. Son la muerte.

—No era pornografía; sólo se trataba de algo sueco. Se llamaba *Estocolmo secreto*; era la historia de un joven muy tímido que finalmente tuvo la valentía de invitar una chica a su casa. Entonces, mientras estaba esperando, muy excitado, muy emocionado, empezó a preguntarse si no tendría los pies sucios. Lo verifica. Dan

asco. Entonces corre al cuarto de baño a lavárselos. Pero no hay agua. Se desespera y no sabe qué hacer. De pronto tiene una inspiración. Pone el pie en el water y tira la cadena. Se le ilumina el rostro; lo ha conseguido. Pero cuando trata de sacar el pie del water, no puede. Está atascado. Trata de nuevo, lo intenta de cualquier manera, pero no hay suerte. Llega la chica y lo encuentra en un estado de desesperación, llorando, apoyado contra la pared y con el pie metido en el water.

Paul parecía complacerse con los aspectos sádicos del cuento y continuó:

—El muchacho le dice a la chica que se vaya y que no regrese jamás. Pero ella insiste en que no puede dejarlo en esa situación porque se morirá de hambre. Va a conseguir un fontanero. El fontanero estudia el caso pero no quiere hacerse responsable. «No puedo romper el water», dice. «Puedo lastimarle el pie». Llaman a una ambulancia. Los enfermeros llegan con una camilla y entre todos deciden arrancar el water del piso. Ponen al muchacho en la camilla con el water todavía en el pie como si fuera un zapato gigante. Los dos enfermeros empiezan a reírse. El primero resbala en las escaleras y el segundo cae bajo la camilla. El water se le cae en la cabeza y lo mata instantáneamente.

Jeanne se rió nerviosamente. Paul se puso de pie bruscamente y salió del cuarto de baño, dejándola sola. Por lo menos podrían haber compartido el humor negro, pero él no estaba dispuesto a hacerlo.

Ya completamente vestido, Paul empezó a caminar por el *living* circular inspeccionándolo con ojo clínico. Pasó la mesa y las sillas al comedor. Y arrastró el pesado colchón desde el cuarto pequeño. Lo que antes había sido una especie de tabernáculo que los separaba del mundo exterior, ahora parecía tener el aspecto de un campo de enfrentamiento. Abrió un poco las persianas para permitir el paso de la luz.

Jeanne salió del cuarto de baño maquillada y lista para marcharse. Tenía el cabello cepillado y brillante, cuidadosamente recogido en un rodete en la nuca. Se miraron. Jeanne sonrió, vaciló e hizo un gesto impreciso dirigiéndose a la puerta. Pero Paul aún no había terminado con ella y de alguna manera ella se dio cuenta: Paul no tenía necesidad de llamarla.

Regresó al *living room*. Paul estaba bajo los rayos del sol, con el mentón levantado, mirándola con un frío desinterés. Ella le devolvió la mirada. Ahora eran dos combatientes que medían sus fuerzas.

—¿Vamos a empezar de nuevo? —preguntó ella.

Paul no le contestó, pero comenzó a desabrocharse la camisa lentamente. Imitándolo, Jeanne dejó a un lado el abrigo y el bolso, se sacó la blusa y los pantalones y por último quedó desnuda y orgullosa ante él.

—Queremos contemplarnos —dijo ella—. ¿No es cierto?

—Sí —dijo y por primera vez se fijó en ella como mujer—. Eso es.

Se sentaron en el colchón, uno frente al otro y entrelazaron las piernas. Él le tocó el rostro con ambas manos, como si acabara de descubrirlo, luego, el cuello y los hombros, los pechos —donde se demoró maravillándose de su plenitud.

—¿No es hermoso de este modo? —preguntó él creyéndolo—. ¿Sin saber nada?

—Adán y Eva no sabían nada uno del otro —dijo ella.

—Somos como ellos pero al revés. Ellos vieron que estaban desnudos y tuvieron vergüenza. Nosotros vimos que teníamos ropa puesta y vinimos aquí para estar desnudos.

Entrelazaron las piernas en una posición sentada como en el *Kama Sutra*, cada uno con un muslo encima del muslo del otro. Jeanne le tomó el pene con las manos y lo puso dentro suyo. Paul pasó los dedos por las caderas de Jeanne y acarició la cálida abertura en su pelo púbico.

—Creo que podemos acabar sin tocarnos —dijo ella.

Echaron las espaldas hacia atrás, apoyándose en los brazos y se miraron.

—Con nuestros ojos —dijo ella— y nuestros cuerpos.

Él preguntó en tono de broma:

—¿Ya has acabado?

—No.

Paul se movió hacia adelante y hacia atrás. Jeanne gimió:

—Es difícil.

—Tampoco yo todavía. No haces lo suficiente.

Sus movimientos se aceleraron. Paul acabó primero y se separó de ella. Pero Jeanne jamás había estado tan satisfecha. Por primera vez ambos empezaron a sentir algo aparte de la lascivia y de la excitación de una aventura ilícita: era una especie de lazo. Ella quiso decirle algo, pero no supo qué.

—Sé lo que voy a hacer —dijo ella de improviso—. Tendré que inventarte un nombre.

—¡Un nombre! ¡Por Dios! —dijo Paul riéndose y moviendo la cabeza—. Me han puesto ese nombre un millón de veces en mi vida. No quiero un nombre. Me siento mejor con un gemido o un gruñido. ¿Quieres saber mi nombre?

Se puso a cuatro patas. Hizo una especie de hocico con los labios y emitió un fuerte gruñido. Luego siguió gruñendo con un sonido que salía de lo profundo de su garganta, un sonido primitivo que los excitó a los dos. Jeanne le pasó los brazos por el cuello y puso un pie entre sus piernas.

—Es tan masculino —dijo ella—. Ahora escucha el mío.

Lo empujó a su lado sobre el colchón y lo apretó fuertemente. Maulló y preguntó:

—¿Te gusta?

Se rieron.

Él volvió a gruñir y ella contestó. Ambos llenaron la habitación circular con el noviazgo estridente de las bestias.

VII

Cuando Jeanne llegó el equipo de Tom estaba a la espera en el jardín de la villa de Chatillon-sous-Bagneaux, un suburbio de París. Ya no llevaba el pelo recogido en rodete, sino dispuesto en bucles sobre los hombros. Parecía que acabara de despertarse. Recién salida de su cita con Paul, restallaba de vitalidad; en contraste con ella, los demás tenían aspecto de estatuas. En la entrada, Jeanne hizo una pausa para observar al tipo de sonido. Estaba arrodillado junto a su Nagra, los audífonos en su sitio y pasaba el micrófono de un lado a otro por encima de la cabeza grabando los distintos sonidos estridentes de los animales domésticos. El operador cargó la cámara con película, manteniendo las dos manos dentro de un bolso negro. La *script* repasaba las páginas brillantes de *Elle* con un obvio aburrimiento. Ninguno de ellos estaba interesado en los pavos que caminaban por el lugar: sólo los pájaros producían un sonido interesante.

Jeanne dio un portazo.

—Gracias por el ruido —dijo el hombre del sonido—. Fue la mismísima discreción.

Jeanne vio la desilusión dibujada en el rostro de Tom. Estaba a un costado, con las manos en los bolsillos, tratando de sonreírle.

—No estás lista —dijo mirándole el pelo.

Jeanne decidió no justificarse con mentiras.

—Pero no es una peluca —bromeó—. Es mío. ¿No estoy hermosa? Dice que no te gusta como estoy.

—Pero sí me gustas como estás —insistió Tom—. Pareces cambiada, pero eres la misma. Ya puedo imaginarme una toma...

Tom levantó ambas manos e imitando una cámara, caminó a su alrededor. El equipo se preparó para la toma. Jeanne observó el jardín y el muro de piedra circundante. En su infancia, la villa había estado rodeada en tres sitios por campos verdes. A lo largo de los años, ella había presenciado con angustia que esos mismos campos se iban llenando de edificios de apartamentos y de chozas pertenecientes a los inmigrantes pobres, que se habían visto obligados a huir de las ciudades.

—La cámara está alta —prosiguió Tom—. Desciende lentamente hacia ti. Y mientras avanzas, se te acerca. También hay música. Se te acerca más y más...

—Tengo prisa —interrumpió Jeanne—. Comencemos.

—Pero primero hablemos un poco.

—No —dijo ella.

El equipo se puso en acción y la siguió hacia el fondo del jardín.

—Hoy improvisaremos —anunció ella—. Tendrán que mantener el ritmo.

Tom estaba encantado. Ordenó con un gesto al operador para que los siguiese.

—Estás estupenda —dijo caminando tras ella y alargó el brazo para tocarle el pelo—. Estás como realmente eres, en tu casa y en el escenario de tu infancia. ¡No

podría ser de otra manera! Te filmaré tal cual eres: salvaje, impetuosa, entusiasta.

Jeanne se encaminó hasta una tumba junto a unos espinos. La fotografía que había sobre la piedra mostraba a su perro ovejero alemán sentado y obediente. Bajo la foto se leía: «Mustafá, Orán 1950 —París 1958».

—Fue el amigo de mi infancia —dijo ella—. Me vigilaba durante horas y yo pensaba que me comprendía.

Una vieja vestida de negro y con los brazos cruzados sobre su ampuloso pecho se acercó de prisa desde la casa. Tenía el pelo blanco estirado severamente hacia atrás y llegó a tiempo para escuchar las palabras de Jeanne. La mujer agregó:

—Los perros valen más que la gente, mucho más.

Jeanne dio un salto y la abrazó.

—Esta es Olympia —le explicó a Tom—, la niñera de mi infancia.

—Mustafá podía distinguir a los ricos de los pobres —dijo Olympia—. Nunca cometió un error. Si entraba alguien bien vestido, jamás se movía...

Su voz ronca se apagó cuando vio que el operador, alentado por Tom, comenzaba a girar a su alrededor.

—Si aparecía un mendigo —continuó—, tendrían que haberlo visto. ¡Qué perro! El coronel lo entrenó para que reconociera a los árabes por el olfato.

Jeanne se dirigió al equipo:

—Olympia es una antología de virtudes domésticas. Es leal, admirable y... racista.

La vieja los hizo pasar a la villa.

El *hall* de entrada estaba lleno de macetas con plantas distribuidas al azar sobre las baldosas gastadas. Encima de una vieja mesa de bambú había una lámpara de hojalata con una pantalla de vidrio verde; arriba, había un cuadro al óleo *amateur* del padre de Jeanne, el coronel con su uniforme. El uniforme estaba extraordinariamente bien cortado, las botas impecables y los bigotes engominados.

Jeanne hizo que la gente pasara ante el retrato y entrara en el cuarto adyacente con el suelo encerado y las paredes empapeladas con diseños geométricos y atrevidos. Sobre una estantería llena de fotos, había armas primitivas dispuestas con prolijidad. Las fotos que mostraban un conglomerado de escenas exóticas tenían los bordes amarillentos y doblados; todo distrajo momentáneamente al director y a su equipo.

Jeanne miró las fotos con orgullo. Sacó una del estante y la exhibió para que la vieran: en la fotografía había tres hileras de niñas de la escuela primaria que se enfrentaban a la cámara con aire melancólico bajo la mirada de una mujer fornida.

—Esa soy yo —dijo Jeanne—, estoy a la derecha de la maestra, *Mademoiselle Sauvage*. Era una persona muy religiosa, muy severa...

—Era demasiado buena —interrumpió Olympia—. Te dio todos los gustos.

Tom dio una palmada en el hombro del operador; éste giró y apuntó el objetivo en dirección a la anciana, pero ella se escondió detrás de los otros.

Jeanne señaló otra figura.

—Y esa es Cristina, mi mejor amiga. Se casó con un farmacéutico y tiene dos chicos. Aquí todo es como un pueblito. Todo el mundo se conoce...

Olympia comentó:

—Personalmente, yo no podría vivir en París. Aquí todo es más humano.

Nuevamente, el operador dio media vuelta en busca de su imagen. Olympia se escapó por las puertas en forma de persiana.

—Esto es como un refugio —continuó diciendo Jeanne—. Es triste mirar atrás.

Entraron en la habitación de su infancia. Había animales rellenos y con las extremidades gastadas colocados en hilera frente a los marcos de las ventanas; había imitaciones en madera oscura de posesiones de los adultos (una rueda, una silla, un taburete) alineados contra las paredes. Las cubiertas de los libros estaban todas gastadas.

—¿Por qué dices que es triste? —le preguntó Tom—. Es una maravilla.

Simplemente, ella levantó las manos y dio media vuelta.

—¡Eres tú misma! —exclamó él—. Se trata de tu infancia. Eso es lo que yo quiero.

Inspirado, Tom dirigió la mirada al techo. Al mismo tiempo hizo una señal para que el operador siguiera a Jeanne.

—Estas anotaciones son la infancia de tu inteligencia. Es algo fascinante. El público tiene algo de miedo a la mujer de hoy...

Hizo una pausa para pensar y verificó mentalmente el guión mientras Jeanne salía de la habitación perseguida por el operador.

—...Sin embargo, te permite mostrar la inteligencia cotidiana de cualquier mujer, alguien un poco por encima de lo común, pero alguien que no es inalcanzable...

Inspirado, Tom miró a su alrededor y pareció darse cuenta por primera vez de la presencia de su equipo.

—¿Qué están haciendo aquí? —gritó—. ¿Quiénes son estos zombis que están a nuestro alrededor?

Los sacó fuera y luego abrió una puerta que daba a una habitación llena de muebles bajos y cómodos.

—¡Estoy abriendo una puerta! —gritó haciendo un gesto a Jeanne—. ¡Estoy abriendo todas las puertas!

—¿Adónde vas? —preguntó ella tratando de ponerse a la altura de su entusiasmo.

—Tengo un plan ¡Marcha atrás! ¿Entiendes? Como un automóvil en marcha atrás.

Tom le tomó las manos.

—Cierra los ojos —dijo—. Marcha atrás, anda, vuelve a encontrar tu infancia.

—Ve a papá —dijo ella cooperando— con su uniforme...

—No temas. Supera los obstáculos.

—Papá en Argelia...

—Tienes quince años —dijo él—, catorce, trece, doce, once, diez, nueve...

—Veo mi calle preferida cuando tenía ocho...

Jeanne abrió los ojos, levantó de la mesa un cuaderno forrado. Comenzó a leer en voz alta.

—Deber para la clase de francés. Tema: el campo. Desarrollo: el campo es la tierra de las vacas. La vaca está enteramente cubierta de cuero. Tiene cuatro lados, el frente, el trasero, el lomo y la parte inferior...

—¡Encantador!

Jeanne levantó el diccionario y empezó a pasar páginas.

—La fuente de mi cultura fue el *Larousse* —dijo—. Lo copié.

Leyó en voz alta.

—Menstruación, sustantivo femenino, función fisiológica que consiste en un fluido... Pene, sustantivo masculino, el órgano de la copulación que mide entre cinco y cuarenta centímetros...

—Muy instructivo —dijo él acercándose a la ventana y haciendo un gesto para que regrese el equipo.

Jeanne recogió una fotografía de su padre. Estudió el despliegue de medallas sobre el pecho, los galones de oro del uniforme que recordaba tan vívidamente, la manera en que se ponía firme con los dedos apenas doblados a los costados. Jamás lo había visto cometiendo alguna informalidad. Siempre había sido bueno y, sin embargo, ella nunca se había visto en libertad para subir sobre sus rodillas, tocarlo y besarlo. Su madre había venerado al coronel y Jeanne a menudo había detectado lo que hasta ese entonces se habían parecido a los celos por parte de su madre. Jeanne había llegado a desear ser un soldado como su padre, llevar un arma y moverse por la vida con esa espléndida seguridad. Cuando él se ofreció a enseñarle el uso de su pistola reglamentaria se sintió tan halagada que superó el horror que le producía el estallido y la muerte potencial que representaba y aprendió a tirar casi tan bien como él. Jeanne pensaba en el coronel como un anciano, pero un anciano invencible, y cuando murió fue como si todo el mundo quedara de pronto en peligro.

—¿Quién es este? —preguntó Tom con el dibujo de un chico tocando el piano.

Jeanne sonrió.

—Mi primer amor —dijo—. Mi primo, Paul.

El operador se interpuso entre los dos y enfocó con la Arriflex. Olympia estaba en la puerta, totalmente silenciosa.

—¿Por qué tiene los ojos cerrados? —preguntó la *script*.

—Estaba tocando el piano y lo hacía estupendamente. Lo recuerdo sentado allí y tocando las teclas con los dedos delgados. Practicaba horas seguidas.

Recordaba verdaderamente los ojos negros y las facciones afiebradas y enfermizas de su primo. Mientras sus padres tomaban el té en el salón mirando el jacinto en flor y los espinos y hablando de los viajes por el África, ella y él se escapaban en silencio...

Jeanne abrió la ventana y señaló el patio trasero.

—Esos dos árboles —dijo—, el castaño y el platanus; allí era donde nos sentábamos. Cada uno tenía su propio árbol y nos mirábamos. Mi primo me parecía un santo.

Tomó a Tom de la mano y lo llevó hasta el patio.

—¿No son hermosos? —preguntó y señaló el lugar lleno de maleza y de hierbas. Pero Jeanne no las vio porque estaba recordando lo que había sido; estaba mirando por encima de todo, y no podía ver el deterioro que la rodeaba.

—¿No son hermosos? —repitió como si Tom no lo pudiera ver por sí mismo—. Para mí, esos árboles eran como una selva verdadera.

Qué fácil le resultaba idealizar a Tom. Sus entusiasmos y sus desilusiones alentaban a Jeanne y la impulsaban a meterse en su propia fantasía. Pero no pudo proseguir. La realidad se puso a su alrededor tan masiva como una nube tormentosa y los aspectos más sórdidos de su infancia clamaron por ser revelados.

Olympia se aproximó con una foto del coronel en la mano como si fuera un icono.

—¡El coronel era un hombre espléndido! —dijo a quien quisiera escucharle e intentó que el operador enfocara lo que ella consideraba lo más importante de la villa.

—Hasta me asustaba —admitió.

Jeanne volvió a contemplar la foto y recordó el miedo que había sentido siempre que él estaba enojado. De pronto pensó en Paul, en su orgullo y fortaleza y quiso estar a su lado. Miró a su alrededor y por primera vez se percató de que la villa necesitaba pintura, de la erosión en un rincón del jardín, de muro agrietado, de las hierbas y a la vista a distancia de los techos de cartón alquitranado.

—En mi tiempo no había nada de eso —dijo con disgusto, entrando en la maleza seguida por el equipo de filmación.

Se sintió castigada y de una manera engañada por esta visita y cuando descubrió a media docena de niños de piel oscura de cuclillas entre las moras, defecando, se enfureció como si la estuvieran violando.

—¿Qué están haciendo? —les gritó mientras ellos se subían los pantalones y huían.

Jeanne tomó del brazo a unos de los chicos y lo zarandeó. Sus ropas apenas eran algo más que trapos y el chico temblaba mientras trataba de patearla en la espinilla. Jeanne vio que Olympia levantaba del suelo un palo y se acercaba rápidamente por el matorral, el operador corriendo junto a ella para mantenerla en foco.

—¿No tienes otro lugar para ir a hacer eso aparte de mi bosque? —preguntó Jeanne al chico y se dio cuenta de que éste no la podía comprender.

—Corre —dijo ella—. ¡Lárgate de aquí!

El chico disparó y saltó por encima del muro como un animal.

—¡Si te pesco, te colgaré —gritó Olympia. Vete a cagar a tu propio país, miserable.

Olympia levantó una piedra y la arrojó inútilmente contra los intrusos.

—Africanos —dijo con tono de disgusto—, ya ni siquiera se puede vivir en la propia casa.

Jeanne dio media vuelta y miró a su alrededor y se dijo a sí misma: «Envejecer es un crimen».

Tom se puso a su lado, respirando agitadamente, y señaló con un gesto al operador. Tenía el rostro contraído por la excitación y el orgullo.

—¿Lo conseguiste? —preguntó Jeanne.

—Todo.

—Olympia estuvo magnífica. Ahora tendrás una idea precisa de las relaciones raciales en los suburbios.

Jeanne se percató de que tenía los ojos húmedos.

Tom no se dio cuenta y dijo:

—Ahora cuéntame de tu padre.

—Pensé que ya era suficiente por el día.

Se alejó de él y se encaminó a la entrada principal. De pronto, Tom le pareció confinado dentro de las ilusiones de su propia infancia, un personaje engreído e ingenuo.

—Una última cosa —dijo él acercándosele rápidamente.

—Tengo prisa.

—Tan sólo cinco minutos, Jeanne —y su voz pareció denotar sorpresa y dolor—. ¿Qué me dices del coronel?

—Tengo una cita de negocios —le dijo ella mintiendo con facilidad.

Fue directamente al portón y no se molestó en cerrarlo.

VIII

La promesa de la mañana desapareció cuando un nubarrón se cruzó con el sol. Este brilló brevemente a través de las nubes, como una oblea finísima, y luego oscureció. La lluvia invernal ensombreció el rostro de París; el viento la llevaba y la desintegraba contra los cristales altos y curvos de las ventanas de los edificios. Una pálida luz reflejada jugaba sobre las paredes del *living-room* creando la ilusión del agua en movimiento. La habitación había comenzado a tener el perfume del sexo.

Estaban echados desnudos sobre el colchón; el brazo de Jeanne descansaba sobre el ancho tórax de Paul y ella miraba en otra dirección. Paul tenía una armónica plateada y brillante en la mano y la sopló produciendo únicamente notas inconexas y quejumbrosas.

—Qué vida —dijo ella, hablando como si soñara—, no hay tiempo para descansar.

La mañana todavía estaba dentro de ella con sus memorias soterradas de la infancia. Sintió un deseo irrazonable de compartir su desilusión con Paul.

—El coronel —comenzó a decir— tenía ojos verdes y botas brillantes. Yo lo reverenciaba como a un dios. Era tan apuesto con su uniforme.

Sin agitarse, Paul dijo:

—Qué pila humeante de bosta de caballo.

—¿Qué? —Jeanne se sintió enfurecida—. Te prohíbo que...

—Todos los uniformes son una mierda; todo lo que hay fuera de este lugar es una mierda. Además, no quiero escuchar los cuentos de tu pasado y todas esas cosas.

Ella sabía que era tonto de su parte esperar que él la comprendiera, pero continuó diciendo:

—Murió en 1958, en Argelia.

—O en el 68 —dijo Paul— o en el 28 o en el 98.

—¡En 1958! Y te prohíbo que hagas bromas al respecto.

—Escucha —dijo él pacientemente—, ¿por qué no dejas de hablar de cosas que no tienen la menor importancia en este lugar? ¿Qué diablos significan aquí?

—Entonces, ¿qué tengo que decir? —preguntó ella débilmente y como buscando consejo—. ¿Qué tengo que hacer?

Paul le sonrió. Tocó con la armónica unas pocas notas de una melodía infantil con habilidad y sentimiento; luego cantó: —Ven a la buena barra, *Lolly-pop*...

Jeanne movió la cabeza con aire desconsolado; Paul parecía muy distante.

—¿Por qué no vuelves a América? —preguntó.

—No lo sé. Malos recuerdos, supongo.

—¿De qué?

—De mi padre —dijo él recostándose sobre el estómago y apoyándose sobre los codos para que su cara estuviera más próxima a la de ella—, era un borracho, un jodido —ahora acentuó la palabra—, un puñetero, un peleador... supermasculino. Sí,

era un tipo jodido —se le ablandó la expresión—. Mi madre era muy poética, también una borracha y la recuerdo de niño cuando la arrestaron desnuda. Vivíamos en un pueblito, una comunidad de agricultores. Yo llegaba de la escuela y ella ya se había ido. Estaba presa o en cualquier otro lado.

Una expresión de placer apenas perceptible le cruzó el rostro y sacó la tensión de sus facciones. Hacía tanto tiempo que no pensaba en esas cosas que ya habían dejado de existir para él.

—Tenía que ordeñar una vaca —dijo— todas las mañanas y todas las noches y eso me gustaba. Pero recuerdo una vez que estaba vestido para salir y llevar a una chica a un partido de *basketball* y mi padre dijo: «Tienes que ordeñar la vaca». Y yo le pregunté si por favor no la podía ordeñar él en mi lugar. ¿Sabes lo que me respondió? Dijo: «¡Lárgate de aquí!». Entonces salí y tenía mucha prisa y no tuve tiempo de cambiarme los zapatos y me los llené de bosta. Cuando íbamos rumbo al partido, el auto estaba hediondo.

Paul hizo una mueca.

—No sé —dijo tratando de desechar lo que había recordado—. No puedo recordar muchas cosas buenas.

Jeanne insistió.

—¿Ni una? —preguntó en inglés para hacerlo sentir mejor. Los recuerdos le fascinaban.

—Algo sí —dijo él menos implacable. Había un granjero, un viejo muy bueno que trabajaba mucho. Yo trabajaba con él en un zanjón secando la tierra para poder plantar. Usaba sobretodo y fumaba con una pipa de arcilla. La mayor parte del tiempo no le ponía tabaco. Yo detestaba el trabajo; hacía mucho calor, había mucha suciedad y me dolía la espalda. Y todo el día yo observaba que la saliva del viejo corría por el caño de la pipa y colgaba de la punta. Hacía apuestas conmigo mismo acerca de cuándo caería al suelo y siempre perdía. Jamás la vi caer. Dejaba de mirar un segundo y desaparecía y luego un nuevo salivazo ya estaba allí.

Paul se rió en silencio y movió la cabeza. Jeanne temía moverse porque tal vez él dejaría de hablar.

—Y luego teníamos una perra hermosa —continuó diciendo él con una voz que ella aún no había escuchado y que era casi un susurro—. Mi madre me enseñó a amar la naturaleza. Supongo que era todo lo que podía hacer; frente a nuestra casa había un gran campo abierto. En el verano era una plantación de mostaza y nuestra gran perra negra, llamada Dutchy, cazaba allí los conejos. Pero no los podía ver, así que tenía que saltar en el aire y mirar rápidamente para darse cuenta de dónde estaban los conejos. Era algo muy hermoso, pero nunca cazó nada.

Jeanne lanzó una carcajada. Paul la miró sorprendido.

—Te has traicionado —dijo ella con aire de triunfo.

—¿Realmente?

Ella le imitó la voz sonora hablando inglés con un fuerte acento.

—No quiero saber nada de tu pasado, *Baby*. Pero todo salió afuera, *Baby*. Paul se echó hacia atrás y la miró fríamente. Jeanne dejó de reírse.

—¿Piensas que te estaba diciendo realmente la verdad? —preguntó y cuando ella no respondió, agregó—: Tal vez si, tal vez no.

De cualquier manera Jeanne sintió que de algún modo, Paul se había mostrado más humano. Fue ella quien inició la tercera coquetería sexual del día.

Dijo con tono juguetón:

—Yo soy Caperucita Roja y tú eres el Lobo.

Paul empezó a gruñir pero ella lo silenció poniéndole un dedo sobre los labios. Con su otra mano le acarició los anchos hombros.

—Qué brazos más fuertes que tienes —dijo ella.

Paul decidió seguir el juego de Jeanne pero lo haría para sus propios fines y con su cruel sentido del humor. En ese día ya había hecho demasiadas concesiones.

Paul dijo:

—Para apretarte y hacerte eructar mejor.

Ella le examinó la mano.

—Qué uñas más largas tienes.

—Para rascarte el culo mejor.

Ella le pasó los dedos por el pelo púbico.

—Qué pelos más largos tienes en la piel.

—Para que tus cangrejos puedan esconderse mejor.

Ella miró en el interior de su boca.

—Oh, qué lengua más larga tienes.

—Para clavártela... —Paul hizo una pausa por el efecto— en el culo, querida.

Jeanne le tomó el pene con la mano y se lo apretó.

—¿Para qué es esto? —preguntó.

—Es tu felicidad.

Paul aprovechó la oportunidad de dar rienda suelta a su erudición.

—Pija —dijo mientras ella aún lo tenía agarrado— *Wicnerwurtz, jui, cazzo, prick, verga...*

Ella estaba encantada con su desvergonzado orgullo por el órgano masculino.

—Es gracioso —dijo ella—, esto es como jugar a los adultos cuando eres pequeño. Aquí me vuelvo a sentir como una niña.

—¿Te divertiste cuando niña? —preguntó Paul con aire ausente. Aceptaba la mano de Jeanne como tributo y como estímulo, en ese orden.

—Es lo más hermoso que existe —dijo ella, ahora lejos de la villa y abierta a la inundación de recuerdos idealizados. Paul esperaba esta reacción y decidió destruirle los recuerdos deliberadamente y manteniendo el mismo tono.

—Es lo más hermoso que hay y que se convierte en un chisme —dijo él respirando agitado—, o que obliga a que uno admire la autoridad o se deba vender por un caramelo.

—Yo no era así.

—¿No?

—Yo escribía poemas; dibujaba castillos, castillos enormes con torres altísimas.

—¿Nunca pensabas en el sexo?

—Nada de sexo —respondió ella con énfasis.

—No, nada de sexo —simuló creerle—. Entonces probablemente estabas enamorada de tu maestro.

—Mi maestra era una mujer.

—Entonces era una lesbiana.

—¿Cómo te enteraste? —Los instintos de Paul la sorprendían y enfurecían al mismo tiempo. Apenas podía recordar a su profesora, *Mademoiselle* Sauvage, que regañaba a propósito a las niñas para luego poder consolarlas. ¿Era entonces todo corrompido?, se preguntó.

—Es una situación clásica —dijo Paul—. De cualquier manera, continúa.

—Mi primer amor fue mi primo; se llamaba Paul.

El nombre, cualquier nombre, lo molestaba.

—Voy a pescarme hemorroides si sigues diciendo nombres. No me importa si me dices la verdad, pero no me des nombres.

Jeanne se disculpó. Vaciló antes de continuar pero él comprendió la vulnerabilidad de Jeanne y la animó a que siguiera.

—Pues, continúa —dijo— y di la verdad.

—Yo tenía trece años. Él era delgado y moreno. Lo puedo ver con su narizota. Fue un romance. Me enamoré de él cuando lo escuché tocar el piano.

—Quieres decir cuando se te metió en las bragas.

Paul pasó una mano por el muslo de Jeanne hasta que la punta de sus dedos tocaron los labios de la vagina. Simuló tocar un teclado imaginario.

—Era un niño prodigio —dijo Jeanne—. Tocaba con ambas manos. —Apostaría a que sí —replicó Paul con desprecio—. Probablemente así se masturbaba.

—Nos moríamos de calor...

—Una buena excusa. ¿Qué más?

—A la tarde, cuando los mayores estaban durmiendo la siesta...

—Empezaste a agarrarle su pija.

—Estás loco —dijo ella, exasperada.

—Pues entonces —afirmó Paul—, te tocó él.

—Jamás se lo permití. ¡Jamás!

—«¡Mentirosa, mentirosa, los calzones en llamas y la nariz tan larga como el cable del teléfono!»». ¿Quieres decirme que no te tocó? Mírame a los ojos y dime: «Jamás me tocó». Vamos, dilo.

Jeanne se alejó de él y miró su propio cuerpo. Los pechos y las caderas parecían pesados y sensuales; se sintió tanto más vieja, tan distante de aquel tiempo evocado. Quiso dejar de recordar, pero Paul no se lo permitía.

—No —admitió ella—, me tocó. Pero del modo en que lo hizo...

Paul se había puesto de pie y estaba mirándola desde lo alto.

—El modo en que lo hizo —dijo él sarcásticamente—. Okay, ¿qué hizo?

—Detrás de la casa, había dos árboles, un *Platanus* y un castaño. Yo me sentaba bajo el *Platanus* y él bajo el castaño. Contábamos uno, dos, tres y nos empezábamos a masturbar. El primero que acababa...

Jeanne levantó la mirada y vio que Paul se había dado vuelta.

—¿Por qué no me escuchas? —preguntó volviendo a hablar en francés.

Él no respondió. Paul sabía que hasta la inocencia de Jeanne era sexual; la confesión era un triunfo que le pertenecía a él, pero aún no había terminado.

Ambos quedaron perplejos ante los ruidos que había en el pasillo de afuera. Una voz masculina y nasal les llegó desde el rellano de la escalera:

—La Biblia completa, una edición única, sin cortes...

Paul se enfureció por la interrupción. Se acercó a la puerta, pero Jeanne lo tomó del brazo.

—¿Hicimos un pacto o no? —susurró ella. Nunca nadie nos verá juntos. Me puedes matar y nadie jamás se enterará. Ni siquiera ese vendedor de biblias que está ahí afuera.

Paul le puso las manos sobre la garganta y los pechos rozaron su antebrazo.

—¡La Biblia verdadera! —gritó el vendedor—. ¡No cerréis vuestra puerta a la Eternidad!

Paul detestó al hombre sin ni siquiera necesidad de verlo.

—¡Un cerdo bíblico! —musitó.

Quería castigarlo por haberlos interrumpido, pero Jeanne no lo dejó mover. Paul empezó a apretarle el cuello.

—Tienes razón —dijo él—, nadie debe saber, ni el vendedor de biblias ni la portera semiciega.

—Ni siquiera tienes un motivo. —Ella le apretó las muñecas que parecían tan duras como si fueran de madera—, el crimen perfecto.

Paul tensó los dedos. Pudo sentir los tendones y sus pulgares encontraron poca resistencia. Qué fácil sería terminar con sus recuerdos banales y con la capacidad de Paul para aprenderlos. La carne, una vez corrompida, era carne muerta: la de Jeanne, la de Rosa, hasta la propia. Ella había conseguido que él revelara parte de su pasado y la debilidad en que se basaba su furia. Alguien tenía que sufrir, y si no era el vendedor de biblias, entonces ella, porque no había nadie más presente.

Él la dejó y Jeanne se arrodilló en el colchón agarrándose el cuello con ambas manos. Su respiración era entrecortada y se preguntó si sólo había intentado asustarla.

El sonido de los pasos que se alejaban del vendedor de biblias casi no les llegaba más.

—¿Cuándo acabaste por primera vez? —preguntó Paul—. ¿Qué edad tenías?

—¿La primera vez? —trató de recordar, aliviada y de alguna manera, halagada.

Cuán difícil era Paul de descubrir. Y qué solo, allí de pie con la figura dibujada contra la ventana grisácea como una pizarra húmeda. Tenían tensos los músculos de la espalda como si esperara un ataque.

—Una vez llegaba muy tarde a la escuela —comenzó a decir ella—. Y de pronto tuve una fuerte sensación, aquí —Jeanne se tocó la vagina—. Se produjo mientras corría. Entonces corrí más y más rápido. Y cuanto más corría, más lo sentía y más acabé. Dos días después, traté de correr de nuevo, pero no pasó nada.

Paul no se dio vuelta. Ella se recostó con la cara contra el colchón, su mano todavía entre las piernas. Le pareció muy raro encontrarse allí contándole a él sus secretos más oscuros, cosas que jamás podría haber compartido con Tom.

—¿Porqué no me escuchas? —preguntó.

Paul fue al cuarto de al lado. Se sintió tan tenso como un alambre extendido. Se sentó en el borde de una silla y observó a Jeanne. Ella comenzó a mover las caderas con un meneo circular como simulando una copulación. Se le endurecieron las nalgas.

—Sabes —dijo ella suspirando y sin mirarlo—, parece como si estuviera hablando a la pared.

Ella siguió tocándose y moviéndose con un placer creciente.

—Tu soledad me pesa. No es indulgente ni generosa. Eres un egoísta —su voz era distante y sin aliento—. Yo también puedo arreglármelas sola, sabes.

Paul observó el cuerpo joven, ondulante y rítmico y los ojos se le llenaron de lágrimas. No lloró por la pérdida de las fantasías infantiles de Jeanne ni por sus propios comienzos sórdidos. Lloró por su propio aislamiento.

Jeanne llegó al clímax y se quedó quieta, reseca y físicamente agotada.

—¡Amén! —dijo él.

Se quedó sentado e inmóvil mucho tiempo. Por último, Jeanne se puso de pie y sin mirar a Paul, juntó su ropa y se encaminó al cuarto de baño.

Allí estaba la chaqueta de Paul colgada de una percha. La tela le pareció ordinaria a Jeanne y en un impulso, miró la chaqueta y descubrió que provenía del Printemps, una tienda enorme en las proximidades de la Opera. Vaciló y luego revisó los bolsillos, sacó diez monedas, un billete usado del metro de la estación Bir Hakeim y un cigarrillo roto. Pasó al bolsillo de arriba, sorprendida de su propia audacia, y descubrió un fajo de billetes de cien francos, pero ningún documento ni identificación.

La puerta se abrió de golpe y Paul entró. Tenía puestos los pantalones y llevaba una vieja cartera de cuero en la mano. La dejó sobre el lavabo y sacó la crema de afeitar, un largo pedazo de cuero para afilar la navaja, gastado por el paso de tanto filos y la navaja con el mango de hueso.

—¿Qué estoy haciendo en este apartamento contigo? —preguntó ella.

Paul la ignoró y comenzó a aplicarse la crema.

—¿Amor? —sugirió ella.

—Digamos que practicamos una follada rodante como una rosquilla.

Ella no entendió exactamente lo que él decía, pero sabía que se trataba de alguna metáfora obscena que describía su opinión de las acciones humanas.

—Entonces piensas que soy una puta.

Jeanne tuvo dificultad en pronunciar esa última palabra en inglés. Paul se rió de ella.^[1]

—¿Pienso que eres qué? ¿Una *guerra*?

—¡Una puta! —gritó ella—. ¡Putas! ¡Putas!

—No, sólo eres una muchachita anticuada que trata de vivir.

El tono de su voz la insultó.

—Prefiero ser una puta.

—¿Por qué me estabas revisando los bolsillos? —preguntó él.

Jeanne se las arregló para no expresar sorpresa.

—Para averiguar quién eres.

—Para averiguar quién eres —repitió él—. Pues bien, si observas con atención, me verás escondido detrás de la bragueta.

Ella se maquilló. Paul enganchó el cuero para afilar en el grifo y empezó a afilar la navaja con destreza.

—Sabemos que se compra la ropa en una gran tienda —dijo Jeanne—. Eso no es mucho, muchachos, pero es un principio.

—No es un principio, es un final.

La atmósfera anterior en la habitación circular había pasado. Ahora las frías baldosas tenían un efecto desapacible, pero Jeanne persistió. Como de casualidad, le preguntó la edad.

—Voy a cumplir noventa y tres este fin de semana.

—Oh, no lo representas.

Él empezó a afeitarse con movimientos precisos.

—¿Has ido a la universidad? —preguntó ella.

—Oh, sí. Fui a la universidad del Congo. Estudié el apareamiento de las ballenas.

—Los barberos por lo general no van a la universidad.

—¿Me estás diciendo que parezco un barbero?

—No —dijo ella—, pero ésa es una navaja de barbero.

—O de un demente.

No hubo sentido del humor en su voz.

—Entonces, ¿quieres cortarme? —decidió ella.

—Eso sería como escribirte mi nombre en la cara.

—¿Como hacen con los esclavos?

—Los esclavos son marcados en el culo —dijo él—. Y yo quiero que estés en libertad.

—Libertad —la palabra le sonó extraña a Jeanne—. Yo no soy libre.

Lo miró en el espejo. Paul mantenía el mentón en alto y miraba el progreso de la

navaja sobre su garganta. Su masculinidad pareció amenazada en ese preciso instante sin vigilancia.

—¿Sabes qué? —preguntó ella—. No quieres saber nada de mí porque odias a las mujeres. ¿Qué te han hecho?

—O pretenden saber quién soy o pretenden que no sé quiénes son ellas. Y eso es muy aburrido.

—No temo decir quién soy. Tengo veinte años...

—¡Por Dios! —dijo él volviéndose hacia ella—. ¡No te gastes el seso!

Jeanne iba a seguir hablando, pero él levantó la navaja.

—¡Cállate! ¿Lo entiendes? Sé que es duro, pero vas a tener que soportarlo.

Jeanne aflojó.

Paul dejó caer la navaja en la cartera. Se enjuagó la cara, se secó y luego agarró los bordes del lavabo y verificó su solidez.

—Estos bordes son muy raros —dijo—, ya no se encuentran en ninguna parte. Creo que este lavabo nos hace permanecer juntos, ¿no lo crees?

Alargó la mano y tocó cada uno de los artículos de tocador de Jeanne de un modo casi delicado.

—Pienso que estoy contento contigo —dijo.

Le dio un beso inesperado, se dio media vuelta y se fue del cuarto.

—¡*Encore!* —exclamó Jeanne—. ¡Hazlo de nuevo, de nuevo! Terminó su maquillaje de prisa, contenta de que él lo hubiera admitido. Se vistió y le dijo alegremente en francés:

—Ya voy, estoy casi lista.

Abrió la puerta y salió al corredor mal iluminado.

—¿Podemos irnos juntos? —preguntó sabiendo de que él no objetaría la propuesta.

Pero no hubo respuesta. Paul ya se había ido.

IX

Las flores oscuras formaban una barricada frente a la ventana, parecían atascar la bañera y el water, reclamaban poseer el armario.

La cama estaba vacía. Paul permaneció junto a la puerta abierta observando el trabajo manual de su suegra. Dudaba en entrar. El perfume espeso y pesado de los crisantemos lo enfermaban al igual que las palabras obsequiosas del portero, Raymond, cuyos modales le hacían recordar a un funebrero.

—Está muy lindo —dijo Raymond y entró en el cuarto antes que Paul. ¿No le parece?

—Únicamente falta Rosa.

—Su suegra necesitaba hacer algo. Este es un cuarto agradable y tranquilo. Si no fuera por ese armario. Está carcomido. Puede oír a las carcomas en la madera.

Raymond acercó su cabeza calva al armario y emitió un sonido parecido al de mascar.

—Siempre pongo a los sudamericanos en este cuarto —dijo con una sonrisa maliciosa. Los sudamericanos jamás dejan propina. Siempre dicen: «No tengo dinero. Mañana, mañana».

Paul hizo una broma amarga.

—No tenemos vacante, caballero. Sólo disponemos del cuarto del funeral.

La risa de Raymond sonó esta vez como si fuera un gemido entrecortado.

—Eso está bien, jefe. Le sentará bien reír un poco.

Paul giró y bajó las escaleras hasta el vestíbulo. Una mujer muy maquillada de edad indeterminada y vestida con una falda de lentejuelas debajo del abrigo, se inclinó sobre el libro del registro buscando los nombres de posibles clientes. Era una huésped, una amiga de Rosa y Paul la toleraba. Al pasar, cerró el libro y prosiguió camino a su cuarto dejando la puerta abierta.

—Hoy no hay ninguna cara interesante —dijo la prostituta. ¿Quieres apostar a los caballos, Raymond?

Paul no le contestó. Sacó una vieja olla de la cocina y se puso a hacer café.

La pobre Rosa y yo conocíamos a una mujer que nos pasaba buenos datos —continuó ella sin importarle si la estaban escuchando o no—. Las apuestas eran una distracción. Y Rosa adoraba los caballos. Estábamos pensando comprarnos uno.

—Rosa no sabía nada de caballos.

—¿De qué estás hablando? Rosa sabía muchísimo de caballos. La gente del circo le había enseñado a montar.

Paul se sentó detrás del mostrador. El parloteo de la mujer lo importunaba.

—¿Qué gente de circo? —preguntó con voz cansada.

—Rosa se escapó de su casa cuando tenía trece años y se fue con el circo. Es gracioso que jamás te lo haya contado.

Paul quiso que se callara. La idea de que su esposa había inventado historias para

el placer de una prostituta le revolvió tanto el estómago como la vista de las pantorrillas blancuzcas de la mujer. ¿Era posible que ella supiera más de Rosa que él? Ella sintió el disgusto de Paul y subió las escaleras.

—¿Porqué lo hizo? —escuchó Paul que la mujer decía—: El domingo era el Grand Prix de Auteil.

Delante de Paul apareció un joven con una chaqueta militar. Se trataba de un norteamericano porque llevaba una maleta de aerolíneas, esperó a que le dirigieron la palabra y tenía en los ojos algo fantasmagórico que Paul había visto a menudo.

—¿Quiere un cuarto? —preguntó Paul en francés por mala voluntad.

—Si, vengo de Dusseldorf. El invierno dura mucho allí.

Era la misma frase que todos usaban. La estúpida simulación de los desertores le parecía patética. Pero eran clientes que pagaban y eso en ellos era más un hábito que una necesidad.

—¿Y se fue sin decir nada? —preguntó Paul.

El joven asintió con la cabeza.

—Con respecto al pasaporte, tendré uno en un par de días.

Paul sacó una llave del tablero y se dirigió hacia el primer piso. Abrió la puerta del cuarto adyacente al de Rosa y observó al joven depositar el bolso en el suelo y mirarlo con una expresión de gratitud.

—Sobre el dinero —dijo—, no sé cuándo le podré pagar.

Paul lo miró. Ya no le importaba el dinero, pero tampoco le ofreció ayuda. Cerró la puerta en la cara del desertor y bajó las escaleras.

X

La vista de una chica bonita llorando en la Avenue John Kennedy tendría que haber atraído más la atención. Los faroles de la calle pasaban uno a uno con su luz mortecina, opacos e innecesarios, comparados con el resplandor de las luces de los coches, amontonados, parachoques con parachoques, engarzados en una maniática lucha en pos de mejores posiciones, bullangueros e indiferentes ante los seres humanos que se aferraban al pavimento. Los hombres que Jeanne iba adelantando primero le miraban las piernas, luego los pechos y cuando llegaba el momento de ver sus lágrimas, ella ya los había pasado.

Se secó las lágrimas con la manga y entró impulsivamente en un restaurante. La luz blanca y dura y el olor grasiento de la carne la enfrentaron y ella se movió rápidamente entre los rangos bajos de las empleadas y los empleados de las tiendas en dirección a la cabina telefónica, al fondo del establecimiento.

Localizó una ficha telefónica en el bolso, la depositó y marcó el número de Tom. Este contestó casi de inmediato y ella se dio cuenta de que no podía hablar. Molesto por el silencio, Tom prorrumpió en insultos.

—Como me lo imaginaba —dijo ella—, te conviertes en un grosero al instante. Escucha, tengo que hablar contigo y no tengo tiempo para explicarte... Estoy en Passy... No, por teléfono, no... Nos encontraremos en la estación del metro...

Comenzó a sollozar de nuevo y colgó. Todos querían algo de ella, no había tiempo para descansar; no había cuartel. La estaban usando; algo debía ser eliminado. Pensó en la cámara de Tom indagando dentro de las grietas escondidas de su vida. Sin duda, eso podía ser gastado y dejado de lado.

Dejó la *brasserie* y se apresuró rumbo a la estación del metro. Esperó en el andén del otro lado de donde llegaría Tom, con las manos en los bolsillos contemplando los trenes rojos que llegaban y partían. Pensó en Paul y se le secaron las lágrimas. La atormentaba su propia ambivalencia.

Tom apareció en el andén de enfrente.

—¿Qué estás haciendo allí? —preguntó.

—Tengo que hablar contigo.

Él se dirigió a las escaleras, pero Jeanne lo detuvo.

—No vengas —gritó—. Quédate allí.

Tom estaba tan confundido como molesto. Miró arriba y abajo del andén, antes de preguntarle:

—¿Por qué no me hablaste por teléfono? ¿Por qué aquí?

Sólo porque había una distancia obligada, quiso decirle. Aquí por lo menos ahora ella estaba segura.

—Debes encontrarte a otra —le dijo.

—¿Para qué?

—Para tu película.

Tom pareció enfermarse.

—¿Por qué?

—Porque te estás aprovechando de mí —dijo ella.

Porque me obligas a hacer cosas que jamás he hecho. Porque utilizas mi tiempo...

Eran las acusaciones que quería hacer en contra de Paul, pero no podía. Y la frustración y la fatiga la hicieron llorar nuevamente.

—...porque me obligas a hacer cualquier cosa que se te cruce por la cabeza. La película ha terminado, ¿entendido?

Tom sólo atinó a levantar las manos con un gesto de confusión. El metro irrumpió rugiente en la estación y se interpuso entre los dos. Jeanne supo que era el fin: el tren se iría con él a bordo y eso representaría el fin de sus complicaciones. Se sintió agradecida de que no hubiera tiempo para experimentar ni placer ni dolor. Simplemente el asunto había terminado.

El metro se fue. Tom se había ido. Jeanne giró sobre los talones y se lo encontró a su lado.

—¡Estoy harta de que me violen! —le gritó.

Se enfrentaron como felinos. Torpemente, él le tiró un golpe que le dio sin consecuencias en el hombro; ella retrocedió y le arrojó el bolso. Hicieron una escaramuza como niños en la arena, haciendo contorsiones e insultándose y luego, agotados, cayeron en los brazos el uno del otro.

XI

El argelino parecía no descansar jamás. Las rotas melodías de su saxofón sugerían a Paul la existencia de una criatura en agonía, hipnotizada por el sonido de sus propias lamentaciones. Estaba echado en el sofá de su cuarto, visible desde el escritorio, y con la lámpara baja. El círculo verde, enfermizo, del cartel de Richard de neón del otro lado de la calle, parecía marcar los límites más lejanos de su mundo. Paul dormitaba.

De pronto se despertó consciente de una mano que le tocaba el pecho. En la media luz reconoció la silueta de su suegra con un chal sobre los hombros, encaramada al borde de la silla.

—No puedo dormir con esa música —dijo ella.

Por un instante, Paul se imaginó que era Rosa. Tanto la voz como su tacto eran similares.

—Vine a este hotel a pasar una noche —dijo Paul adormilado— y me quedé cinco años.

No había reproche en la voz de la mujer, pero Paul sabía que existía una reprobación.

—Ahora hacen lo que quieren —dijo casi con orgullo—, se esconden, se drogan, tocan música...

El peso de la mano sobre el pecho era intolerable. La idea de la carne humana en este mundo angosto y sórdido, el propio, el de ella y el de los huéspedes del hotel, lo molestaba. En el gesto de ella, podría verse algo que superaba cualquier intento de reconfortarlo.

—Saque esa mano dijo.

Pero ella pensó que comprendía su aislamiento. Después de todo, se trataba del marido de Rosa y era su deber aliviarle el dolor. El contacto la tranquilizó. Era consciente de que Rosa había elegido lo que ella consideraba un verdadero hombre.

Levantó la mano con gentileza y la miró y sintió un impulso de gratitud. La acercó a los labios de Paul y entonces, con un eficacia súbita y brutal, él la mordió.

Mère sofocó un grito y se agarró de la silla para escaparse de él. Apretó la mano atacada.

—Eres un demente —dijo—. Estoy empezando a comprender...

No terminó la oración, pero Paul sabía lo que quería decir: que había empujado a Rosa al suicidio. No tenía ninguna objeción a hacer ese papel. No era más absurdo que su papel actual de marido desconsolado, amante secreto y empleado de hotel.

Se levantó de la silla.

—¿Quiere dejar de tocar esa música? —gritó y se acercó al tablero de la electricidad—. Pues bien, los haré callar.

—¿Qué estás haciendo, Paul? —preguntó ella, asustada.

—¿Qué, Mère, está enojada? —habló en inglés, rápida y despreciativamente—.

No se enoje, no hay de qué enojarse. Sabe, se asustan con muy poco.

Movió la manija de la luz y toda la pensión se sumió en una oscuridad súbita. Ella dio un grito sofocado y se aferró a la silla. Paul fue en su dirección.

—¿Quiere saber de qué tienen miedo? —dijo en voz alta—. Le diré de qué se asustan. Están asustados de la oscuridad. Imagínese. La tomó del brazo y la llevó hacia el vestíbulo.

—Venga, Mère. Quiero que conozca a mis amigos.

—La luz —dijo ella—, ¡la luz!

La empujó hacia el pie de la escalera. El sonido del saxo había sufrido una muerte súbita. Los pisos de arriba del hotel estaban llenos del sonido de puertas que se abrían, ruidos de pasos, voces que hablaban en distintos idiomas.

—Creo que usted tendría que conocer a varios clientes del hotel —dijo Paul con una ironía desesperada y empezó a gritar por el hueco de la escalera.

—¡Eh, muchachos! Me gustaría que saludaran a Mamá.

Alguien encendió un fósforo en el segundo relleno y Paul pudo ver las masas fantasmales y amorfas que allí estaban. Relampagueó otra cerilla. Vislumbró los rostros que veía hacia años, el basural humano del que formaba parte, rostros grotescos y frágiles y que debido al miedo que denotaban, él despreciaba aún más.

—Mami —gritó señalando los rostros con una mano y tendiéndola del brazo con la otra—, éste es el señor Volado Drogado. Y el señor Saxofón, es nuestro «contacto», mamá, de vez en cuando nos da un poco de cosas fuertes... Ella trató de irse.

—Déjame ir —exclamó—, pero Paul no le hizo caso.

—...y aquí está la hermosa señorita Chupa-Pijas, ¡reina de 1933! Todavía puede apuntarse unos puntos cuando se saca la dentadura. ¿No quiere saludar, Madre? Esta es Mamá para todos.

La mezcla de idiomas se hizo más fuerte.

—La luz, Paul —rogó ella—. Prende la luz.

—Oh ¿tiene miedo de la oscuridad, Mère? Tiene miedo de la oscuridad —anunció a los huéspedes—. Pobrecita. Muy bien, yo la cuidaré. No se preocupe.

Encendió un fósforo y su propio rostro apareció fantasmal entre las sombras. Se rió mucho y sin humor, arrojó la cerilla a un lado y regresó a la habitación. Volvió a dar la luz. Qué fácil resultaba asustarlos, pensó. Parecían tan atemorizados de que los mataran y de matar.

Regresó al vestíbulo. Los huéspedes en robes de *chambre* e impermeables se dispersaron rápidamente murmurando como bestias aturcidas. Su suegra seguía aferrada a la barandilla observándolo con total incredulidad.

Llegó un huésped de la calle con un paquete de periódicos bajo el brazo. Tenía más edad que Paul, pero con un aspecto cuidado, distinguido y vestido con un abrigo bien cepillado y un sombrero tirolés, que se sacó de inmediato.

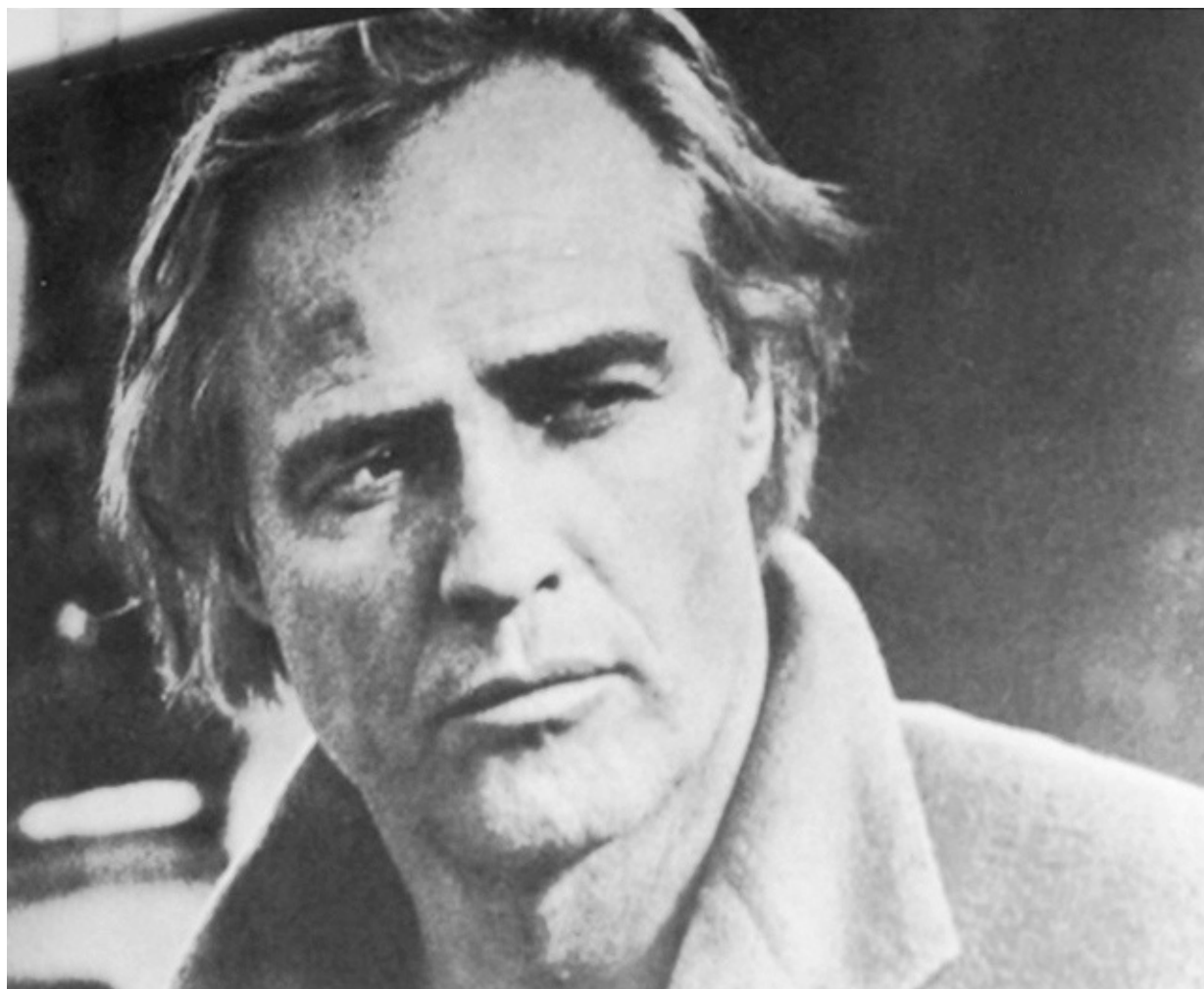
—Hola, Marcel —dijo Paul sin emoción. Le pasó la llave. Marcel inclinó la

cabeza con gesto agradable a la suegra de Paul y subió las escaleras. Ella lo miró con aire de aprobación.

—¿Le gusta, Mère? —preguntó Paul.

Ella presintió una nueva trampa y se quedó en silencio. Él sonrió sarcásticamente y movió la cabeza. Para él, esto representaba la última y aplastante ironía de la noche.

—Pues bien —dijo—, era el amante de Rosa.





XII

El tiempo estaba suspendido de las fachadas de piedra ornamentada de la Rue Jules Verne. Jeanne jamás entraba en la calle sin mirar antes detrás suyo en caso de que alguien conocido la estuviera mirando. Se había memorizado el orden de los coches estacionados. Le eran totalmente familiares el toldo brillante y andrajoso del café y los desiertos andamiajes del edificio de apartamentos adonde ella regresaba una y otra vez.

Le gustó llegar al recibidor frío y tétrico de la planta baja. La ventanilla de la portería estaba cerrada y el edificio tenía un aspecto más desolado que de costumbre. Jeanne entró en el ascensor y colocó el tocadiscos portátil que llevaba en el suelo entre sus pies. Aumentó su ambivalencia respecto a Paul: como siempre, ella lo deseaba, pero temía encontrarlo allí. El último encuentro había terminado de modo tan diferente, tan cariñoso, que su anticipación subió con ella.

Al abrir la puerta del apartamento, pensó que había captado la misma melodía airosa y distante. La puerta se abrió a lo que ella pensaba que eran habitaciones vacías. Sus pasos hicieron eco sobre las baldosas y pudo ver la mitad del cuarto circular y el colchón que conocía tan bien, inundados de luz. Exclamó:

—¿Hay alguien?—, pero no obtuvo respuesta.

Colocó el tocadiscos en el piso y se encaminó a los muebles cubiertos con la sábana. La forma era un poco atemorizante y ella le dirigió la palabra jugando y tratando de disminuir su desilusión.

—¿Sucede algo malo? Tú también tienes tus problemas, ¿*ne c'este pas*?

Jeanne no había visto a Paul que estaba echado en el rincón más lejano del cuarto, silencioso y sin prestar atención. En el piso delante suyo había un Camembert parcialmente comido, un pedazo de pan y un cuchillo. Sólo tenía puestos los pantalones y una camisa, estaba despeinado y sus ojeras denotaban que había dormido poco. Ni siquiera levantó la vista cuando por último habló:

—Hay mantequilla en la cocina.

Jeanne giró rápidamente.

—Estabas aquí —dijo escondiendo el miedo—. ¿Por qué no me contestaste?

—Ve a buscar la mantequilla —le dijo él.

—Tengo prisa. Tengo una cita.

—¡Ve a buscar la mantequilla!

Ella lo miró perpleja. Ya había olvidado todo lo sucedido el día anterior.

El ahora parecía brutal, tirado en el piso sucio, apoyado en un codo, con migas de pan en los labios. Jugueteó con el queso como un animal enjaulado que espera que lo alimenten.

Jeanne se encaminó a la cocina y regresó con la mantequilla envuelta en papel metálico. La arrojó al piso delante de él y tan sólo esa pequeña violencia pareció atraer su atención. Paul la miró con una expresión de lejano interés. Era su primer

acto de desafío, pero no era lo suficientemente fuerte para que le afectara.

—Me vuelve loca —dijo ella en su curioso inglés poniéndose a cuatro patas junto a él—. Estás tan seguro de que volveré.

Paul esparció la mantequilla sobre el pedazo de pan y comió haciendo ruido. Se sacó un trocito de papel metálico de la boca y se la limpió con el revés de la mano. No haría nada para convencerla de que se quedara, pero si se quedaba, él habría de poner a prueba su fortaleza.

—¿Qué piensas —preguntó ella irónicamente y hablando en francés pese a que sabía que él prefería hablar en inglés—, que un norteamericano echado en el piso de un apartamento vacío y comiendo queso y pan duro es un sujeto interesante?

Lo tentó pero él permaneció en calma. Verlo así le repugnaba y al mismo tiempo, la excitaba. Se preguntó por qué su desaliño la atraía sexualmente cuando la desagradaba y enfurecía. Desde la noche anterior, la frustración y la rabia de Paul habían ido en aumento y ahora dirigía su estado de ánimo contra ella. Después de todo, ella sólo era un cuerpo; ésa era la idea del pacto convenido.

Jeanne golpeó, irritada, sus uñas contra el suelo. Y luego con los nudillos y se oyó un ruido a hueco.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó ella volviendo a tocar—. Hay un hueco. ¿Lo oyes?

Paul se acercó. Golpeó el piso con el puño, luego pasó una uña por el borde de la alfombra aflojando lo que parecía ser la tapa de un lugar secreto.

—No lo abras —dijo Jeanne.

—¿Por qué no?

—No lo sé. No lo abras.

Se aferró a la muñeca de Paul.

—¿Qué pasa? —dijo él—. ¿No lo puedo abrir?

La observó con interés creciente. Podría haber abierto fácilmente el lugar secreto, pero prefirió esperar. La resistencia de Jeanne lo excitó.

—Ahora espera un minuto —dijo él, sacándole la mano de su muñeca—. Tal vez haya joyas. Quizás hay oro.

Jeanne no lo pudo mirar. No quería que lo abriese, pero vacilaba en darle la razón.

—¿Tienes miedo? —preguntó él—. Siempre tienes miedo. Nuevamente alargó la mano hacia la tabla.

—No —dijo ella—, tal vez hay secretos de familia escondidos allí. Paul retiró la mano.

—¿Secretos de familia? —dijo y su voz sonó falsamente dócil—. Te contaré secretos de familia.

Paul la agarró del cuello con una mano y con la otra, la obligó a echarse, el rostro contra el piso. Paul sintió una furia descontrolada ante la mención de la familia. Esa gran institución moral, pensó, esa creación divina intocable, formada con el objeto de fomentar la virtud entre los buenos ciudadanos, el tabernáculo de todas las virtudes e,

incidentalmente, lo que más odiaba.

Jeanne se resistió débilmente.

—¿Qué haces? —preguntó mientras él le pasaba una mano por debajo del cuerpo y le desabrochaba los pantalones.

—Te voy a hablar de la familia —dijo bajándole con violencia los pantalones hasta las rodillas y desnudándole las nalgas—. Esa institución sagrada que fomenta la virtud entre los salvajes.

Jeanne trató de recuperar el aliento y luchó. Paul la inmovilizó con el peso de su cuerpo, una mano aferrada a su nuca. Por un momento pareció dudar sobre el curso de acción a seguir, pero entonces vio el papel metálico que contenía la mantequilla. Con un pie, lo acercó.

—Quiero que repitas conmigo dijo y metió los dedos de su mano libre en la mantequilla. Con calma, se la aplicó en el ano, engrasándola, pensó, como se prepara un cerdo para la broqueta. Sus dedos eran brutalmente eficientes.

—No y no —insistió ella, sin creer realmente que le sucedería eso—. ¡No!

Paul se desabrochó y todavía haciendo presión se quitó los pantalones. Se puso de rodillas contra el cuello de Jeanne y puso sus piernas entre las de ella. Jeanne sintió que la estaba preparando para el ataque y experimentó terror y un total desamparo.

—Ahora repite conmigo. Sagrada familia... —comenzó a decir y le separó las nalgas con los dedos. Se echó contra ella intentando penetrarla—. Vamos, dílo! Sagrada familia, la iglesia de los buenos ciudadanos...

—Iglesia —exclamó ella— ...los buenos ciudadanos.

Jeanne pegó un grito, el rostro aplastado contra las tablas suaves, los ojos absolutamente cerrados. El dolor vino de pronto, penetrante. El pene se había convertido en un arma.

—¡Dílo! —ordenó respirando agitado—. Los niños son torturados hasta que dicen la primera mentira.

—Los niños...

Ella gritó nuevamente cuando él la penetró más profundamente.

—Donde la voluntad es rota por la represión —dijo él susurrando las palabras entre los dientes.

—Donde la voluntad es rota...

Jeanne empezó a sollozar debido tanto a la humillación como al dolor. Paul renovó su asalto, su cuerpo entregado a un ritmo urgente y creciente. Era enorme en ese lugar virgen.

—Donde se asesina a la libertad —dijo él.

—Donde se...

—El egoísmo asesina a la libertad.

Clavó los dedos en su carne como si ella se pudiera evaporar y escapar de él. Ya no era posible escapársele ni rechazarlo y sus sollozos sólo servían para que él la penetrara más profundamente.

—La familia...

—La familia —repitió ella con un largo y agónico gemido.

—Tu familia de mierda, de mierda —susurró él acabando—. ¡Oh por Dios!

Jeanne quedó echada sobre el piso, totalmente desamparada. Pasó el espasmo, pero Paul no salió de ella. Le tomó el cabello con una mano y le hizo girar la cabeza en dirección al hueco secreto. Con la otra mano, levantó un poco la tabla.

—¡Ábrela! —le ordenó.

—¿Por qué? —preguntó Jeanne aún gimiendo. ¿Qué más podía querer después de esta última y devastadora degradación?

—¡Ábrela! —repitió él.

Jeanne levantó la alfombra poniendo al descubierto una cavidad no más grande que un ladrillo. Estaba vacía.

Paul rodó a un costado y quedó echado en el piso. Ahora todos los orificios habían sido violados; todos estaban vacíos. El vacío de Paul permanecía insatisfecho.

Lentamente, Jeanne se puso los pantalones, reprimió los sollozos y se limpió la nariz con la manga de tela rústica de su blusa campesina. Podría haberse ido entonces, pero sintió que su propio poder estaba creciendo. Él no tenía derecho a tratarla de ese modo, como a una esclava.

Fue al *hall* y recogió el tocadiscos y lo llevó al *living room* donde se arrodilló para abrirlo. Desenrolló el cable, sacó el enchufe y lo insertó en la pared. Saltaron chispas azules y ella retiró la mano.

—¡Merde! —exclamó. Miró a Paul que parecía recuperado y con un brazo sobre los ojos. Jeanne recordó que no sabía su nombre.

—¡Eh, tú! —dijo.

Él se dio vuelta.

—¿Sí? —dijo con voz ronca.

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué? —Paul no comprendió y ella se le acercó simulando una sonrisa.

Paul se puso de rodillas y se abrochó los pantalones.

—Muy bien —dijo—. A mí me gustan las sorpresas.

Ya había dejado de lado lo que acababa de hacer; no era más que una nueva violación del templo y ella lo odió aún más por esa indiferencia ante lo que había hecho. Quería herirlo, poner ese cuerpo poderoso en corto circuito, ver cómo desaparecía su fortaleza y alguna evidencia de tormento físico. No veía la hora de hacer lo que pensaba hacer.

—¿Qué pasa? —preguntó Paul.

—Música —dijo ella aún sonriente—, pero no sé cómo funciona.

Le pasó el cordón y señaló el enchufe en la pared. Luego retrocedió. Paul tomó el enchufe y sin vacilar lo metió en la pared. Entonces se produjo una lluvia de chispas y se oyó un ruido fuerte al tiempo que él saltaba y arrojaba el cable al piso.

—¿Disfrutaste? —preguntó Paul controlando su rabia.

Jeanne no estaba segura.

—Sabes, hay un tipo —dijo— que me persigue. Únicamente viene aquí cuando no estás. Apenas te vas, él entra. Y me mira —tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Estás llorando por culpa de este tipo? —preguntó él impertérrito.

—Estoy llorando porque sabía que ibas a recibir un *shock* y no dije nada. Lloro debido a lo que hiciste. Lloro porque no puedo soportarlo más.

—Es una frase de los suicidas —dijo Paul con naturalidad—. Algunos hasta llegan a escribirla. ¿Te vas a matar?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Ninguna razón especial —hizo una pausa—. Piensas en el suicidio por lo menos una vez al día, ¿no es así?

—Yo no, pero me gusta la idea... es romántica.

—Conocí una persona que nunca pensó en ello, pero un día se suicidó.

—Oh, Dios santo —dijo—, me olvidé de mi cita. Sólo vine aquí para darte el tocadiscos.

—Las citas están hechas para no cumplirlas.

Jeanne se secó las lágrimas con la manga de su abrigo y lo miró. Paul no se había movido.

—¿Y tú? —preguntó ella dirigiéndose a la puerta.

—¿Y yo qué?

—¿Te vas a matar?

Paul sonrió por primera vez.

—No soy del tipo de los que se matan —dijo—. Soy del tipo de los que matan.

XIII

La vieja barcaza estaba inclinada muy a estribor y su nombre, *L'Atalante*, era apenas visible en la pintura descascarada de la proa. Jeanne había pasado muchas veces al lado de la barcaza anclada en el canal St. Martin, adornada con hilos llenos de luces de colores y mostrando un cartelón que anunciaba que era un salón de bailes. El letrero estaba medio caído, los cables enormes apenas parecían poder mantener a flote la barcaza y la cubierta del frente estaba abarrotada de pedazos de muebles baratos y unos pocos accesorios náuticos de metal.

Jeanne cruzó rápidamente el empedrado de la orilla. Tom y el equipo la esperaban pacientemente en la proa y ella los saludó agitando la mano. Ahora Tom tan inofensivo y tan previsible comparado con la violencia irracional de Paul. Lo que hacía Tom era siempre un juego, un juego cinematográfico, pero con Paul, las cosas nunca eran lo mismo. Le parecía que cada vez que se encontraba con Tom, ella traía consigo una nueva y más extrema degradación que él nunca podría ni siquiera sospechar. Se estaba acostumbrando a su doble vida, a pesar de que cada vez que dejaba a Paul, se decía que era la última vez.

El capitán de la barcaza estaba de pie entre sus porquerías con un cigarro en la mano llena de tatuajes.

—No venderé nada —le dijo cuando ella subió a bordo.

—Todos tienen algo para vender —dijo Jeanne, sonriendo. Podía usar algo de esa basura en su negocio de antigüedades cerca de Les Halles.

Tom se acercó, la tomó del brazo y la llevó hasta la barandilla de proa. El operador metió las manos en un bolso negro y cargó la cámara con película virgen; el tipo del sonido estaba de cuclillas en la cubierta preparando todo para la entrevista. Frunció el ceño cuando el capitán puso un viejo disco de 78 revoluciones en el tocadiscos y una voz nasal y masculina comenzó a cantar «*Parlami d'amore Mariu*».

Tom le preguntó a Jeanne:

—¿Cuál es tu profesión?

—Soy una persona ocupada.

Sonrió para la cámara.

—Pensé que eras una anticuaria —dijo él con cierta gravedad en la voz.

—No, tengo negocios con las mellizas. Soy una entrometida, la que mete la nariz en las cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cualquier cosa de 1880 a 1935.

—¿Por qué precisamente esos años?

—Porque en materia de antigüedades, 30 años fueron revolucionarios.

Él la miró con exasperación.

—No comprendo —dijo—. Repite, repite. ¿Qué clase de años fueron esos?

—Revolucionarios. Sí, el *art nouveau* es revolucionario en comparación con el

resto del siglo XIX y la época victoriana. Comparado con *bri-a-brac* y el mal gusto.

—¿Mal gusto?

Tom miró a los miembros de su equipo como si buscara una explicación; era obvio que Jeanne no le contestaba como él había previsto.

—¿Gusto? —repitió—. ¿Qué es eso? Y ¿cómo puedes pensar que es revolucionario recolectar objetos viejos que alguna vez fueron revolucionarios?

—¿Quieres pelear? —preguntó ella dándose cuenta de que él la estaba provocando.

—Muy bien, muy bien.

Tom levantó los brazos en son de paz.

—¿Dónde encuentras estos objetos... revolucionarios?

—En los remates, en diferentes mercados, en el campo, en las casas particulares...

—¿Entras en las casas de la gente? ¿Qué clase de gente?

—Gente vieja —dijo ella—, si no, sus hijos, sobrinos, nietos. Esperan a que se mueran los viejos. Y luego lo venden todo y lo más rápido que pueden.

—¿No es un poco morboso? Francamente, me disgusta un poco. El olor de las cosas viejas, los despojos de los muertos...

—No es algo que entusiasma.

Ahora Jeanne caminó con energía por la cubierta.

—El modo en que opero —dijo— con el pasado es algo que entusiasma. Se trata de descubrimientos, un objeto con historia. Escucha, una vez encontré un reloj despertador que había pertenecido al verdugo de París.

—Eso es espantoso. ¿Te gustaría tener el despertador del verdugo junto a tu cama?

Ella se le acercó con las manos en la cintura.

—Realmente, ¿estás tratando de iniciar una pelea? —preguntó ella—. ¿O simplemente le tienes aversión a las antigüedades?

—Te escucho buscar estas cosas viejas, hablar de este espantoso reloj despertador...

Hizo una pausa, controlando la emoción de su voz y luego continuó hablando:

—Y luego te veo a ti... saludable, limpia, moderna...

—¿Moderna? —Jeanne se rió—. ¿Qué significa eso? Es sólo la moda.

—Mira a tu alrededor. Vestidos de los años 30 o 40.

—Vestidos que puedo comprender. Eso me hace pensar en las películas.

Tom abrió los brazos y miró el cielo.

—...de las estrellas cuando realmente eran estrellas. Rita Hayworth...

Jeanne movió la cabeza con gesto de desilusión.

—Cuando se trata de películas —dijo—, entonces tú comprendes. Pues bien, ése es un modo de rechazar el presente. Estoy en el proceso de hacerme hacer un vestido como el que usó mi madre en esa fotografía de 1946. Era hermosa con esos hombros

anchos...

—Así es —interrumpió Tom—, ésa es una manera de rechazar el presente.

—Es mucho más fácil amar algo que no nos afecta demasiado directamente, algo que se mantiene a cierta distancia. Como tu cámara.

Fue como una especie de acusación. Tom pareció dolido, se dio media vuelta y habló rápidamente al operador.

—¡Distancias! Ya verás... Dame la cámara. Yo continuaré a partir de ahora.

Le dijo al hombre del sonido que colgara el micrófono.

—Déjalo en funcionamiento. Y ahora, fuera de aquí, ¡todos ustedes! —Indicó también a la *script* que se fuera y retornó enojado hacia Jeanne—. No vivo de nostalgias. El presente es importante. Siéntate en esa hamaca.

Señaló una hamaca que estaba en la proa; ella cumplió sus instrucciones, impresionada de este súbito alarde de iniciativa. Tom habló mientras enfocaba la cámara.

—Muévete un poco, canta.

Jeanne empezó a cantar. Canturreó la canción «*Une jolie filie sur la balançoise*» e interpretó el papel.

Tom se rió.

—Ya es algo distinto —dijo—. ¿Sabes por qué les dije que se fueran?

—Porque estabas enojado. O porque quieres estar a solas conmigo.

—Y ¿para qué quiero estar a solas contigo?

—Tienes que decirme algo —especuló ella— a solas.

—¡Bravo! —exclamó Tom—. ¿Qué?

—¿Es triste o alegre?

—Es un secreto.

—Entonces es alegre. ¿Qué clase de secreto?

—Veamos...

Tom simuló estar pensando.

—...un secreto entre un hombre y una mujer...

—Entonces se trata de algo obsceno —dijo ella riéndose—. ¿O es algo relacionado con el amor?

—Sí, pero eso no es todo.

—Un secreto de amor.

Se llevó el puño al mentón; Tom continuaba con el ojo pegado a la cámara.

—Un secreto de amor con algún pretendiente que no es de amor —dijo ella—. Me doy por vencida.

—Quería decirte que dentro de una semana me voy a casar contigo.

—¡Vaya novedad!

—Por supuesto, depende de ti.

—¿Y de ti?

—Yo ya lo he decidido —dijo él—. Todo está preparado...

—Oh, Tom, todo esto es tan extraño. Me parece imposible.

—La toma no está saliendo bien. Las manos me tiemblan de la emoción.

Ella empezó a mecerse y a levantar los pies cada vez más altos.

—Todavía no me has contestado —dijo él.

—Porque no lo comprendo.

Jeanne tenía el rostro muy ruborizado y esbozaba una sonrisa ancha que no se comprendía. Miró a su alrededor, el canal, el capitán que guardaba sus porquerías en unas cajas, las casas que se alineaban en la orilla, el vuelo sincronizado de un par de palomas, y no se pudo concentrar en nada concreto. Lentamente la hamaca se detuvo.

—¿Pues bien? —preguntó Tom—. ¿Sí o no?

Una traza de ansiedad cruzó el rostro de Jeanne; pasó los brazos por el cuello de Tom.

—Deja de filmar —susurró—. Se supone que me casaré contigo y no con la cámara.

Tom levantó un viejo salvavidas y, en celebración, lo arrojó a las aguas del canal. Para su mutua sorpresa, se hundió rápidamente.

XIV

Jeanne abrió la puerta del apartamento de su madre con su propia llave. Había subido corriendo las escaleras en vez de esperar el ascensor, ansiosa por comunicar la buena noticia; la vista del amplio estudio amueblado cómodamente la produjo un efecto desalentador. Una pared estaba cubierta de armas primitivas africanas y objetos de arte similares a los que colgaban en la villa. La habitación era clara y aireada, pero transmitía una sensación de nostalgia y de tiempos pasados.

Corrió al dormitorio de su madre.

Una mujer apuesta con el pelo grisáceo pulcramente arreglado y un aire innato de autoridad se encontraba de pie junto a la cama que estaba recubierta de viejos uniformes militares. Tenía un par de botas brillantes apretadas contra el pecho.

—Hola, madre —dijo Jeanne y le dio un beso.

—Has vuelto temprano.

—Bueno, bueno, así parece.

Caminó por la habitación e inspeccionó los galones dorados de los uniformes y tocó los talones de las botas.

—Estoy de un humor excelente —dijo.

—Mejor así.

Su madre levantó las botas mientras dejaba escapar un gesto de admiración.

—Dime. ¿Qué opinas? ¿Crees que las debo enviar a la villa?

—Envía todo.

Hizo una pirueta en medio del dormitorio, levantó los brazos y se sacó el pelo de la cara.

—De cualquier manera, Olympia es el museo de la familia.

—Pero las botas, no —insistió la madre—. Las dejaré aquí conmigo. Su contacto me hace temblar.

Jeanne tomó una gorra llena de galones y se la puso ladeada sobre la cabeza; luego se acercó a un pesado uniforme de lana y pasó la mano por los botones y los bordes.

—Uniformes —dijo—, todas esas cosas militares nunca envejecen.

Dejó la gorra y el abrigo. La vieja pistola reglamentaria de su padre estaba en el cajón abierto de la cómoda; la sacó de la gastada cartuchera y la revisó atentamente. Las balas todavía estaban en su sitio.

—Me parecía tan pesada cuando era pequeña y papá me enseñaba a tirar con ella.

Apuntó a la enredadera que colgaba de una maceta en la ventana.

—¿Por qué no la envías a la villa? —preguntó—. ¿Para qué quieres una pistola en este lugar?

—En cualquier casa respetable, un arma de fuego es siempre útil —contestó la madre.

Comenzó a guardar los uniformes en las valijas.

Jeanne puso la pistola en su sitio, cerró el cajón; empezó a revisar una caja de papeles viejos.

—Ni siquiera sabes cómo se usa.

—Lo importante es tenerla. Por sí sola, tiene su efecto.

Jeanne descubrió en la caja una vieja y agrietada billetera de cuero. La abrió y sacó el documento de identidad del coronel. Luego descubrió una fotografía escondida dentro del documento, una foto amarillenta y rayada: era una joven árabe que mostraba con orgullo los pechos desnudos a la cámara.

Jeanne escondió la billetera en su bolso. Se volvió hacia su madre y le mostró la foto.

—¿Y ella? —preguntó—. ¿Quién es?

Su madre frunció el entrecejo de modo casi imperceptible. Era evidente que se trataba de una de las muchas amantes que el coronel había tenido durante sus campañas africanas.

—Hermoso ejemplar bereber —dijo con dignidad mientras continuaba empaquetando—. Una raza fuerte. Traté de tener varias en la casa, pero no servían como domésticas.

Era el contrapunto femenino del soldado profesional de éxito: un modelo de perfecciones y de estoicismo ante las calamidades. Ahora su deber era con la memoria reverenciada de su gallardo marido: no permitiría que nada la empañase.

Cerró una de las maletas con decisión y la puso sobre el piso. Sonrió a su hija.

—Estoy contenta de haber decidido enviar todos éstos a la villa. Las cosas se amontonan.

Jeanne le dio un beso cariñoso.

—Pronto tendrás todo el espacio que quieras.

Su madre la miró, pero Jeanne giró sobre los talones y se encaminó a la puerta.

—Tengo que irme —dijo—. No he terminado de trabajar. Pasé un momento para decirte...

Salió de la habitación y su madre la siguió. Jeanne se apoyó contra el botón del ascensor.

—¿Decirme qué? —preguntó su madre.

—Que me voy a casar.

Abrió la puerta del ascensor y entró.

—¿Que vas a qué?

Su madre se aferró a las rejas afiligranadas del ascensor mirándola con ojos incrédulos.

—Me caso dentro de una semana —dijo Jeanne mientras desaparecía de la vista.

En camino a la tienda, Jeanne entró en una máquina automática de fotos en la estación *Sir Kakeim* del metro. Introdujo las monedas en la ranura, cerró las cortinas

de plástico y se encontró a solas sentada en un banco duro de madera ante su propio reflejo en el espejo de dos caras.

La cámara sacó la primera foto. Dobló el rostro hacia la izquierda, luego a la derecha, y esperó cada vez a que la máquina automática le sacase la foto.

Con un arranque impulsivo, se desabrochó la blusa y expuso los pechos ante la cámara.

—Buen ejemplar bereber —se dijo al oír el ruido del último *flash*.

Esperando en la plataforma del metro, Jeanne observó la angosta calle llena de gente y vio cómo la gente pasaba, furtiva, frente al café, algunos portando valijas. Viajeros de S. Lazare, pensó, muchos de ellos extranjeros. Acarició la foto bereber en el bolsillo y la que acababa de sacarse a sí misma. La primera le había dicho algo acerca de su padre que jamás había sospechado: ahora pensaba en él como un hombre capaz de deseos sexuales y de inspirarlos. Debía haber tenido una vida secreta y la idea la intrigó. De saberlo su madre, ya no le importaba. Qué pronto se acomodaba la gente a las demandas de la carne. Al haberse sacado una foto con los pechos al aire sintió que había establecido una nueva relación con su padre. También lo había hecho como una broma, se dijo, y quería compartirla con uno de sus amantes. Luego se dio cuenta de que tanto Tom como Paul la desaprobarían, pero por razones diferentes: Tom diría que era algo vulgar. Y Paul la torturaría por su sensiblería.

Jeanne subió al tren y cruzó la ciudad pensando en su aventura, ignorante de los demás pasajeros. La idea de que su padre pudiera haber tenido una aventura parecía justificar sus encuentros con Paul.

Pero si en verdad se iba a casar con Tom, tenía que por lo menos realizar algún ajuste mental. De lo contrario, ocurriría algo espantoso.

Se apeó del tren y caminó hacia el refugio del viejo mercado de Les Halles donde estaba su tienda de antigüedades. Lo primero que notó fue que los vidrios del escaparate estaban sucios. La habitación única era una jungla: pies de lámparas, percheros de sombreros, patas de sillas labradas y un viejo canapé entre botellas polvorientas. Al lado de la puerta de entrada, había un barril lleno de antiguos bastones.

En el fondo de la tienda, sus dos ayudantes, Monique y Mouchette, estaban abriendo un cajón de basuras. Las mellizas tenían largo cabello rubio y los pantalones cubiertos de parches de colores. Técnicamente eran las ayudantes de Jeanne. Ella empezó el negocio con dinero de su madre, pero por lo general eran las mellizas quienes se enfrentaban a las ricas matronas de Auteuil que venían a comprar las reliquias de Jeanne. Eran más jóvenes que Jeanne, pero como habían participado en la revuelta estudiantil de 1968 cuando todavía asistían a la escuela primaria, tendían a tratarla como a una impetuosa hermana menor.

—Hola —dijo Jeanne—. Me voy a casar.

Las mellizas se incorporaron y se sacaron los pelos de los ojos.

Miraron a Jeanne sin poder creerlo y luego cruzaron las miradas.

—¿Qué sientes ahora que te vas a casar? —preguntó Monique.

Jeanne sabía que Tom no les gustaba.

—Voy a ser más serena, más organizada —dijo Jeanne desabrochándose el abrigo. Pensaba ayudar a sacar las cosas de los cajones—. He decidido ser una persona seria.

Las mellizas lanzaron una carcajada.

—¿Qué harían en mi lugar? —preguntó Jeanne.

—Me pegaría un tremendo golpe en la cabeza —dijo Mouchette.

—Me haría monja —dijo Monique.

¿Y renunciar al sexo?, pensó Jeanne. Empezó a sacarse el abrigo, luego se detuvo. Empezaría la nueva etapa diciéndole a Paul que se iba a casar, que la aventura había terminado. Después de todo, el matrimonio de sus padres había persistido tal vez debido a una actitud semejante de parte de su padre. En ese momento, se sintió enormemente fuerte.

—He tomado una decisión importante —dijo abrochándose nuevamente el abrigo—. Se acabó. A partir de hoy, no lo veré nunca más.

—¿No hay boda? —preguntó Mouchette.

—Sí —dijo Jeanne por encima del hombro—, me voy a casar. ¡Soy una mujer libre!

Monique y Mouchette intercambiaron miradas, más confundidas que nunca.

—Jamás la comprenderé —dijo Monique.

—De cualquier manera, no se dice «libre»; se dice «liberada».





XV

¡Una mujer libre! Jeanne jugó con la frase al dejar la tienda. Iba ensimismada y no se dio cuenta de la presencia del camión cerrado estacionado en la esquina.

En su interior, escondidos detrás de unas pilas de cartones, estaban hincados Tom y su equipo con la grabadora y la Arriflex y un lío de cables. Tom acercó el ojo a la cámara y enfocó a Jeanne que caminaba hacia la esquina. La *script*, con el pelo atado con un pañuelo, estaba arrodillada a su lado, hombro con hombro, pero Tom estaba concentrado en su tarea. —Si yo estuviera en el lugar de Jeanne —dijo la guionista—, me olvidaría de la película después de una actuación como ésta.

Tom cambió de posición para obtener un plano mejor. El motor empezó a funcionar con una fuerte explosión, pero el conductor esperó para ver si Jeanne tomaría un taxi en la esquina.

—Te estás comportando como un espía —dijo la *script* a Tom.

Él no contestó, pero subió su mano por el suéter hasta que le cubrió el pecho pequeño y firme. Se lo apretó de una manera juguetona.

—Tal vez te gustaría estar en su lugar —dijo sin sacar el ojo de la cámara.

El conductor la siguió lentamente y luego la adelantó. Tom entregó la Arriflex al operador pidiéndole con gestos que empezara a filmar. Ahora estaban silenciosos y concentrados.

La luz roja del semáforo detuvo el tráfico. De pronto Jeanne cambió de dirección y se encaminó directamente al camión.

—Nos ha visto —dijo Tom. Estamos cagados.

Jeanne se acercó más. Tom se agachó y ordenó a su gente que hiciera otro tanto. Aparte de la filmación, tenía otro motivo para seguir a Jeanne, pese a que no quería admitirlo ni en su fuero interno. En los últimos días, pensó, ella se había comportado de modo extraño; llegaba tarde, lo dejaba de pronto, luego, la pelea en la estación del metro. Algo funcionaba mal.

Una puerta se cerró al lado del camión. Tom tomó precauciones y espió por la ventana. Jeanne estaba sentada en el asiento trasero del taxi.

—Después de todo, no nos ha cagado —dijo.

—Mantenga la distancia —ordenó Tom a su chofer. Ella no nos debe ver.

El taxi se detuvo en el siguiente semáforo. Jeanne se inclinó hacia el asiento delantero y dio instrucciones al conductor. No tenía idea de que a pocos metros de ella una cámara de cine estaba funcionando. El semáforo cambió de luz y el camión se puso detrás del taxi.

Jeanne no prestó atención al mundo exterior.

Abrió el bolso y sacó la polvera. Se cepilló las cejas y retocó los costados de su boca con un lápiz magenta.

El taxi se detuvo a corta distancia del puente con la barandilla ornamentada que llevaba al Passy. Esa tarde estaba lleno de pasajeros que salían de la estación del

metro y se preguntó vagamente si Paul no estaría entre ellos. Salió del coche y pagó de prisa. Luego empezó a cruzar la calle en dirección al café Viaduc y las fachadas familiares de la Rue Jules Verne.

Tom y su equipo se arrodillaron juntos, los rostros aplastados contra la pequeña ventanilla.

—¿Dónde estamos? —preguntó Tom mientras observaba a Jeanne pasar el café.

—La Rue Jules Verne —dijo el chófer—. Es el distrito séptimo.

—El misterio es completo —Tom se encogió de hombros y ordenó al operador que siguiera filmando. La posibilidad de que Jeanne pudiera dirigirse a ver a un amante se le ocurrió en ese instante.

—Muy bien —dijo nerviosamente—. Ahora pasémosla.

Jeanne estaba por llegar al edificio de apartamentos con las rejas de hierro. El camión la adelantó.

La calle estaba como siempre, tranquila y casi sin tráfico. El andamiaje del otro lado de la calle se erguía como el esqueleto de alguna bestia prehistórica y el traqueteo distante del metro llegó a Jeanne. Hizo una pausa junto a la puerta de vidrio amarillo y opaco.

El camión se detuvo y quedó con el motor en marcha.

Jeanne se volvió hacia la puerta del edificio de apartamentos. Algo en la calle atrajo su atención: un camión cerrado. La puerta de atrás estaba ligeramente abierta.

Un cilindro oscuro y largo sobresalía entre la abertura de las puertas: era un micrófono. Lo reconoció al instante. Ahora debía tomar una decisión. El pánico y la furia le proporcionaron un plan de acción. Dio media vuelta y siguió caminando por la calle.

—¿Estás seguro de que no te ha visto? —preguntó Tom al operador de sonido.

—Es prácticamente imposible —respondió sacando el micrófono casi fuera de la vista mientras el camión volvió a avanzar lentamente.

—Haz todo lo que puedas —dijo Tom—. Trata de grabar sus pasos y su estado de ánimo.

Jeanne sintió ganas de gritar. Quería atacar a Tom, quería volar de allí, que no la molestasen nunca más. En ese momento el camión era tan conspicuo que quiso reírse o hacer gestos obscenos.

Pero eso serviría para los propósitos de Tom. Sería mucho mejor engañarlo y de manera tal que no pudiera dejar de comprender. Hizo una pausa en la esquina siguiente. Al otro lado de la calle había una iglesia romántica, su piedra oscura por el tiempo y el hollín. Sin mirar a izquierda ni derecha, cruzó la calle y pasó la pesada puerta de madera.

—¡Frene! —dijo Tom al chófer y luego se dirigió a los demás—:

—Ningún ruido.

—De puntillas —advirtió mientras los demás se ponían detrás suyo. Tom presintió que finalmente había descubierto la esencia de Jeanne. La idea lo satisfizo.

Confirmaba la pureza de su novia.

La iglesia estaba a media luz y casi desierta. Una hilera de cirios de luz movediza llenaba una trasalcoba. El altar sólo estaba iluminado por la moribunda luz del día que se filtraba por los cristales sombríos en lo alto de la capilla. El operador levantó su Arriflex, siguió las señales de la mano de Tom y filmó los ventanales de cristal manchado y luego recorrió la nave en busca de Jeanne.

Estaba de rodillas en el confesionario, las manos enlazadas en señal de oración.

—Haz un *zoom* sobre ella —ordenó Tom mientras avanzaban con sigilo. Se acercaron más hasta que pudieron escuchar claramente sus palabras.

—Eres un hijo de puta, Tom —dijo ella con los ojos fijos delante suyo—. ¡Eres un hijo de puta, un hijo de puta, un hijo de puta! Te detesto; te odio.

Tom se acercó aún más incapaz de creer lo que estaba escuchando. Se puso a su lado pretendiendo una explicación, pero incapaz de pronunciar palabra. Ella continuó su letanía sin levantar la mirada en ningún momento.

La *script* se acercó y tomó a Tom del brazo.

—Basta ya —susurró.

—Tienes razón —dijo él—. Realmente, me cagó.

El equipo lo siguió afuera. Nadie dijo nada cuando se subieron al camión y dejaron los aparatos. Tom se sintió idiota y furioso.

El camión se puso en marcha y avanzó por la Rue Jules Verne.

La iglesia se ensombreció. Una brisa leve resolvió los chisporroteos de las velas. Durante unos minutos Jeanne no se movió. Sabía que había hecho sufrir a Tom, pero se lo merecía. En un momento pensó que podría llorar de frustración: había perdido su oportunidad de encontrar a Paul en el apartamento.

Salió a la fría tarde invernal y se preguntó si lo volvería a ver alguna vez.

XVI

Por una vez, el hotel estaba tranquilo. Paul cerró con llave la puerta de entrada después de mirar en dirección al café y luego apagó la lámpara, una rutina que le era absolutamente familiar y cada vez más tediosa. Consideró la satisfacción que le proporcionaría encerrar afuera a todos los huéspedes, en vez de adentro. El hecho era que en realidad ya no le importaba el dinero.

Se sintió horriblemente solo. Al día siguiente enviarían el cadáver de Rosa de la autopsia. No quedaba duda, pensó, que tanto él como su suegra obtendrían un placer sórdido de ese regreso al hogar.

Fue a su habitación, sacó una botella de Jack Daniels de su armario y se sirvió un trago. Tenía la mano firme cuando lo tomó, pero las entrañas, frías e irritadas. Encontró la bata en el ropero y se la puso ajustándose mucho el cinto a la cintura. El cuarto no parecía contener nada que le perteneciera. Los libros y los cuadros eran de Rosa porque Paul no quería guardar reliquias.

Pero aquí se sentía resguardado y no quería irse. Marcel lo había invitado a que pasase por su propia habitación, una extraña invitación. Siempre se refería a Marcel con humor amargo como el amante desacreditado de su mujer. Eso lo hacía sonar más desesperanzado y de alguna manera, más brutal. Por cierto él también había tenido sus amantes —criadas de bar, empleadas de tienda, cualquier cuerpo que se le cruzara por el camino—, pero más que todo debido a la fuerza de la costumbre. Pero Rosa había dado la impresión de haber pensado otra cosa. Como un amante oficial, Paul pensaba que tenía derecho a ciertos privilegios, entre ellos, el amor. Cuán presuntuoso había sido.

Sabía que Marcel había necesitado coraje para hacerle esa invitación. Cuántas noches se había sentado Paul en esta sala de espera, mirando la luz de neón del cartel de Richard del otro lado de la calle mientras Rosa estaba con su amante. Paul se dijo que si Marcel se mostraba tierno y sentimental esta noche, tal vez sólo le quedaría la posibilidad de romperle la cabeza y hacérsela pasar por esas paredes de cartón prensado. Por otro lado, existía la posibilidad de que Marcel pudiera decirle algo de interés.

Paul subió las escaleras y golpeó a la puerta de Marcel.

—¡Entre! —la respuesta fue gentil e inmediata.

Paul entró en un cuarto angosto lleno de libros y de revistas e inundado del resplandor cálido que despedía la pantalla roja de la lámpara. De las paredes colgaban reproducciones de Lautrec y Chagall, fotografías de paisajes naturales idealizados arrancados del *Paris Match*, entradas viejas del hipódromo, cartas, recortes y un póster de Albert Camus. Marcel estaba sentado ante un escritorio lleno de copias de *Le Monde*, *Paris-Soir* y media docena más de periódicos, recortando un artículo con unas tijeras. Él también llevaba una bata.

—No vine aquí a llorar en su compañía —le dijo Paul.

—¿No le molesta si continúo trabajando? —preguntó Marcel—. Me distrae después de lo que sucedió.

Vio que Paul comparaba las batas. Ambas eran de la misma tela.

—Idénticas —dijo Marcel con satisfacción—. Rosa quiso que nuestras batas fueran exactamente iguales.

La irritación de Paul fue en aumento. No sabía nada de las batas y las encontraba ridículas.

—No me llamó para decirme algo que ya sé —dijo, mintiendo. Decidió tomar la iniciativa y tomó un montón de recortes que estaba en medio del escritorio—. Me pregunto para qué los guarda. ¿Se trata de un trabajo o de un *hobby*?

—No me gusta la palabra *hobby* —replicó Marcel—. Es un trabajo para redondear mi salario.

—Entonces es algo serio —se burló Paul—. Es un trabajo que lo obliga a leer. Muy instructivo.

—Sea sincero —dijo Marcel—. ¿Acaso no sabía que teníamos batas idénticas?

Paul se ríó pero el sonido no tuvo fuerza.

—Tenemos muchas cosas en común —continuó diciendo Marcel, pero Paul lo interrumpió.

—Sé todo. Rosa me hablaba con frecuencia de usted.

En la presencia de otro hombre, hasta delante de un hombre tan fastidioso como Marcel, Paul podía ser sentimental respecto a su mujer sin una sensación de furiosa impotencia. Marcel era un hombre y jamás había representado una amenaza, salvo tal vez en la manera en que lo utilizaba Rosa.

—¿Querría un trago de *bourbon*? —le preguntó a Marcel en un arranque imprevisto de generosidad. Se dirigió a la puerta.

—Espere —dijo Marcel y abrió un cajón del escritorio de donde sacó su propia botella de Jack Daniels—. Yo también tengo una botella.

—¿Se trata de otro regalo de Rosa?

—No me gusta mucho, pero Rosa quería que siempre tuviese una botella. A menudo pienso si por estos detalles, podríamos explicar, comprender juntos...

Paul aceptó un vaso de whisky.

—Durante casi un año, Rosa y yo... —Marcel tartamudeó—. Regularmente y sin pasión —dijo decidiendo dejar sin especificar el acto sexual—. Creía que la conocía tanto como uno puede conocer a su...

—Amante —dijo Paul con naturalidad.

—Pero hace poco sucedió algo que no pude explicar.

Marcel señaló una cuña de papel cerca del techo donde el papel había sido arrancado.

—Rosa se encaramó en la cama —dijo— e intentó arrancar el papel con las manos. La detuve... se estaba arruinando las uñas. Lo hizo con una extraña violencia. Jamás la había visto así.

Paul estaba a punto de descubrir algo.

—Nuestro cuarto estaba pintado de blanco —dijo— y ella quiso que fuera diferente a los otros cuartos del hotel, para que pareciera como una casa normal. Aquí también quiso hacer cambios y empezó por las paredes.

Paul se sentó en la cama. Cuán fácil era para cualquiera tener otra vida; pensó en Jeanne y en el hecho de que no se conocían los nombres. ¿Era posible que Rosa también se hubiera creado con Marcel su visión más oscura de la existencia? ¿Y que esa visión fuera un duplicado de su vida verdadera? Por un momento, Paul no pudo hablar. Miró a Marcel con fascinación.

—Usted debe haber sido un hombre buen mozo —dijo.

Marcel se sentó a su lado en la cama.

—No tanto como usted.

—Se conserva bien —Paul lo palmeó a través de la bata—. ¿Qué hace con la panza? Yo ahí tengo un problema.

—Oh, es un secreto —pero Marcel no terminó la frase—. ¿Por qué Rosa lo traicionaba conmigo?

Paul no miró a sus ojos nada maliciosos: este hombre jamás comprendería.

—¿No cree que Rosa se suicidó? —preguntó Paul serenamente.

—Me es muy difícil creerlo.

Marcel pareció atemorizarse de su propia admisión. Se puso de pie y se acercó a la ventana, se aferró a la barra que sobresalía del marco y comenzó a hacer flexiones.

—Este es el secreto de mi estómago.

Paul sólo miró; era la reconstrucción de sí mismo. Rosa lo había vestido como Paul, le había dado su bebida favorita. Paul había buscado una carta de Rosa; no había nada salvo sus recuerdos insustanciales y a veces obscenos.

Ahora se dio cuenta de que Marcel y el cuarto de Marcel era el mensaje que buscaba. La banalidad de toda la situación era abrumadora.

Fue a la puerta e hizo una pausa.

—Sinceramente —le dijo a Marcel—, me pregunto lo qué ella vio en usted.

XVII

Las cavernas de Les Halles parecían inmunes al sol de la mañana, las ventanas quedaban debajo de los aleros hundidos en la oscuridad y todo se respaldaba en las sombras de un recinto inmenso y silencio. Innumerables cadáveres de animales habían pasado bajo ese techo (Jeanne había visto las legiones de carnes marmolizadas a lo largo de los ganchos) y ahora el mismo edificio estaba condenado y tenía los días contados. Ella pensó, contemplándolo desde la entrada de la tienda de la *Rue la Cossonnerie*, que se había convertido en su propio velatorio. Pero no tenía tiempo para pensamientos macabros; la muerte era algo que no la podía tocar, especialmente hoy, cuando era el centro de atención de la tienda de bodas y estaba vestida con un antiguo vestido de satén, los rizos apilados sobre la cabeza y la única rosa que Tom le había dado en una mano. Se dio vuelta lentamente para que él la mirase.

La Arriflex descansaba sobre el pavimento en la acera, asegurada sobre el trípode, porque no había lugar en la pequeña tienda. El operador estaba inclinado sobre el objetivo mientras que el encargado del sonido se arrodillaba ante su magnetófono verificando el funcionamiento del micrófono. Tom bailó detrás de la cámara, a la espera de que comenzase la filmación, su pañuelo de brillante diseño colgando del cuello en una ligera muestra consciente de entusiasmo. La mujer propietaria de la tienda, reconociendo la seguridad de una venta, había tratado de convencer a Jeanne que eligiera el más caro vestido de novia en *peau-de-soire*, pero ella prefirió el estilo más tradicional pese a que era de segunda mano. El perfil de sus pechos era firme y virginal.

Se impacientó con las preparaciones de Tom y quiso que comenzara mientras pudiera dejar en suspenso su propia incredulidad. Él se percató de su incomodidad.

—La inspiración no es como una luz que se prende —dijo.

—Entonces, ¿qué clase de director eres?

—¡No se pueden comprar ideas como si fueran salchichas! —se dirigió a su equipo—. ¿Están listos? ¡Se rueda...!

Jeanne vio cómo Tom se aprestaba con el micrófono a enfrentar las cámaras y hacer la introducción con los pies bien separados. Jeanne decidió que era un romántico tan incurable como ella.

—Estamos en Les Halles —comenzó a decir mientras la cámara giraba en círculo—. En estos viejos negocios hay vestidos, vestidos que se mueven en la brisa suave; hay una sensación blanca. Son vestidos de bodas...

Hizo un gesto al operador de sonido y gritó: ¡Acción!

Jeanne vio que Tom se arrodillaba ante ella de modo que no tapara la imagen y tenía el micrófono a la altura de sus pechos.

—¿Cómo ves el matrimonio? —preguntó él.

Ella sintió el movimiento del aire; supo que no era una brisa, sino viento. Venían nubes del norte. Aire caliente en invierno, pensó, eso siempre significa lluvia.

—Lo veo en todas partes —dijo—, siempre.

—¿En todas partes? —preguntó Tom.

—En las paredes, en las fachadas de las casas.

—¿En las paredes? ¿En las fachadas de las casas?

Tom ya parecía estar decepcionado. Ella se preguntó de si en realidad tenían una posibilidad de lograrlo juntos cuando se sintió sofocada con un vestido de bodas.

—Sí —dijo ella enfrentando la cámara—, en carteles. Y ¿qué dicen los carteles? ¿Qué venden?

—Hablan de autos, de carne envasada, cigarrillos... —sugirió Tom.

—No, el tema son los jóvenes antes del matrimonio sin hijos. Luego los vemos después del matrimonio con hijos. Los carteles son sobre el matrimonio aun cuando no lo digan. El matrimonio ideal y con éxito ya no es al estilo antiguo, en la iglesia, con un marido deprimido y una esposa quejosa. Hoy, el matrimonio publicitado es sonriente.

—¿Sonriente?

—Sin duda. ¿Por qué no tomar en serio estos matrimonios que se ven en la publicidad? Se trata de matrimonios pop.

¡Pop! Para Tom fue una revelación. Jamás había pensado en el matrimonio en esos términos.

—Es una idea —dijo—. Para la juventud pop, un matrimonio pop. Pero ¿qué sucede si un matrimonio pop no funciona?

—Se lo arregla como a un auto —dijo Jeanne. La pareja es como dos obreros en ropa de trabajo arreglando un motor.

—Y en caso de adulterio, ¿qué sucede?

La mujer de la tienda terminó de trabajar y retrocedió para contemplar su obra.

—En caso de adulterio —dijo Jeanne, hay tres o cuatro obreros en vez de dos.

—¿Y el amor? ¿Es pop también el amor?

Tom se arrodilló a sus pies, su cabeza descansando en los pliegues de *peau-de-soire* que caían sobre el pequeño diván. Miró a Jeanne con ojos embelesados.

—No —decidió ella—, el amor no es pop.

Jeanne se percató de que el equipo disfrutaba del intercambio y se preguntó si sospechaban algo que Tom no sospechaba. Detrás de ellos, el cielo se oscurecía más.

—Si no es pop, ¿qué es?

—Los obreros se van a un lugar secreto —dijo ella—, se sacan las ropas de trabajo, se transforman una vez más en hombre y mujer y hacen el amor.

Tom estaba encantado. Se puso de pie dando un salto y exclamó:

—¡Estás magnífica! ¡Hasta tienes un aspecto magnífico!

—Es el vestido que hace a la novia —dijo Jeanne humildemente.

—¡Estás mejor que Rita Hayworth —dijo Tom utilizando su catálogo de comparaciones cinematográficas—, mejor que Joan Crawford, Kim Novak, Lauren Bacall y Ava Gardner cuando amaba a Mickey Rooney!

Esos nombres no tenían nada que ver con ella. Trató de creer en si misma como novia, pero no pudo, por lo menos, no como novia de Tom, ahora no. Quiso arrancarse el vestido, alejarse de esa adoración infantil, de los ojos de la cámara, del equipo y de la mujer que estaba cerrando la puerta porque había comenzado a llover.

—¿Qué está haciendo? —dijo Tom—. ¡Corte! —volvió a abrir la puerta y le dijo al operador que siguiera filmando, pero la lluvia cayó con más fuerza y la *script* fue la primera en correr a cubrirse. El operador se sacó la chaqueta y la puso sobre la Arriflex. El de sonido empezó a reunir su equipo bajo el toldo de la tienda de al lado.

—¿Por qué no filmas bajo la lluvia? —gritó Tom—. ¿Por qué dejas de filmar?

Un alud de agua pareció caer del cielo. Tom salió a la calle a ayudar con la cámara y sus gritos de desmayo fueron ahogados por el diluvio. Jeanne se acercó con sigilo a la puerta levantando los pliegues de la falda con las manos.

Sintió un deseo súbito e irresistible de ver a Paul, de estar protegida dentro de las paredes circulares de su apartamento, despojada de ese vestido y de todas las demás obligaciones. Vaciló y luego salió corriendo a la lluvia y a la *Rue de la Cossonnerie*; la lluvia empapó al instante sus cabellos y el fino satén de modo frío pero eléctrico. Sintió ganas de cantar y abrió la boca ante el diluvio.

Nadie, salvo la propietaria de la tienda, vio la fuga de Jeanne. La mujer todavía estaba con la boca abierta cuando Tom volvió a entrar en el local, empapado, y encontró la plataforma vacía.

—Jeanne —dijo—, ¿dónde está Jeanne?

—No lo sé —susurró la mujer—, pegó un salto y se fue.

—¿En la lluvia?

—En la lluvia. Con su vestido de novia.

Ambos miraron afuera. La *Rue de la Cossonnerie* estaba desierta, apoyada en la figura recortada de Les Halles, oscurecida por la lluvia.

XVIII

Paul estaba en el refugio del puente del tren, mirando los pétalos de hierro azul y gris que sostenían el metro y la lluvia que pasaba entre los arcos hacia el río. Tenía el impermeable puesto no porque tuviera frío o estuviese mojado —había llegado al puente antes de que empezara la lluvia—, sino porque le gustaba la sensación de protección que le dispensaba. No se había peinado esa mañana y la zona de la cabeza que iba a la calvicie era más evidente. Parecía más viejo que antes. Y más vulnerable. Hoy iban a llevar el cuerpo de Rosa a la habitación que su suegra había arreglado con tanto esmero y Paul se dirigía a otra habitación para encontrarse con otro cuerpo que estaba muy vivo aunque no tuviera nombre ni importancia para él. Se le ocurrió que la situación no dejaba de ser bastante cómica, pero no se rió.

En ese momento, un taxi se detuvo en la *Rue Jules Verne* y Jeanne bajó del coche. Estaba completamente empapada y parecía estar casi desnuda. El fino satén se había vuelto transparente con el color de su carne y colgaba de modo provocativo de sus pechos y nalgas y hasta exponía el pequeño manchón de pelo púbico. El taxista la miró con aturrida admiración cuando Jeanne cruzó la calle y entró en el edificio de apartamentos.

La lluvia menguó y Paul salió del refugio en dirección a la *Rue Jules Verne*.

Fue algo extraño que ambos llegaron al mismo lugar procedente de circunstancias tan diferentes. Paul llegaba de una escena de duelo y de muerte violenta; Jeanne, de una celebración de la vida y del amor.

Jeanne no había traído la llave y fue corriendo a la ventanilla de la portería. La mujer estaba sentada de espaldas al vestíbulo.

—Perdón —dijo levantando la voz para que la oyese por encima del ruido de la lluvia, pero la mujer ni se volvió. Un trueno hizo temblar el edificio. Jeanne se alejó de la ventanilla y se sentó en un banco de madera al lado del ascensor. Se refregó el cuerpo, que le temblaba.

Allí la vio Paul y experimentó un nuevo regocijo al darse cuenta que había venido a él en ese estado de prisa y abandono. El sonido de sus pasos hizo que Jeanne levantara la vista, expectante, pero Paul pasó por su lado sin decir palabra y entró en el ascensor. Se enfrentaron a través de las rejas del aparato.

—Perdóname —dijo Jeanne—. ¿Aún me quieres? Paul no sabía de qué tenía que perdonarla y no le importaba. Simplemente, asintió con la cabeza y abrió la puerta del ascensor.

—*J'ai voulu te quitter, j'ai pas pu* —dijo ella de prisa y luego recordó que él prefería hablar en inglés—. Quise dejarte, pero no pude. ¡No puedo!

Paul no dijo nada. Contempló su cuerpo: los círculos oscuros de los pezones a través de la tela mojada, la forma de las caderas angostas, la plenitud de los muslos. Hasta el vello suave de las piernas se veía por el satén como si fuera una segunda piel.

El ascensor empezó a subir.

—Quise irme —volvió a decir ella—. ¿Comprendes?

Todavía Paul no dijo nada. Sus ojos subían y bajaban por su cuerpo. Jeanne empezó a levantar el dobladillo del vestido, reclinándose contra la pared y observando su cara para detectar signos de placer. Mostró primero las pantorrillas y las rodillas, luego los muslos, luego el pelo púbico. Hizo una pausa y levantó aún más el vestido hasta que mostró el ombligo infantil. El ascensor subió aún más.

—¿Qué más quieres de mí? —preguntó ella, agradecida y desnuda. Paul podría no haberla escuchado. Sus palabras no significaban nada comparadas con su presencia. Adelantó la mano y pasó un dedo entre sus piernas donde estaba húmedo y caliente. Ella vaciló, luego le desabrochó el pantalón y pasó la mano por entre las ropas hasta que lo agarró firme e inequívocamente. Sus brazos formaron una cruz. El ascensor suspiró cuando llegó a su destino.

—*Voilà!* —exclamó Paul. Luego abrió rápidamente la puerta del apartamento. Comenzó a cantar—: «Había una vez un hombre y tenía una vieja cerda...».

La lluvia entraba a torrentes por la ventana abierta del cuarto circular y Paul la cerró de golpe. Luego se volvió a ella y le hizo una reverencia teatral. Jeanne estaba en medio de la habitación, temblando y sonriendo.

—Sabes, estás empapada —dijo él y la abrazó—. El vestido mojado era resbaloso como el hielo y su cabellera le dejó una mancha de humedad en el pecho. Fue al cuarto de baño a buscar una toalla.

Jeanne se sintió jubilosa. Ahora era su novia y ésta era su luna de miel e hizo una pirueta en media de la sala (tal como lo había hecho el primer día) y se dejó caer en el colchón. Se abrazó a la almohada como cualquier adolescente alborotada y luego dirigió el rostro expectante hacia la puerta esperando el regreso de Paul. En ese momento su mano tocó algo húmedo bajo la almohada. Jeanne se incorporó, puso a un lado la almohada. Una rata muerta estaba sobre la sábana; tenía sangre seca alrededor del hocico y la piel estaba húmeda y manchada.

Lanzó un grito.

Paul llegó con la toalla y se la tiró sobre las rodillas.

—Una rata —dijo con naturalidad, pero ella se abrazó a él lloriqueando—. Es nada más que una rata —repitió él divertido de su miedo irracional—. En París hay más ratas que gente.

Paul se agachó y levantó la rata por la cola dejando que la cabeza se balanceara ante su rostro. Jeanne sofocó un grito y dio un paso atrás. Estaba aterrorizada y se sentía enferma ante el espectáculo y por haberla tocado y miró asqueada cuando Paul la levantó un poco más y abrió la boca.

—Ñam, ñam —dijo relamiéndose los labios.

—Quiero irme —dijo ella tartamudeando.

—Eh, espera. ¿No quieres probar un bocado antes? ¿No quieres comer algo?

Su crueldad era tan extenuadora como súbita.

—Esto es el fin —dijo ella.

—No, no es el fin —bromeó él señalando la cola—. Pero me gustaría empezar por la cabeza que es la mejor parte. ¿Estás segura de que no quieres? Muy bien...

Acercó la rata a un centímetro de su boca. Ella se dio media vuelta horrorizada.

—¿Qué te pasa? —preguntó él azuzándola—. ¿No te gustan las ratas?

—Quiero irme. No puedo hacer más el amor en esta cama. No puedo. Es asqueroso, nauseabundo —se le estremeció el cuerpo.

—Pues bien entonces —dijo él—, lo haremos sobre el radiador o de pie sobre el estante de la chimenea.

Se dirigió a la cocina.

—Escucha —dijo con la rata aún colgando de la mano—, tengo que buscar un poco de mayonesa para esto porque con mayonesa, es algo realmente asombroso. Dejaré el culo para ti. ¡Culo de rata con mayonesa!

—Quiero irme. Quiero salir de aquí —gritó ella sin poder ni siquiera mirar la cama. Qué rápidamente había cambiado la atmósfera: no se podía predecir lo que haría a continuación. El deseo que sentía por él y su propia pasión habían desaparecido ante el contacto de esa piel manchada y muerta. Por primera vez vio el cuarto en toda su sordidez. El olor del sexo le hizo recordar a la muerte. Su propia audacia de estar allí la asustó.

Estaba por avanzar hacia la puerta cuando Paul regresó. Había tirado la rata.

—¿*Quo vadis, baby?* —preguntó juguetonamente. Fue a la puerta y la cerró con llave. Jeanne lo miró con una expresión mezcla de disgusto y agradecimiento. En realidad no quería irse.

—Alguien lo hizo a propósito —dijo mirando a Paul con suspicacia—. Lo puedo sentir. Es una advertencia, es el fin.

—Estás loca.

—Te lo tendría que haber dicho de inmediato —quería desafiar esa abrumadora seguridad masculina—. Me he enamorado de una persona.

—Oh, qué maravilla —dijo Paul con gesto burlón. Se adelantó y pasó las manos por la tela suave del vestido como si fuera un aguacate maduro. Sabes, vas a tener que sacarte esta porquería mojada.

—Voy a hacer el amor con él —insistió ella.

Paul la ignoró.

—Primero, toma un baño caliente, porque si no lo haces, te vas a pescar una neumonía. ¿De acuerdo?

Con gentileza llevó a Jeanne al cuarto de baño y allí abrió los dos grifos. Luego recogió el dobladillo del vestido y lo empezó a levantar lentamente desnudándola como ella se había desnudado en el ascensor.

—Pescas una neumonía —dijo— y luego ¿sabes qué sucede? Te mueres.

Ella quedó de pie ante él, desnuda y moviendo la cabeza.

—¡Tengo que romperle el culo a esa rata muerta! —dijo él.

—Ohhh —murmuró ella y se escondió el rostro entre las manos. Sabía que él

jamás le permitiría olvidarse.

Paul empezó a cantar nuevamente. Se subió las mangas, luego le dio una mano a Jeanne y la hizo pasar gentilmente dentro de la bañera. El agua estaba encantadoramente caliente. Se sentó lentamente sintiendo que el frío y la ansiedad desaparecían de su interior Paul se sentó en el borde de la bañera.

—Pásame el jabón —dijo.

Le agarró el tobillo y le levantó el pie hasta que estuvo a la altura de su cara. Lentamente comenzó a enjabonarle los dedos, la planta del pie, luego las pantorrillas. Jeanne se sorprendió de la suavidad de sus manos. Sintió que sus piernas estaban hechas de elástico mientras el vapor subía por ellas y daba a su piel un brillo caluroso.

—Estoy enamorada —repitió.

Paul no quería escuchar nada de eso. Pasó su mano llena de jabón por el costado del muslo hasta que no pudo ir más allá. Allí empezó a hacer espuma.

—Estás enamorada —dijo con un entusiasmo burlón—. ¡Qué encanto!

—Estoy enamorada —insistió ella y empezó a gemir. La mano de Paul era implacable y ella apoyó la cabeza contra el costado de la bañera y cerró los ojos.

—Estoy enamorada, ¿entiendes? —susurró—. Sabes, eres un viejo y te estás poniendo gordo.

Paul le soltó la pierna que cayó al agua pesadamente.

—Gordo, ¿no? Qué cruel.

Le enjabonó los hombros y el cuello y acercó la mano a los pechos. Jeanne estaba determinada a obligarlo a que la tomase en serio. Asimismo se percató de que disponía de una ventaja, lo que era algo nuevo para ella. Lo miró con atención y comprobó que lo que estaba diciendo era verdad.

—Has perdido la mitad del pelo y la otra mitad es casi blanca dijo ella.

Paul le sonrió pese a que las palabras lo molestaron. Le enjabonó los pechos, luego tomó uno con una mano y lo observó con ojos críticos.

—Sabes —dijo—, dentro de diez años vas a estar jugando al fútbol con tus tetas. ¿Qué piensas de ello?

Jeanne sólo levantó la otra pierna y Paul se la lavó.

—¿Y sabes qué voy a estar haciendo yo? —preguntó mientras volvía a poner la mano sobre la piel suave entre los muslos.

—Estarás en una silla de ruedas —dijo Jeanne y suspiró cuando el dedo de Paul le tocó el clítoris.

—Bueno, tal vez. Pero pienso que estaré riéndome en la eternidad.

Le dejó la pierna, pero Jeanne la mantuvo en el aire.

—Qué poético. Pero por favor, antes de que te levantes, límpiame el pie.

—*Noblesse oblige*.

Le besó el pie y luego se lo enjabonó.

—Sabes —continuó diciendo Jeanne, él y yo hacemos el amor.

—¿Realmente? —Paul se rió, divertido con la idea de que lo estaba provocando con esa revelación—. ¿Y lo hace bien?

—¡Es magnífico!

Al desafío de Jeanne le faltaba convicción. Sin embargo, Paul sintió que estaba más satisfecho. Sin duda, ella tendría otro amante, pero volvía una y otra vez a él por lo que le pareció una razón obvia.

—Sabes, eres una imbécil —dijo él—. Lo mejorcito lo vas a hacer en este mismo apartamento. Ahora, ponte de pie.

Ella obedeció y dejó que él la diera vuelta. Sus manos, suaves por el jabón, le acariciaron la espalda y las nalgas. Paul parecía un padre que bañaba a su hija, los pantalones empapados de agua, concentrado y un tanto inexperto.

Jeanne dijo:

—Mi novio está lleno de misterios.

Esa idea molestó vagamente a Paul. Se preguntó hasta dónde la dejaría llegar y cómo haría para detenerla.

—Escucha, tontita —dijo—. Todos los misterios que vas a encontrar en la vida están en este mismo lugar.

—Es como todo el mundo —la voz de Jeanne tenía un tono de ensoñación—, pero al mismo tiempo, es diferente.

—Como todo el mundo, ¿pero diferente? Paul le siguió la corriente.

—Sabes, hasta llega a asustarme.

—¿Qué es? ¿El rufián local?

Jeanne no pudo dejar de reírse.

—Podría ser. Tiene ese aspecto.

Salió de la bañera y se envolvió en una gran toalla. Paul se miró las manos enjabonadas.

—¿Sabes por qué estoy enamorada de él?

—Tengo muchísimas ganas de saberlo —dijo él sarcásticamente.

—Porque sabe... —hizo una pausa, incierta de que quería asumir la responsabilidad por sus palabras—...porque sabe cómo enamorarme.

Paul notó de que su molestia se había transformado en rabia.

—¿Y quieres que este hombre que tú amas te proteja y te cuide?

—Sí.

—¿Quieres que ese guerrero poderoso, dorado y brillante construya una fortaleza en donde puedas refugiarte?

Se puso de pie y levantó la voz junto con su cuerpo. La miró con desprecio.

—...y entonces nunca tendrás que tener miedo y nunca te sentirás sola. Nunca te quieres sentir vacía. Eso es lo que quieres, ¿no es así?

—Sí —dijo ella.

—Pues bien, jamás encontrarás ese hombre.

—¡Pero ese hombre ya lo he encontrado!

Paul quiso golpearla, hacerle ver al estupidez de su afirmación. Sintió un ataque de celos. Jeanne había violado el pacto, había hecho que el mundo exterior pareciera real por primera vez. Tenía que violarla de alguna manera.

—Pues —dijo, no pasará mucho tiempo antes de que él quiera construirse una fortaleza con tus tetas, tu coño y tu sonrisa...

Paul pensaba que el amor era una excusa para alimentar en otra persona la propia estimación de uno mismo. El único modo verdadero de amor era utilizar otra persona sin presentar ninguna excusa.

—Con tu sonrisa —continuó— construirá un lugar en el que se pueda sentir lo suficientemente cómodo y poder hincarse ante el altar de su propio falo...

Jeanne lo miró fascinada, la toalla cubriéndole todo el cuerpo. Las palabras de Paul la asustaron y la llenaron de un nuevo deseo.

—He encontrado ese hombre —repitió.

—¡No! —exclamó él rechazando la posibilidad—. ¡Estás sola! ¡Estás completamente sola! Y no te liberarás de ese sentimiento de soledad hasta que veas a la muerte cara a cara.

Paul bajó la mirada y vio las tijeras sobre el lavabo e involuntariamente sus manos fueron en esa dirección. Sería tan fácil: ella, él, luego nada más que sangre. Él había estado allí anteriormente, se dijo a sí mismo. Pensó en el cuerpo de Rosa siendo subido por las escaleras por un par de empleados de la funeraria. Una ola de náusea lo sacudió.

—Sé que esto puede parecer una mierda —dijo—, una mierda romántica. Pero hasta que no vayas hasta el mismo culo de la muerte, dentro de su culo, y sientas ese útero de miedo, no podrás conseguirlo. Luego, tal vez, puedas encontrarlo.

—Pero ya lo he encontrado —dijo Jeanne y su voz era insegura. Eres tú. ¡Tú eres ese hombre!

Paul tembló y se apoyó en la pared. Ella lo había engañado. Había corrido un riesgo muy grande. Ahora le mostraría lo que era la desesperación.

—Dame las tijeras —dijo.

—¿Qué? —Jeanne sintió miedo.

—Pásame las tijeras de uñas.

Jeanne las sacó del lavatorio y se las entregó. Paul la tomó por la muñeca y le levantó la mano hasta que alcanzó la altura del rostro.

—Quiero que te cortes las uñas de la mano derecha —le dijo, pero ella lo miró sorprendida.

—Estos dos dedos —agregó él señalándolos. Jeanne se cortó con cuidado la uña del índice y la del dedo medio. Volvió a colocar la tijera sobre el lavabo en vez de entregársela a Paul. Él comenzó a desabrocharse los pantalones, sus ojos siempre fijos en ella. Los pantalones y los calzoncillos cayeron a los tobillos y se le vieron los genitales y los muslos hirsutos y musculosos. Bruscamente Paul le dio la espalda y apoyó ambas manos en la pared, por encima del lavabo.

—Ahora —dijo— quiero que me pongas los dedos en el culo.

—*Quoi?* —Jeanne no pudo creer lo que acababa de oír.

—¡Que me pongas los dedos en el culo! ¿Estás sorda?

Ella lo empezó a explorar. Se maravilló de la habilidad que tenía Paul para sorprenderla, para empujarla más allá de lo que ella se había imaginado. Ahora sabía que el *affair* podía tener un fin espantoso, algún inexplicable hecho de violencia, pero ya no sintió más miedo. Algo en las profundidades de la desesperación de Paul, la emocionaba y excitaba y la hacía moverse a su lado. Estaba dispuesta a seguir aunque significara empujarlo aún más a su propia desintegración.

Hizo una pausa por temor a lastimarlo.

—¡Sigue! —ordenó él y ella metió más los dedos.

Paul sintió un dolor penetrante.

Ella había pasado la primera prueba. La empujó todavía más.

—Voy a conseguir un cerdo —le dijo suspirando y voy a hacer que el cerdo te la meta. Y quiero que el cerdo te vomite en la cara. Y quiero que te tragues el vómito. ¿Vas a hacer eso por mí?

—Sí —dijo Jeanne sintiendo el ritmo de su respiración. Cerró los ojos y metió los dedos más profundamente. Comenzó a sollozar.

—¿Qué?

—Sí —contestó ella, acompañándolo ahora con la cabeza reclinada sobre la ancha espalda. No había escapatoria. La habitación los contenía como una célula y los metía en el interior de su propia pasión y degradación. Ella compartió lealmente su territorio extremo y solitario: estaría de acuerdo en todo, haría cualquier cosa.

—Y quiero que ese cerdo se muera —continuó diciendo Paul, con la respiración agitada, los ojos cerrados y el rostro erguido en una expresión que podría haber sido de bendición. Se movieron juntos como nunca lo habían hecho.

—Quiero que el cerdo se muera mientras te la está dando. Y luego tienes que ir por detrás y quiero que huelas los pedos moribundos del cerdo. ¿Vas a hacer todo eso por mí?

—Sí —exclamó ella y le abrazó el cuello con el otro brazo, su rostro apretado entre los hombros.

—Sí y más que eso. Y peor, peor que antes, mucho peor...

Paul acabó. Ella se había abierto completamente y le había probado su amor.

No había otro sitio dónde ir.

XIX

Era tarde y el silencio que reinaba en los corredores del hotel se vio perturbado por el sonido de unos pasos lentos y firmes. Paul salió de la escalera y entró en el angosto *hall*. Sintió que era el guardián del laberinto, girando en las esquinas, entrando y saliendo de la oscuridad, sin voluntad ni propósito. Hizo una pausa en una esquina de la oscuridad y escuchó: únicamente se oía el sonido de su respiración. Levantó el papel de la pared y descubrió un atisbadero en una habitación de huéspedes. Puso el ojo contra la mirilla y vio a la prostituta dormida, sola en un revoltijo de mantas, con una pierna blanca al descubierto y el negro maquillaje sellándole los ojos cerrados.

Paul siguió caminando. Abrió el ropero de la ropa blanca al final del corredor en donde había una vista secreta de la pareja argelina a un lado y del otro, del desertor norteamericano. Los cuerpos yacían dormidos, parecían caídos en la inconsciencia y los párpados hechos de piedra suave. Pasó a otros atisbaderos escondidos en diseños de aspecto inocente en el papel de la pared, en rincones y grietas. El hotel le recordó una tela de araña en la que no había nada secreto, nada virgen. Verificó todos los demás huéspedes, pero no vio seres humanos; tan sólo eran bocas flojas en muecas incontroladas, labios emparchados en cuerpos que parecían la negación de la carne. Sólo oyó las respiraciones trabajosas y alguna que otra invocación que murmuraban entre sueños. A Paul le dio la impresión de que estaba identificando cuerpos en las mesas del depósito de cadáveres.

Sacó una llave y abrió la puerta del cuarto de Rosa. El olor de las flores fue inmediato y abrumador. La lámpara en la mesa de noche estaba prendida. Su cuerpo yacía en un ataúd de aroma dulce y enfermizo. Vestía lo que parecía un traje de novia con finos lazos blancos y un velo. Le habían cerrado con cuidado los labios y tenía un espeso maquillaje sonrosado en las mejillas y los labios. Las cejas falsas le daban en la muerte el aspecto de alguien que dormía profunda y serenamente. Tenía los delgados dedos entrecruzados encima del estómago y la piel de las manos y del rostro tenían una brillante luminosidad. Únicamente su expresión era la correcta: una sonrisa irónica y apenas perceptible.

Paul se sentó pesadamente en una silla y terminó el último cigarrillo del paquete de Gauloise. Apretujó el papel, lo arrojó a un costado y encendió el cigarrillo con satisfacción.

—Acabo de dar una recorrida —dijo sin mirar a Rosa—. La puerta estaba cerrada con llave y le daba el placer de poder hablar a su mujer muerta. Era un modo de ordenar su propia mente.

—Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Todo está bien, en calma. Las paredes de este lugar son como queso suizo.

Miró en derredor, a las paredes y el techo de este pequeño cuarto triste y trató de controlar su furia y su dolor. Por último se enfrentó con la cara de Rosa.

—Estás ridícula con ese maquillaje —dijo—, como la caricatura de una puta; un pequeño toque de mamá esta noche. Una Ofelia falsa ahogada en la bañera.

Movió la cabeza. Su intento de risa sonó como un grito sofocado. Rosa estaba tan quieta, tan final.

—Ojalá te pudieras ver. Realmente, te reirías.

Esa era una cosa que Rosa tenía: sentido del humor. Tal vez, un humor distorsionado y ocasionalmente cruel, pero se podía reír. Parecía una irreverencia haberla vestido así, algo falso. La verdad era que Paul no podía decir que habría reconocido como su esposa a este cuerpo en caso de haberlo visto de esa manera por la calle.

—Eres la obra de arte de tu madre —dijo con amargura y se sacó el humo de la cara—. Dios santo, hay demasiadas flores de mierda en este lugar. No puedo respirar.

Hasta tenía flores diminutas en el pelo. Pisoteó el cigarrillo con el talón encima de la alfombra. Tenía que decir algunas cosas, de lo contrario, se volvería loco.

—Sabes, arriba del ropero, en esa vasija de cartón prensado, encontré todas tus cositas. Lapiceros, llaveros, moneda extranjera, cuadernos, todo. Hasta el cuello de un clérigo. No sabía que te gustaba coleccionar esas porquerías que dejan los huéspedes...

Había demasiadas cosas que no sabía y que ya nunca sabría. Era tan injusto, tan desesperado.

—Hasta si el marido vive unos doscientos años de mierda —dijo con pena y enfado—, jamás va a poder descubrir la verdadera naturaleza de su mujer. Quiero decir que podría llegar a comprender el universo pero jamás podría descubrir tu verdad, jamás. Es decir... ¿quién diablos fuiste?

Por un instante esperó que Rosa le contestara. Esperó escuchando el vasto silencio del hotel. Era la medianoche sobre todo el mundo, en todos lados. Paul sintió que era la única cosa despierta en el universo.

—¿Recuerdas aquel día —preguntó tratando de sonreír—, el primer día que estuve aquí? Sabía que no podía meterme dentro de tus bragas a menos que dijera...

Dejó de hablar e intentó recordar aquel primer encuentro de hacía cinco años. Rosa parecía tan formal, tan distante. Y sin embargo, él sabía. Se sintió orgulloso porque pensó que en realidad había hecho una conquista, que se comprendían el uno al otro.

—¿Qué es lo que dije? Ah, sí... «¿Me podría dar la cuenta, por favor? Tengo que irme». ¿Recuerdas?

Esta vez su risa fue genuina. Sí, Rosa había caído en esa trampa, tenía miedo de que se escapara cuando en realidad él no tenía intención de irse. El hotel era más limpio entonces y recordó que lo había elegido por esa razón. Qué extraño como terminaron las cosas.

Paul sintió una necesidad súbita de confesarse.

—Anoche le apagué las luces a tu madre y se armó un lío. Todos tus... tus

huéspedes, como los solías llamar. Supongo que también me incluye, ¿no es así? — Volvió a sentirse enojado—. Me incluye, ¿no es así? Durante cinco años en este lugar fui más huésped, que un marido. Con privilegios, por supuesto. Y luego para ayudarme a comprenderte, me dejaste como legado a Marcel. El doble del marido cuya habitación era el doble de la nuestra.

Sintió celos, se sintió verdaderamente celoso, no por lo que ella y Marcel habían hecho juntos, sino porque no sabía lo que habían hecho. Como marido tenía derecho a ciertas cosas, aunque no fuera más que el marido titular. Ella se lo podría haber dicho antes de despacharse; podría haber tenido esa simple cortesía. Pero sin duda él también tenía miedo de saber.

Paul se puso de pie con un esfuerzo. Sintió que lo recorría una ola de dolor y rabia y frustración. Ella no tenía derecho a dejarlo de ese modo; su ida era peor que una broma obscena hecha a su costa.

—¡Tú, puta barata y perdida! —Escupió las palabras y desarregló algunos flores cuando se acercó a la cama—. ¡Espero que te pudras en el infierno! Eres peor que la cerda callejera más sucia que se pueda encontrar en cualquier sitio, ¿y sabes por qué? Porque mentiste. Me mentiste y yo confié en ti. ¡Mentiste! Sabías que estabas mintiendo.

Tenía las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta y sus dedos tocaron algo extraño. Lentamente sacó una pequeña fotografía. La acercó a la luz. Era la foto de Jeanne con los pechos desnudos ante la cámara. Paul contempló la foto como si no la reconociera. Pensó que se la debía haber puesto en el bolsillo esa tarde. Se dijo que eran todas iguales, hizo pedacitos la foto y los tiró sobre las flores. Él debía vivir y eso era algo que Rosa no había comprendido ni le había importado comprender.

—Vamos, dime que no mentiste. —Puso el rostro cerca del de Rosa y notó un olor medicinal entre el aroma de las flores—. ¿No tienes nada que decir? Puedes inventar algo, ¿no es así? Vamos, dime. Vamos, sonríe, coño.

Miró, expectante, sus labios. Parecían estar hechos de sebo.

—Vamos —dijo— dime algo cariñoso. Sonríeme y dime que no comprendí.

Los ojos se le llenaron de lágrimas que empezaron a bajar por las mejillas. Se pasó el revés de la mano por la cara, luego se inclinó acercándose más al cadáver. No iba a aflojar tan fácilmente.

—Vamos, dímelo, ¡puta cerda! ¡Putas cerdas mentirosas!

Comenzó a sollozar, el cuerpo sacudido de temblores. Se aferró al respaldo de una silla y le tocó el rostro. Estaba frío e inflexible. Empezó a sacarle las florecillas del pelo y a tirarlas al suelo.

—Lo siento —dijo resollando—, pero no puedo aguantar todas estas porquerías en tu cara. Nunca te maquillabas toda esta maldita mierda...

Con extrema delicadeza, le sacó las cejas falsas y las tiró. Pero el efecto era todavía falso y no tenía nada que ver con ella. Se acercó al lavabo donde mojó el pañuelo. Luego se puso a sacar el polvo y el *rouge* de la cara de Rosa.

—Te voy a sacar este color de los labios. Lo siento, pero tengo que hacerlo.

Dio un paso atrás y volvió a mirarla. Sintió afecto y una necesidad compulsiva de explicar su desesperación.

—No sé por qué lo hiciste —dijo—. Yo también lo haría si supiera cómo.

Hizo una pausa y consideró la posibilidad del suicidio. Quizás él no era el tipo suicida, pero tampoco lo era Rosa. Paul se habló a sí mismo:

—Tengo que encontrar una manera.

Se arrodilló al lado de la cama y descansó la cabeza sobre el cuerpo de Rosa. Estaba por volver a hablar, a perderse en los despojos de sus propios sentimientos. Jamás había podido ver el valor de las cosas y de la gente hasta después de su desaparición. El tomar conciencia de ella no lo ayudó a aliviar su dolor. Por una vez, estaba desamparado, sin el apoyo de ni siquiera su amargo sentido del absurdo.

Alguien golpeó en la puerta de la calle. El golpe resonó por el hotel como la llegada de la perdición y por un instante sintió miedo. Luego empezó a sonar el timbre: un sonido insistente, vidrioso.

A medias, murmuró:

—¿Qué? Está bien, ya voy —y se puso de pie. Dio media vuelta para mirar a Rosa y sólo sintió afecto porque pareció que había hecho algún arreglo con el recuerdo que tenía de ella—. Tengo que ir, querida —dijo—. *Baby*, alguien me está llamando.

Sonrió por última vez a las rígidas facciones, luego salió al corredor y cerró la puerta.

Una voz ronca de mujer llegó desde la calle.

—Hola. ¿Hay alguien?

Paul sintió que acababa de salir de un sueño profundo.

—Ya voy —dijo y bajó las escaleras en dirección al vestíbulo.

Dos sombras estaban apoyadas contra el vidrio helado. Paul no prendió las luces del vestíbulo, sino que fue directamente a la puerta. Un hombre y una mujer se apretaban en el umbral del hotel. No pudo distinguir los rostros.

—¡Apúrate! —dijo la mujer viendo a Paul en el resplandor de la luz de la calle, pero éste no se movió para abrir la puerta.

—¡Despiértate! —dijo la mujer, golpeando con fuerza y luego poniendo la cara contra el vidrio—. ¡Abre la puerta!

—Es tarde —dijo Paul—. Son las cuatro de la mañana.

No reconoció la voz de la mujer ni el ojo maquillado que lo miraba.

—Necesito el cuarto de siempre —dijo ella—. El número cuatro. Nada más que media hora o tal vez a lo sumo una hora.

Paul movió la cabeza. ¿Por qué, se preguntó, esta mujer lo molestaba? Parecía conocer el hotel.

—No, por cierto —insistió ella—. Cuando no tienes vacantes, pones un cartel. Lo sé. Estoy cansada de discutir. Llama a la propietaria. Llama a la propietaria.

¡Muévete! La propietaria siempre me ha ayudado.

Paul dio una vuelta a la cerradura con la llave y abrió un poco la puerta. Vio una prostituta gorda de mediana edad con un maquillaje azul sobre los ojos. Detrás de ella, había un hombre con abrigo que miraba ansioso a un lado y otro de la calle, temeroso de que lo vieran.

—Rosa y yo somos viejas amigas —dijo la mujer—. Ahora, abre. Déjame pasar si no quieres que se lo diga.

Mientras hablaba, el hombre se retiró primero lentamente, y luego se alejó caminando sin que la mujer se percatara. Paul abrió la puerta y ella entró rápidamente.

—Todo en orden —dijo dándose vuelta—. *Entrée*.

—Vio que el hombre se había ido y se dirigió furiosa a Paul—: ¿Estás contento? Me dejó.

—Lo siento —dijo Paul. Sintió que estaba participando en un sueño, que tanto él como los demás no eran reales. La posibilidad de poder haber dado con un amiga de Rosa lo llenó de un remordimiento sentimental. La mujer parecía querer algo de él, pero Paul no entendió exactamente qué, aun cuando lo empujó hacia la puerta.

—Apúrate y tráelo —dijo ella acercando su rostro al de Paul. No la pudo ver con claridad, pero tenía el olor dulzón y viejo de las flores mustias—. No puede haberse ido muy lejos. Tráelo de vuelta. Dile que todo están en orden.

Paul salió a la calle. La luz del amanecer estaba empezando a salir y se sintió cansado y confundido. Tal vez tendría que hacer lo que esa mujer le había pedido. Pensó que el hombre debía haber estado de acuerdo con ella antes de ir. Era justo que regresara y que Paul ayudara a convencerlo.

Corrió al trote por la calle y el aire frío de la mañana le llenó los pulmones. Hacía unos momentos había estado velando a su mujer y ahora estaba corriendo para hacerle un favor a una prostituta, haciendo de rufián en memoria de su esposa. El remordimiento que sentía empezó a desaparecer y le renació el viejo encono. Quizás se trataba de otra broma de Rosa que parecía acecharlo en todos los sitios. Se preguntó vagamente por qué las prostitutas querían tanto a Rosa.

El hombre del abrigo oscuro había desaparecido. Paul se detuvo para recuperar el aliento. Permaneció inmóvil oyendo el sonido de los camiones que llevaban mercaderías por las calles angostas y olió el aroma húmedo de la basura tirada en el callejón. Pensó que estaba viviendo la indignidad final. Y no había nada para echarle la culpa, ni siquiera a sí mismo. Eso por lo menos habría sido una satisfacción, un modo de aplacar su furia.

Apretó los puños y regresó al hotel. Se había olvidado de la prostituta. Pero entonces vio al hombre del abrigo que trataba de esconderse en un portal oscuro. Su cobardía disgustó a Paul. ¿Por qué se había puesto de acuerdo en ir con la prostituta y luego se negaba causándole problemas?

—Me ha encontrado —dijo el hombre intentando sonreír. Era delgado y de

aspecto delicado con la voz de un actor—. Por favor, no le diga que me encontró. ¿Vio lo fea que es?

Se alejó de Paul y levantó las manos en actitud suplicante.

—En un tiempo, mi mujer me era suficiente —dijo—, pero ahora se ha enfermado; una enfermedad que la ha puesto la piel como de serpiente. Póngase en mi lugar.

Paul lo tomó del brazo.

—Vamos —dijo.

De algún modo, el cuento del hombre lo había enfurecido.

—Estaba borracho —rogó el hombre—. Elegí la primera que pude encontrar, luego, caminamos un poco y se me fue la borrachera... Trató de irse y con una furia irracional y súbita, Paul lo arrojó con fuerza brutal contra la puerta metálica de una carnicería. Cayó en la calle sucia y comenzó a gatear escapándose de Paul.

—¡Déjeme solo! —gritó—. ¡Está loco! ¡Déjeme solo!

Trató de ponerse de pie y Paul lo pateó tirándolo sobre el empedrado resbaladizo.

—Y ahora lárgate de aquí —dijo Paul—. ¡Puto de mierda! El hombre salió corriendo cojeando un poco y echando una mirada de terror por encima del hombro.

Paul regresó lentamente al hotel, exhausto. Cuán rápidamente había descendido de la adoración a su mujer al sórdido manejo de la existencia cotidiana.

La mujer lo esperaba en el vestíbulo, sentada en el banco y fumando un cigarrillo. La brasa roja brillaba en las sombras.

—Lo sabía —dijo—. No pudiste hacerlo regresar. ¿Dónde voy a encontrar uno a estas horas?

—¿Cuánto te hice perder?—. Empezó a buscar en sus bolsillos. La mujer se rió.

—Dame lo que puedas. No lo hago por el dinero. Me gusta, ¿entiendes? Lo hago porque me gustan los hombres.

Puso una mano en el hombro de Paul.

—Sabes, eres un encanto —dijo ella con su voz ronca—. Si quieres, lo podemos hacer aquí. Tengo un vestido muy práctico con un cierre relámpago de primera. Se abre todo. Ni siquiera tengo necesidad de sacármelo. Vamos, no seas tímido, nene.

Ella se acercó a la luz y Paul contempló lo que le pareció ser una máscara mortuoria. Dio un paso atrás, confundido y aterrorizado, y empezó a alejarse de ella.

—¡No me mires así!—. La mujer se fue a la puerta. Antes de salir, dijo:

—Ya no soy más joven. ¿Y qué? Tu mujer un día estará como yo.

XX

Jeanne se preguntó si Paul la estaría esperando y qué sorpresa le tenía preparada mientras subía en el ascensor, por lo que ella pensaba que sería la última vez. Le parecía que ya no se podía avanzar más, que ya habían cruzado juntos una frontera definitiva. Pero para ella, la aventura continuaba aunque sabía que los peligros habían aumentado.

Salió del ascensor y abrió la puerta con su propia llave. Pensó que Paul quizá ya había descubierto la foto que le había puesto en el bolsillo. Era su modo de hacerle pensar en ella y le gustó la idea de que él la mirara mientras tomaba el café de la mañana o mientras llevaba a cabo las misteriosas actividades de su vida privada.

Volvió a recordar la rata muerta y abrió la puerta con cuidado.

El silencio y el resplandor de la luz contra las paredes circulares le dieron la bienvenida. Contuvo el aliento cuando vio las habitaciones vacías. No estaban los muebles. Pasó rápidamente de cuarto en cuarto confirmando lo que no podía creer, pero el apartamento estaba como en el primer día. Hasta el colchón había desaparecido.

Las paredes parecían más desnudas que antes y las manchas oscuras dejadas por los cuadros más tristes. Tan sólo quedaba el olor de sus encuentros y ya estaba haciéndose parte de la fragancia más penetrante del deterioro.

Salió corriendo dejando la puerta abierta y volvió al mortecino vestíbulo. La ventanilla de la portería estaba abierta y Jeanne pudo ver las anchas espaldas de la mujer inclinadas sobre sus oscuros pasatiempos. Jeanne se puso detrás de ella y se aclaró la garganta, pero la mujer no le hizo caso. Canturreaba una aria de Verdi que sonaba como un prolongado gemido.

—Perdón —dijo Jeanne—, ¿se acuerda usted del hombre del número cuatro?

Las palabras de Jeanne parecieron tener eco en el edificio y recordó el primer día que había venido y la frustración que experimentó al tratar de entrar. La mujer negra todavía ocultaba sus secretos y movió la cabeza con gesto negativo sin ni siquiera darse vuelta.

—Hace varios días que vive aquí —dijo Jeanne.

—No conozco a nadie —respondió la mujer—. Alquilan, subalquilan. El hombre del número cuatro, la mujer del número uno. ¿Qué sé yo?

Jeanne no podía creer que Paul simplemente se hubiera ido. Había esperado alguna sorpresa, pero por supuesto, ésta no.

—Y los muebles —dijo—. ¿Adónde los llevó? El apartamento está vacío.

La mujer se rió en son de mofa como si hubiera escuchado esa pregunta muchas veces.

—¿Adónde le envía la correspondencia? —preguntó Jeanne—. Déme la dirección.

—No tengo ninguna dirección. No conozco a nadie.

Jeanne permanecía incrédula.

—¿Ni siquiera el nombre?

—Nada, *mam'zelle*—. La mujer se dio vuelta con expresión hostil.

Jeanne estaba presionando demasiado a la portera de este submundo. Después de todo, había entrado allí por propia voluntad. Salió disparada hacia la puerta con el entusiasmo de una nueva idea. Si él se había ido, entonces el apartamento estaba vacante de nuevo. Sería como una especie de venganza, pensó, mientras caminaba hacia el café. Y él se la merecía. Le podría haber dicho que se iba, por lo menos, le podría haber dejado un mensaje. Le pareció imposible no volver a verlo nunca más, pero se dio cuenta de improvisto que no lo vería nunca jamás.

Cuando llegó a la cabina telefónica, su entusiasmo había disminuido; marcó el número de Tom.

—He encontrado un apartamento para nosotros —le dijo. El número 4 de la *Rue Jules Verne*... Ven de inmediato. ¿Sabes dónde queda? Te espero en el quinto piso.

Regresó y esperó en el vestíbulo hasta que oyó el ruido de los pasos de Tom y de su equipo cuando entraban en el ascensor. Los que no cupieron subían por las escaleras riéndose y gritando a los pasajeros de la jaula. Todo el edificio pareció transformado con el ruido y la súbita efusión de vida. Los recibió con una sonrisa y una reverencia.

—¿Te gusta nuestro apartamento? —le preguntó a Tom cuando éste entró seguido por los otros con sus aparatos. Inmediatamente el operador empezó a instalar la Arriflex en la habitación circular y Jeanne sintió un pequeño amago de remordimiento que pronto fue olvidado. Tom recorrió las habitaciones vacías como un emperador.

—¿Estás contenta? —preguntó al pasar. El operador empezó a filmar indiferente ante el medio ambiente—. Hay mucha luz agregó Tom sin esperar una respuesta.

Jeanne lo llevó al cuarto pequeño.

Este es demasiado diminuto para una cama doble, pero tal vez si, va para un niño. Fidel... ése sería un buen nombre para un niño. Como Fidel Castro.

—Pero yo también quiero una hija —dijo Tom y ella sintió un súbito ataque de afecto por él. Era tan comprensivo con las cosas que ella hacía... Volvió a pensar en Paul y extrañó la atmósfera que una vez habían tenido las habitaciones. Por primera vez fue capaz de imaginar la posibilidad de que allí viviera una familia con sus juegos y sus peleas y sus pequeñas miserias. Se sintió inmensamente triste.

—Rosa —dijo Tom, ignorante de las emociones en conflicto de Jeanne—, como Rosa Luxemburgo. No se la conoce mucho, pero en su tiempo no estuvo mal. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Bien. Entonces haré unas preguntas para la película. Hablemos de algo que interesa a todo el mundo: el sexo.

Tom había pensado sorprenderla con el tema. La cámara la enfocó, pero era

evidente que ella estaba aburrida y desilusionada. Tom se dirigió al equipo:

—Corten. No es posible, basta de filmar.

Comenzaron a reunir los aparatos. Sin otra palabra, Tom los hizo salir del lugar. La *script* hizo un gesto tímido de despedida a Jeanne mientras seguía a los otros fuera del apartamento y cerraba la puerta con cuidado.

—Quería filmarte todos los días —dijo Tom con tono humilde. A la mañana cuando te despiertas, luego cuando te duermes. Cuando sonríes por primera vez... Y no filmé nada.

Jeanne dio media vuelta y se alejó de él por los cuartos vastos y vacíos. Tom la siguió y miró con expresión dubitativa el montón de viejos muebles escondidos bajo la sábana, las grietas y las manchas de humedad en las paredes, las molduras rotas.

—Hoy —dijo— dejamos de filmar. La película ha terminado.

Jeanne sintió remordimientos.

—No me gustan las cosas que terminan.

—Uno debe comenzar otra cosa de inmediato—. Tom caminó por la habitación circular a la que había regresado y levantó las manos en un gesto de apreciación. Pero es enorme.

—¿Dónde estás? —preguntó Jeanne desde el cuarto pequeño. Volvió sin ganas al centro de la acción.

—Estoy aquí —dijo él—. Es demasiado grande. Te puedes perder.

—Oh, basta ya—. Jeanne no tenía el mismo entusiasmo que él. —Ahora no empieces...

—¿Cómo encontraste este apartamento?

—De casualidad —contestó irritada.

—¡Cambiamos todo!

Sus palabras tuvieron cierto atractivo para ella. ¿Era realmente posible cambiar algo?

—Todo —dijo ella—. Transformaremos la casualidad en el destino. Tom corrió al cuarto de al lado con los brazos abiertos. —¡Ven, Jeanne! —exclamó—. ¡Despeguemos! Estamos en el paraíso. Haz una pirueta, haz tres giros y desciende. ¿Qué me pasa a mí? ¿Una bolsa de aire?

Se apoyó cómicamente contra la pared donde lo había llevado su viaje.

—¿Qué pasa? —dijo Jeanne riéndose a pesar de sí misma.

—Suficientes zonas tormentosas. No podemos actuar de esta manera —agregó Tom con seriedad—. No podemos bromear como niños. Somos adultos.

—¿Adultos? Pero eso es terrible.

—Sí, es terrible.

—Entonces. ¿Cómo debemos actuar?

—No lo sé —admitió él—. Inventa gestos, palabras. Por ejemplo, una cosa que sé es que los adultos son serios, lógicos, circunspectos, peludos...

—Oh, sí —dijo Jeanne y se acordó de Paul.

—Se enfrentan a los problemas.

Tom se arrodilló en el piso y le tomó una mano a Jeanne entre las suyas y la hizo acercarse a su lado.

—Creo que te comprendo —dijo él en voz baja—. Quieres más un amante que un marido. Sabes, te propondría algo diferente. Cásate con quien se te ocurra y yo seré quien vaya a tu lado con pasión. El amante.

Le sonrió con cariño. Ella se recostó en el suelo y comenzó a empujarlo hacia sí.

—Vamos dirigió ella. Ahora ésta es nuestra casa.

Pero Tom se resistió. Encontró que la disposición de Jeanne le resultaba un poco molesta ya que a él no le gustaba hacer el amor en habitaciones extrañas. Se dijo que no estaba preparado. Además, el cuarto tenía un olor desagradable que no podía identificar. Se puso de pie y cerró su chaqueta de cuero.

—Este apartamento no es para nosotros —dijo él—. De ninguna manera.

Se dirigió a la puerta y dejó que ella se levantara sin su ayuda. Sintió claustrofobia y quiso marcharse.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—A buscar otro apartamento.

—¿Otro como qué?—. Jeanne se maravilló de los instintos de Tom.

—Uno donde podamos vivir.

—Pero podemos vivir aquí.

—Encuentro triste este lugar —dijo él—. Tiene mal olor. ¿Vienes conmigo?

Jeanne no quería irse. Oyó sus pasos gallardos en el corredor. Qué diferentes sonaban a los pasos metódicos de Paul.

—Tengo que cerrar las ventanas —dijo— y devolver las llaves y asegurarme de que todo está en orden.

—Muy bien —dijo él—. Nos veremos más tarde.

Se saludaron de modo simultáneo y luego ella lo oyó bajar rápidamente las escaleras. Jeanne fue lentamente a la ventana y empezó a cerrar las persianas. Giró y observó la habitación. Ahora estaba en sombras y el brillo dorado y rojizo de las paredes había dado paso a un marrón brumoso. Las grietas parecían más grandes y amenazaban caerse; el olor era definitivamente de deterioro.

Caminó por el corredor. El cuarto pequeño había perdido el encanto y parecía húmedo y sin ventilación, inadecuado para un niño o para cualquiera. Abrió la puerta del cuarto de baño y sintió un escalofrío a pesar de la luz que venía del tragaluz encima de la bañera. El lavabo estaba sucio y por primera vez se dio cuenta de que del marco del espejo se desprendía la pintura llenando de un polvillo dorado el piso de baldosas.

Sintió una fuerte y súbita necesidad de irse. Algo la amenazaba en ese lugar. Giró y corrió por el corredor. Abrió la puerta de un golpe, salió afuera y cerró sin echar una última mirada.

Le pareció que había transcurrido una eternidad desde la primera vez que entrara

en ese edificio. La ventanilla de la portería aún estaba abierta cuando salió del ascensor, pero la mujer había desaparecido. Jeanne se sorprendió de que pudiera moverse, parecía tan obesa, y dejó la llave en el tablero. Nunca se le ocurrió dejar una nota. Cuando salía, oyó que se abría la puerta próxima al ascensor y vio que la mano flaca dejaba otra botella sobre el piso de baldosas.

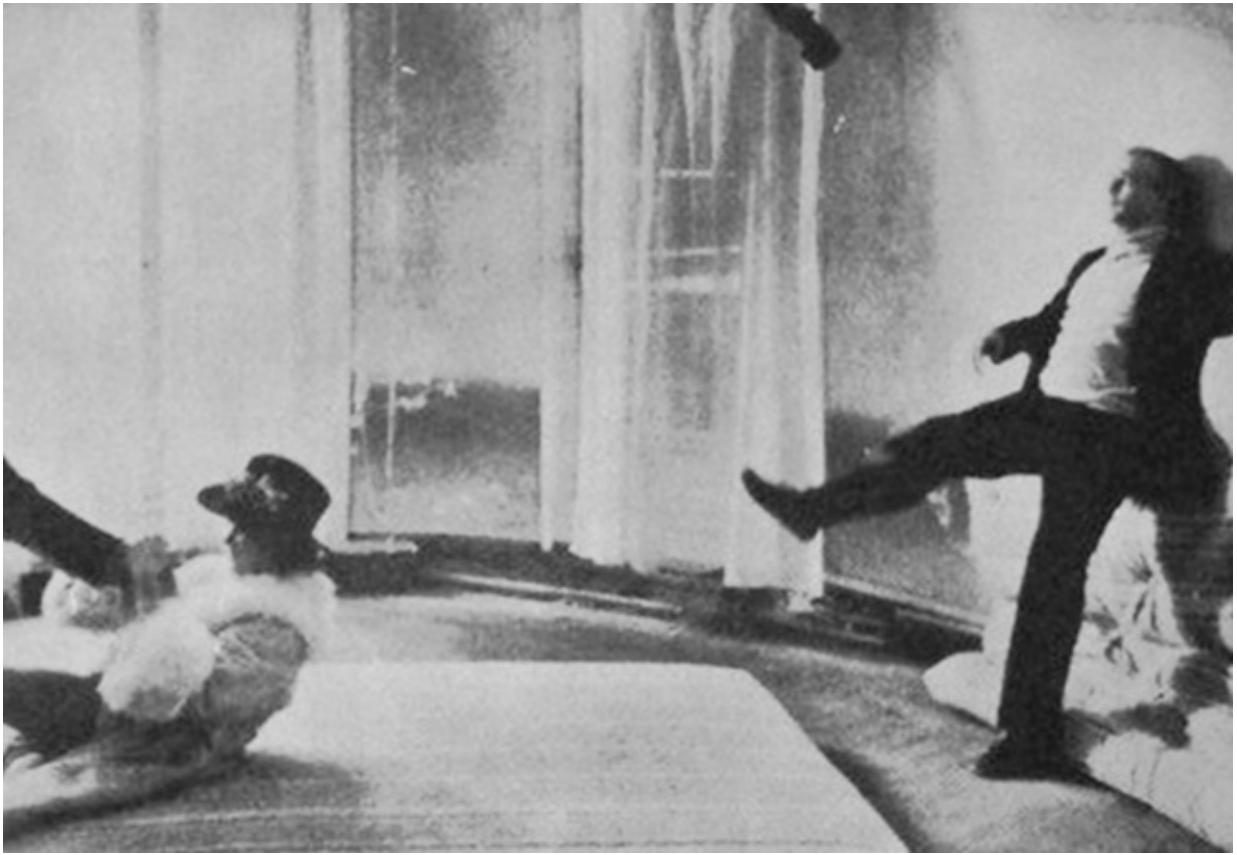
La *Rue Jules Verne* no había cambiado. Los obreros habían subido al andamiaje, los autos parecían estacionados de modo permanente, la calle estaba vacía. Pasó apresurada frente al café y cruzó la calle dejando atrás el conocido escenario. Sintió una sensación de alivio mezclada con tristeza. Sólo deseaba irse de allí.

El puente elevado del tren estaba ante ella y arriba, se extendía el límpido cielo azul del invierno. La luz del sol trazaba caprichosos dibujos sobre el puente. Con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo de gamuza y la cabeza gacha, Jeanne empezó a cruzar el Sena sin pensar en lo que le depararía el futuro.











XXI

Paul había enterrado a su esposa, sacado los muebles del apartamento de la *Rue Jules Verne* y se sentía limpio. Por primera vez desde el suicidio de Rosa, el hecho no le pesaba fuertemente. En realidad, experimentaba una ligereza de espíritu y un sólido optimismo como hacía años que no sentía. Los ángulos delirantes de los rascacielos de París, las ramas de un blanco óseo de los *Platanus* alineados al borde del Sena, el ritmo del metro que pasaba, la frescura de la brisa, todas estas cosas parecían agradables y únicas y debían ser apreciadas, cosas que podían ser importantes para su propia vida. Y la vista de una chica con un maxiabrigo blanco, la cabeza gacha enmarcada en el cuello de piel que se acercaba a él con pasos medidos, era una afirmación que no se podía negar.

Jeanne andaba sin prestar atención a nada y sólo el ruido del tren que pasaba por arriba y la gente a su alrededor constituían irritaciones menores. No pensaba en nada salvo en la blancura de su propia vida y en la futilidad de las relaciones humanas. El hombre que caminaba a su lado era simplemente una inconveniencia que debía ser ignorada. Por unos segundos, caminaron a la par, luego él avanzó un poco y ella se vio obligada a mirarlo.

—Soy yo nuevamente —dijo Paul y levantó una mano en señal de saludo.

Ella aminó la marcha, pero no se detuvo. Le sorprendió la elegancia de su aspecto. Llevaba una chaqueta de franela azul hecho a medida, una camisa con rayas verdes y una ancha corbata de seda. Hasta estaba más apuesto y su elegancia reflejaba su seguridad. Pero ella ya no confiaba en él.

—Se acabó —dijo ella.

—Se acabó —repitió él encogiéndose de hombros y apuró el paso para mantenerse a la par de ella—. Entonces se comienza de nuevo.

—¿Qué comienza de nuevo?—. Lo miró y pensó que parecía más abierto y en consecuencia, más vulnerable. Era como si lejos de aquel apartamento, se hubiera despojado de alguna armadura defensiva, como un animal que pierde la piel. Empero, Jeanne se sintió reservada ahora en la intemperie. El apartamento había sido su propia defensa, pero en la dura luz del mundo, ella quería guardar sus secretos.

—Ya no entiendo nada —dijo ella; él apresuró el paso.

Él la tomó del brazo y la llevó hacia la escalinata de la plataforma del metro. Jeanne mantuvo el cuerpo rígido, desacostumbrada a esta insistente persecución. Pensó que sin duda se trataba de una novedad. Paul se detuvo a la sombra del portal, le acarició la mejilla y Jeanne se relajó. Sabía que era algo inútil, pero no podía dejarlo simplemente.

—Bueno, no hay nada que comprender —dijo Paul y antes de que pudiera hablar, la besó suavemente en los labios. Paul sintió la calidez y la realidad de la carne de Jeanne: ahora era una mujer para él, y una mujer atractiva. Para ella, era el primer abrazo cariñoso que podía recordar de Paul.

Caminaron juntos por la plataforma del metro, del brazo y pareciendo una sobrina retraída y un tío cariñoso que intercambiaban confidencias.

—Dejamos el apartamento —dijo Paul— y ahora nos encontramos de nuevo con amor y todo lo demás.

Le sonrió, pero Jeanne movió la cabeza en gesto de rechazo.

—¿Lo demás? —preguntó.

Antes de que pudiera contestar, llegó el metro y subieron. Paul la llevó a un asiento desocupado. Se sentaron muy juntos, como amantes.

—Escucha —dijo contento de poder hablar de sí y de estar libre de su dolor—. Tengo cuarenta y cinco años. Soy viudo. Tengo un pequeño hotel, que es un poco viejo pero no es una pocilga. Antes vivía de mi suerte pero luego me casé. Mi mujer se suicidó...

El tren se detuvo. Un gentío se aproximó a las puertas y las abrió. Paul y Jeanne se miraron y de pronto salieron del vagón. Jeanne se dio cuenta de que no quería escuchar su vida que parecía triste y un tanto sórdida. En silencio, subieron los escalones de cemento en el barrio ordenado y extenso de Etoile, bañado por la luz del sol.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jeanne.

—Me dijiste que estabas enamorada de un hombre y que querías vivir con él. Me amas a mí. Entonces vivamos juntos. Seremos felices, hasta nos casaremos, si quieres...

—No —dijo ella cansada de la caminata—, ¿qué hacemos ahora?

—Ahora vamos a tomar unos tragos. Vamos a celebrar y a estar contentos.

Paul creía en lo que estaba diciendo, pero tenía dudas respecto a cómo entretener a una joven por la tarde. No es que fuera importante. Si lo amaba, estarían contentos en cualquier sitio. La idea de hacerle la corte formalmente lo atraía. Necesitaba divertirse y convencerla de que era capaz de hacerlo.

—Qué diablos —dijo— no soy ningún premio. Me clavé cuando estuve en Cuba en el 48 y ahora tengo una próstata del tamaño de una patata de Idaho. Pero todavía funciona bien aunque no pueda tener hijos.

Jeanne se sintió aturdida. Paul todavía la atraía por el recuerdo de la aventura, pero la alejaba de él una vaga y creciente repulsión. Se sintió desnuda bajo los rayos del sol.

—Veamos —dijo Paul buscando algo que decirle—, no dispongo de ninguna guardia; no tengo amigos. Supongo que si no te hubiese conocido lo más probable es que me hubiese conformado con una silla dura y hemorroides.

Jeanne pensó por qué sus alusiones siempre eran anales. La llevó tomada de la manga del abrigo, se detuvieron y Paul miró dentro de la Salle Wagram, una pista de baile que a veces se utilizaba para peleas de *box* de segunda categoría. El sonido de la orquesta llegó a ellos pero desde la calle la sala parecía estar vacía.

—Y para hacer aún más aburrida una historia larga y monótona —continuó

diciendo Paul al tiempo que la conducía a la Salle—, soy de un tiempo en que un tipo como yo caía en un lugar como éste para levantar una chica como tú. En aquellos tiempos decíamos que esas chicas se llamaban *Bimbos*.

Entraron del brazo. La sala resonaba con una música que no procedía de una orquesta, sino de un tocadiscos que estaba sobre una mesa en medio de un montón de discos de cubiertas brillantes. La sala era como un granero con una ancha cúpula de techo e iluminada por docenas de globos que colgaban. Varias filas de mesas rodeaban la pista principal. Se estaba llevando a cabo un concurso de baile. Varias docenas de parejas vestidas con ropa que había estado de moda quince años atrás se movían con un ritmo extraño que Jeanne no conocía. Los hombres llevaban largas patillas a lo Valentino y las mujeres, el pelo como barnizado y lustroso. A Jeanne le recordaron pájaros orgullosos y coloridos moviéndose en una jaula bajo la mirada de hombres y mujeres severos y de mediana edad que estaban sentados en una larga mesa de madera a un costado de la pista. Ante estos observadores sentados, había sobre la mesa papeles y lápices. En la espalda de cada concursante, había cuadrados grandes de cartón con un número impreso. A medida que giraban, los jueces estiraban los cuellos. Unos pocos camareros estaban de pie mirando, pero casi todo el salón estaba vacío. En las mesas que había alrededor de la pista, había manteles blancos, pero las mesas de las otras filas tenían las sillas encima. Una barandilla de madera separaba a los bailarines de los espacios vacíos del salón, ahora convertido en un palacio del tango.

Paul llevó a Jeanne a través de la pista hasta la segunda fila donde un camarero les preparó una mesa con una eficacia insolente. Paul pidió *champagne* de modo extravagante y tomó asiento frente a Jeanne. Sabía que ella vería el sentido de humor de todo aquello. Lo único que importaba eran ellos dos y el absurdo que los rodeaba sólo proporcionaba diversión. Pero Jeanne no podía quitar los ojos de los concursantes. Parecían tan grotescos, revoloteando en el salón enorme y mortecino, motivados por la música raspadora y el deseo de ser elegidos por el panel de viejos y viejas.

El camarero trajo el *champagne*, llenó las copas y los dejó solos. Jeanne apoyó la cabeza sobre los codos. Paul se pasó a su lado.

—Lamento muchísimo entrometerme —dijo fingiendo un acento británico para divertirla—, pero quedé tan sorprendido de su belleza que pensé en ofrecerle una copa de *champagne*.

Ella lo miró sin la menor expresión.

—¿Está este asiento ocupado? —preguntó Paul continuando la broma aunque notó que a ella no le hacía gracia.

—¿Qué? —dijo ella—. No, no está ocupada.

—¿Podría sentarme?

—Si quiere.

Paul tomó asiento con un gesto galante y le puso la copa de *champagne* en los

labios. Jeanne sacó la cara. Su parodia parecía demasiado aproximada a la verdad y ambos se sintieron molestos. Las cosas no funcionaban como él había pensado.

—¿Conoces el tango? —preguntó él y Jeanne dijo que no con la cabeza.

—Es un rito. ¿Comprendes «rito»? Pues bien, debes observar las piernas de los bailarines.

Llamó al camarero y pidió una botella de *Scotch* y vasos. El camarero lo miró un segundo y luego fue a buscar el whisky. Paul quería divertirse, gastar dinero, celebrar y no le importaba lo que pensasen los demás, salvo Jeanne.

—No has bebido tu *champagne*. Ahora está caliente. Te he pedido un whisky.

El camarero trajo la botella y se alejó a la otra punta del salón. La mesa estaba aislada. Paul sirvió dos grandes tragos de whisky.

—No tomas el *Scotch* —dijo con suave tono de reprimenda—. Vamos, hazlo, un traguito por el papi.

Le acercó el vaso a los labios. Ella lo miró con tristeza y Paul experimentó una creciente desesperación. Pero entonces, ella bebió sabiendo que con ello lo alegraría aunque el whisky le perforó la garganta.

—Ahora, si me amas —dijo él—, te lo beberás todo.

Ella volvió a beber.

—*Okay* —dijo ella—. Te amo.

No era más que una frase.

—¡Bravo! —exclamó Paul.

—Cuéntame de tu mujer.

Paul justamente no quería hablar de ello. Eso ahora pertenecía al pasado: se iba a divertir, iba a comenzar una nueva vida.

—Hablemos de nosotros.

Jeanne desvió la mirada y se fijó en los bailarines y los jueces y el grupito de camareros en las sombras.

—Pero este lugar es tan lastimoso.

—Sí, pero yo estoy aquí, ¿no es así?

Jeanne dijo sarcásticamente:

—*Monsieur Maître d'Hotel*.

—Eso es un tanto cruel.

Paul decidió que ella sólo le estaba tomando el pelo. Después de los encuentros intensamente apasionados que habían vivido, no le pareció posible que ella se burlase de él. Pero para ella, cuanto más contaba Paul de sí mismo, menos atractivo lo encontraba.

—De cualquier manera, tú, tontuela —continuó diciendo—, yo te amo y quiero vivir contigo.

—En tu pocilga—. Fue casi un desprecio.

—¿En mi pocilga? ¿Qué demonios quieres decir?

Paul se estaba enojando y el efecto del whisky agravaba su estado. Jeanne parecía

estar interpretando todo mal.

—¿Qué diablos de diferencia hay si tengo una pocilga o un hotel o un castillo? —gritó—. ¡Te amo! ¿Qué carajo importa lo demás?

Jeanne se cambió de silla temerosa de que él le fuera a pegar. Levantó el vaso y bebió todo el contenido. El salón, los bailarines, Paul y hasta sí misma la deprimían. No valía la pena continuar, pero no quería admitirlo. Ni a Paul ni a sí misma.

Aplacado de verla bebiendo, Paul terminó su vaso. Volvió a llenar ambos. El alcohol lo hizo más ardiente y al mismo tiempo sintió que su desesperación subía. Jeanne miraba la pista de baile. La música y las parejas con los números en las espaldas giraban en un vértigo creciente mientras se le nublaba la mente. Deseó no haber bebido tan rápidamente pese a que el *Scotch* ahora le daba sed. Observó las piernas de los bailarines. Se movían pavoneándose y agitaban las cabezas de modo automático.

De pronto, la música dejó de sonar y las parejas regresaron a sus mesas donde se sentaron en los bordes de las sillas con sonrisas clavadas en los labios y las cabezas en dirección de los jueces. Una mujer de mediana edad con un vestido de flores estampadas, rojas y púrpuras, se puso de pie detrás de la mesa larga y anunció en voz alta y eficiente:

—El jurado ha elegido a las siguientes diez mejores parejas.

Se ajustó las gafas y levantó una hoja de papel delante suyo. Se hizo el silencio en el salón cuando empezó a leer los números. Una por una, las parejas elegidas volvieron a la pista listas para el último enfrentamiento con la música que iba a empezar. Poco a poco la pista estuvo llena de gente nuevamente. Las parejas estaban en posición, con los miembros rígidos y mirándose ciegamente a los ojos. A Jeanne le parecieron maniquíes.

La mujer del vestido floreado levantó las manos con gesto vehemente y exclamó:

—Y ahora damas y caballeros, ¡buena suerte en el último tango! Sus palabras resonaron en el salón cavernoso. Había llegado la hora del juicio final.

Al instante, la música sonó a todo volumen y melodiosa e infinitamente deprimente para Jeanne que podía ver la luz del sol que se filtraba por la puerta. Estar borrachos por la tarde contemplando autómatas era algo que la hizo querer gritar. Paul estaba sentado frente a ella, mirando a los bailarines por encima del hombro, lóbrego e imprevisible. Una vez más, Jeanne intentó observar las piernas de los bailarines. Se movían al unísono perfecto mientras cada pareja se zambullía y escabullía y luego se inclinaba hacia atrás en un floreo estilizado, las sonrisas frías, los ojos y los rostros sin la menor expresión. Empezó a preguntarse si eran gente de verdad. Era imposible imaginarlos llevando a cabo actividades humanas ordinarias.

—Dame un poco más de whisky —le pidió a Paul.

—Oh, pensé que no bebías.

—Ahora tengo sed. Quiero beber más.

Paul se puso de pie y caminó alrededor de la mesa con paso inseguro.

—Muy bien. Creo que es una buena idea.

Sirvió más whisky con cuidado. Jeanne se sintió mareada y acercó el vaso en su dirección.

—Espera un minuto —dijo Paul antes de que pudiera beber. Pronunció las palabras con voz pastosa y se dispuso a hacer un brindis—. Porque... porque eres realmente hermosa...

Jeanne pensó que ése era el brindis y tomó su trago.

—¡Espera un minuto! —gritó él y pegó con el vaso contra la mesa. El Scotch se le derramó en la mano y cayó al suelo.

—*Okay.*

—Lo lamento, lo lamento muchísimo —dijo con acento británico—. No fue mi intención derramar mi trago.

Jeanne levantó su vaso.

—Bueno, hagamos un brindis —dijo—, ¡por nuestra vida en el hotel!

—No, a la mierda con todo eso.

Paul derribó una silla cuando fue a sentarse a su lado. Se recostó contra ella y Jeanne se percató de sus ojeras y del pelo fino. Todo lo que le había dicho en el apartamento el día anterior había sido verdad. Era un hombre viejo y ahora hasta olía como un viejo. No podía mirarlo sin pensar en su cuerpo. En realidad jamás había pensado en la faja que usaba, en las arrugas de su piel. El secreto de su nombre y existencia lo había preservado falsamente para ella.

—Vamos —dijo Paul—, hagamos un brindis por nuestra vida en el campo.

—¿Eres un amante de la naturaleza? Nunca me lo dijiste.

—Oh, por Dios. —Paul sabía que lo único que harían en el campo era el amor. ¿Por qué lo estaba provocando? Agregó siguiéndole la corriente—: Sí, soy un muchacho de la naturaleza. ¿Acaso no me puedes ver rodeado de vacas? ¿Con mierda de gallinas por todo el cuerpo?

—Oh, por supuesto que sí.

—¿Por qué no? —preguntó él, ofendido.

—Muy bien, tendremos una casa y vacas. Yo también seré tu vaca.

—Y escucha —dijo él riéndose roncamente—, te tendré que ordeñar dos veces al día. ¿Qué te parece?

—Detesto el campo —admitió ella pensando en la villa. Todo se volvía obsceno y deformado por el alcohol, en especial la visión de esos cuerpos en perpetuas contorsiones y desprovistos de vida.

—¿Qué quieres decir con eso de que detestas el campo? —demandó él.

—Lo detesto.

Jeanne se puso de pie y se afirmó contra el respaldo de su silla. Sintió que tenía que largarse de allí.

—Prefiero ir al hotel —dijo y la idea no le pareció ridícula del todo. Quizás

todavía hubiese una posibilidad, pensó, tal vez Paul tendría un aspecto diferente una vez que ambos estuvieran a solas en un cuarto. Tal vez se podría olvidar de todo esto y de lo que él le había contado—. Vamos, vamos al hotel.

Pero Paul le agarró la mano y la llevó hacia la pista de baile. Trastabillaron al bajar la plataforma levantada y sus pies resonaron en las tablas, pero la música los cubrió.

—Bailemos —dijo Paul.

Jeanne movió la cabeza diciendo que no, pero Paul insistió y la empujó a la pista principal. Los bailarines simulaban ignorar su presencia.

Se tambalearon entre los concursantes. Jeanne sintió las piernas flojas. La música y el aire viciado del salón parecieron combinarse con el whisky; luego olió el hedor de una docena de perfumes. Los focos de la luz la cegaron y las otras parejas pasaban a su lado con una gracia estilizada que hacía escandalosos los movimientos anticuados de Paul. Él la tomó en una pose de baile, luego levantó una pierna y la dobló hacia atrás burlándose de los demás. Se contoneó de un lado a otro, con la barbilla levantada teatralmente, levantando mucho las rodillas y dando golpes en el piso con los pies. Intentó hacer girar a Jeanne con una mano, pero ella resbaló y cayó pesadamente deslizándose un poco por la pista.

—¿No quieres bailar? —preguntó Paul. Comenzó a bailar solo haciendo contorsiones en medio de las parejas. Ellos no fallaban un solo paso. Era algo absurdo y Paul se divertía. Se sentía bien, volando con el whisky, y el espectáculo. Su nueva vida estaba empezando y la quería vivir plenamente a su manera. Trató de dar un salto y cayó de rodillas.

La mujer del vestido floreado estaba muda de la indignación. Los otros jueces se arremolinaron a su alrededor hablando en voz baja, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a enfrentarse con la pareja borracha e irreverente.

—¡La pista ya está llena! —gritó la mujer de las flores agitando los brazos y avanzando hacia Paul—. Usted está exagerando.

Tomó a Paul en serio, como a todo lo demás.

Paul pensó que era muy cómico. Empezó a reírse y a bailar alrededor de la mujer como un matador.

—¡Váyase de aquí, señor! ¿Qué está haciendo?

—¡*Madame!* —dijo él y tomó a la mujer por la cintura en una pose de tango. Paul empezó a moverla pesadamente por la pista y ella luchó por deshacerse del abrazo.

—Es el amor —dijo Paul—. Siempre. *L'amour toujours.*

—¡Pero es un concurso!

Por último se pudo liberar. Sus colegas de la mesa del jurado se aproximaban con precaución.

—¿Qué tiene que ver el amor aquí? —gritó la mujer—. Váyase al cine a ver amor. ¡Ahora váyase, largo de aquí!

Jeanne tomó a Paul del brazo y lo empujó hacia la salida. Pero él se detuvo al

borde de la pista. Mientras todos los jueces lo miraban, se bajó los pantalones, se agachó y les mostró el culo. Los espectadores contuvieron el aliento.

Él y Jeanne salieron tambaleantes de la pista. Se quedaron en un rincón oscuro junto a las mesas arrinconadas y se sentaron descansando pesadamente contra la pared. La música continuó indiferente y sin interrupción.

—Belleza mía, siéntate delante mío —dijo Paul y trató de tocar la mejilla de Jeanne, pero ella quitó la cara. Gimió de angustia verdadera.

—¡*Garçon!* —Paul chasqueó los dedos, pero el camarero no vino—. ¡*Champagne!* —gritó y empezó a mover las manos al ritmo de la música—. Si la música es el alimento del amor, ¡que siga sonando!

Dirigió la mirada a Jeanne y vio las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Se terminó.

—¿Qué te sucede? —repitió negándose a comprender lo que ella acababa de decir.

—Se terminó.

—¿Se terminó qué?

—Jamás nos volveremos a ver, nunca más.

—Eso es ridículo. —Paul hizo un gesto con las manos quitando importancia a sus palabras. Luego le tomó la mano y se la puso dentro de sus pantalones. Repitió suavemente: —Es ridículo.

—No es una broma. Jeanne le tomó el pene con el puño y comenzó a moverlo. Miraba fijamente hacia adelante y las lágrimas aún le corrían por las mejillas. Paul se recostó contra la pared.

—Oh, tú, rata sucia —suspiró.

—Se terminó.

—Mira, cuando algo termina, vuelve a empezar. ¿No lo ves?

—Me voy a casar —dijo Jeanne mecánicamente—. Me voy a otra parte. Se terminó.

Movió la mano más rápidamente.

—Oh, Jesús.

Paul acabó y Jeanne retiró la mano con disgusto. Ella lo había ordeñado a él y a Paul se le fue la última pizca de energía. Ella se limpió la mano con su pañuelo.

—Mira —dijo él tratando de bromear acerca de la repulsión que sentía Jeanne—, eso no fue una correa engrasada, fue mi pija.

La música murió y el salón se llenó con sonidos de pasos y el sonoro anuncio del juez acerca de los ganadores del concurso. Jeanne no comprendió las palabras, pero no tenía importancia. Vio el escenario y se vio allí con Paul. Él se había vuelto desagradable y su vida era sórdida y carecía de sentido, su sexo era inútil. Lo miró y se enfrentó a un mendigo borracho. Lo odió y se odió a sí misma.

—Se terminó —dijo y se puso de pie y se dirigió a la salida.

—Espera un minuto —dijo Paul—. ¡Tú, *Bimbo* idiota!

Se puso de pie con dificultad y se ajustó los pantalones. Cuando llegó a la puerta, ya Jeanne estaba caminando con paso vivo hacia el *boulevard* principal.

—¡Carajo! —dijo Paul deslumbrado por la súbita luz y con paso inseguro. El sonido de sus pasos asustó a Jeanne.

—Hay, Rube —llamó Paul con acento juguetón, pero Jeanne apuró aún más el paso—. ¡Ven aquí!

Ella cruzó la calle justo en la esquina cuando cambiaron las luces y Paul tuvo que esperar. En su interior crecieron la furia y la frustración. De improvviso, se dio cuenta de que si ella lo dejaba ahora, jamás la volvería a ver.

—¡Ven aquí! —gritó de nuevo metiéndose entre el tráfico y los bocinazos y apurándose—. ¡Voy a alcanzarte, *Bimbo*!

En ese momento los dos se echaron a correr. Entraban y salían de la sombra de los *Platanus* alineados en el pavimento y los espasmos de los rayos del sol enfocaban la contradicción: una chica hermosa con el abrigo abierto y el cabello al aire perseguida por un hombre lo suficientemente viejo como para ser su padre y falto de aliento y de gracia para esa carrera.

Podían haber estado ligados por una cuerda invisible que se hacía más corta a medida que ella aminoraba el paso, luego se alargaba cuando ella volvía a poner distancia entre ellos. Pero la cuerda invisible nunca se rompió. Permanecieron asociados en un ritual extraño, aislados del mundo por el que pasaban.

Era la hora de más tráfico y los *Champs Elysées* estaban llenos de gente. Jeanne corrió evitando una y otra vez las oleadas de transeúntes y a corta distancia de Paul. Aumentó su miedo cuando se dio cuenta de que éste no dejaba de seguirla y presa del pánico trató de pensar en un sitio donde pudiera sentirse segura. Únicamente se le ocurrió el apartamento de su madre en la *Rue Vavin* en Montparnasse y no dudó de que Paul no podría durar tanto.

Él ya se había quedado distanciado, ella aminoró la marcha y lo miró por encima del hombro. Media manzana uno del otro, pasaron el Grand Palais, espléndido en la luz del atardecer, la Gare d'Orsay y cruzaron el Sena, con el sonido de sus pasos perdidos en el rugido del tráfico en competencia. Paul la siguió aunque casi no tenía aliento y sentía dolores punzantes en el pecho.

Cuando llegaron a Montparnasse, Jeanne dio media vuelta y le gritó:

—¡Basta! ¡No sigas!

—¡Espera! —rogó Paul pero fue inútil. Volvió a avanzar.

Jeanne se aproximó al edificio del apartamento de su madre y caminó más lentamente. No quería que Paul la siguiese allí y no se le ocurrió ninguna alternativa. Se percató de los pasos atrás de ella. Por último, él la alcanzó, casi incapaz de respirar y la agarró del brazo.

—¡Se terminó! —dijo ella deshaciéndose de él—. Ya es suficiente.

—Eh, cálmate.

Paul se apoyó en la pared y trató de razonar con ella, pero Jeanne caminó a su alrededor.

—¡Basta! —gritó—. Se terminó. Ahora vete. ¡Lárgate de aquí!

Paul caminó a su lado todavía tratando de recuperar el aliento.

—No puedo ganar —dijo—. Dame una oportunidad.

Se esforzó por adelantarla y cerrarle el paso. Sonrió, desesperado, para ganar el control, las manos descansando en las caderas. Dijo con cariño:

—Eh, tontuela...

Jeanne habló rápidamente, esta vez en francés.

—Esta vez voy a llamar a la policía.

En ese momento él decidió no dejarla ir. Iba a hacer cualquier cosa para prevenir que lo abandonara. Jeanne era su última posibilidad de amor.

Ella pasó a su lado.

—Bueno, carajo, no estoy en tu camino —dijo amargamente—. Es decir, *après vous, Mademoiselle*.

Ella hizo una pausa en la esquina y miró al otro lado de la calle, la puerta de entrada del edificio de su madre. Estaba temblando y tratando de dominar el pánico que amenazaba hacerla pasar directamente por esa puerta. Paul vio que ella estaba verdaderamente asustada. Más tarde la podía tranquilizar, pensó, después de que descubriera dónde vivía.

—Adiós, hermana —dijo él pasándola y saliendo de la acera—. Además, eres una chica de aspecto bastante desagradable. No me importa si no te vuelvo a ver.

Siguió caminando simulando haber perdido todo interés. Jeanne lo miró y luego salió disparada y cruzó la calle. Pasó la puerta del edificio, pero cuando la estaba cerrando, Paul cruzó la calle como un rayo, subió la escalinata y entró en el vestíbulo justo cuando Jeanne acababa de cerrar la puerta del ascensor. Ella lo miró aterrorizada mientras él se aferraba a la frágil manija de hierro e intentaba abrirla.

El ascensor empezó a subir.

—¡Carajo! —dijo Paul y subió la escalera tratando de mantenerse a la par del aparato.

—¡Estás terminado! —gritó Jeanne en francés—. *¡Tu as fini!*

Llegó al segundo rellano y agarró la manija del ascensor pero fue demasiado tarde. La jaula continuó subiendo con Jeanne arrinconada en el fondo.

—*Les flics...* —tartamudeó ella.

—A la mierda con la policía.

El ascensor pasó el tercer rellano antes de que Paul pudiera llegar a la manija. Continuó subiendo.

—*¡Tu as fini!* —le gritó ella.

La jaula se detuvo en el cuarto piso y Jeanne salió y empezó a golpear la puerta del apartamento de su madre. Entonces Paul la alcanzó.

—Escucha —dijo agitado—, quiero hablar contigo.

Jeanne pasó a su lado y empezó a golpear las puertas de los otros vecinos, pero no obtuvo respuesta. Paul la siguió y cuando le tocó un brazo, ella empezó a dar gritos.

—Ahora esto se está poniendo ridículo —dijo él.

—¡Socorro! —gritó ella buscando la llave en el bolso—. ¡Socorro!

Nadie vino. Jeanne metió con dedos temblorosos la mano en la cerradura y cuando abrió la puerta, casi se cayó adentro. Paul estaba detrás suyo y bloqueó la puerta con el hombro. Ella entró corriendo en el apartamento sin ver nada y empujada por un pánico que se centraba en un solo objeto escondido en el cajón de la cómoda. No había forma de detenerlo. Siempre había sabido que no podía ocultarse en él. Empero, no estaba preparada para su crueldad.

—Este es el trofeo del campeonato —dijo Paul deteniéndose para mirar los grabados y las armas primitivas—. Vamos hasta el final.

Jeanne abrió el cajón y sacó la pistola reglamentaria de su padre. La sintió pesada, fría y efectiva y la escondió en su abrigo antes de darle la cara.

—Estoy un poco viejo —dijo Paul con una sonrisa triste—. Ahora estoy lleno de recuerdos.

Jeanne lo observó con una horrible fascinación cuando Paul tomó una de las gorras militares de su padre y se la puso a un costado de la cabeza. Se acercó a ella.

—¿Qué te parece tu viejo héroe? —preguntó—. ¿Queda bien de este lado o me lo pongo del otro? Todavía podía ser encantador.

Dejó la gorra con un gesto gracioso. Ella ahora estaba allí, ella ahora le pertenecía y no podía dejar que se fuera. La idea de que por último había encontrado a quien amar le pareció hermosa.

—Corriste por África y Asia e Indonesia y ahora te he encontrado —Paul lo dijo en serio y agregó—: Y yo te amo.

Se acercó más y no se percató de que el abrigo de Jeanne estaba abierto. El cañón lo apuntaba. Levantó la mano para tocarle la mejilla y murmuró:

—Quiero saber tu nombre.

—Jeanne —dijo ella y apretó el gatillo.

El disparo lo hizo retroceder unos pasos, pero no se cayó. El olor de la cordita quemada llenó el ambiente y la pistola tembló en la mano de Jeanne. Paul se inclinó un poco hacia adelante agarrándose el estómago con una mano y con la otra todavía levantada. Su expresión no había cambiado.

—Nuestros hijos... —comenzó a decir—...nuestros hijos...

Dio media vuelta y se tambaleó hasta la puerta de vidrio que daba a la terraza. Cuando la abrió, el aire fresco le dio en el pelo y por un instante casi pareció joven. Salió y caminó sobre las baldosas, mantuvo el equilibrio agarrándose a la barandilla, y dirigió el rostro hacia el cielo azul y brillante. París se extendía ante sus ojos.

Con una gracia sin prisa, se sacó una goma de mascar de la boca y delicadamente la apretó contra la parte exterior de la barandilla del balcón.

—Nuestros hijos —dijo— recordarán...

Eso fue lo último que supo que había dicho. Pero su última palabra sobre la Tierra fue murmurada en un dialecto de Tahití. Cayó pesadamente contra la base de una maceta, se acurrucó como un niño durmiendo y murió con una sonrisa.

—No sé quién era —murmuró Jeanne para sí misma, el arma todavía en su mano, los ojos abiertos y ciegos—. Me siguió, trató de violarme. Estaba loco... No sé cómo se llama, no lo conozco... No sé... Trató de violarme, estaba loco... Ni siquiera sé cómo se llama.

Esa parte, por lo menos, era verdad.



MARLON BRANDO, por David Levine, el caricaturista del siglo.

Notas

[1] Juego de palabras: *whore* y *war*, que tienen una pronunciación aproximada. <<